

GVILLERMO DE SAINT-THIERRY

ESPEJO DE
Y
ENIGMA DE

PADRES CISTERCIENSES

GUILLERMO DE SAINT - THIERRY

Destacada personalidad del siglo XII, nace en Lieja hacia 1070 y estudia en Reims y Laón. Abandona el siglo y se hace monje en la abadía benedictina de Saint-Nicase en Reims; de ella se traslada a la cercana abadía de Saint-Thierry. En 1121 es electo abad, cargo que desempeña hasta 1135, momento en que decide ingresar a la entonces nueva y pujante Orden Cisterciense. Lo hace en el recién fundado monasterio de Signy, donde permanece hasta su muerte, en 1148. En 1215 sus restos fueron exhumados y se los colocó en el oratorio del monasterio, en una beatificación por la vía práctica.

Guillermo es un hombre dotado de rico temperamento y clara inteligencia que nos ha legado un valioso y respetado volumen de obras. Filósofo y teólogo, fue considerado por sus contemporáneos como uno de los hombres más doctos de su época. Se lo llamó el Doctor del Amor por su busca apasionada de Dios en las Escrituras y la contemplación, así como en la redacción de obras de controversia o edificación espiritual. Su experiencia mística, riquísima y sobria al mismo tiempo, nos ha quedado viva y aprovechable en un alto porcentaje de sus párrafos cálidos, humanos y a la vez imbuidos del misterio inefable de la Trinidad a la que Guillermo adoró por sobre todas las cosas.

EL ESPEJO Y EL ENIGMA DE LA FE

En EL ESPEJO Y EL ENIGMA DE LA FE, Guillermo presenta el misterio del creyente y su credo con la penetración escriturística que le es habitual, alumbrando con su pluma y su piedad zonas de oscuridad impenetrable que sin embargo el corazón humano desea traspasar por amor y con las alas del Amor.

EL ESPEJO Y EL ENIGMA DE LA FE

(Padres Cistercienses Nº 8)

GVILLERMO DE SAINT-THIERRY

ESPEJO DE LA
Y
ENIGMA DE LA

PADRES CISTERCIENSES

*Coedición del Monasterio Trapense de Nuestra Señora de los Ángeles,
Azul (República Argentina), y Editorial Claretiana — BUENOS AIRES
MCMLXXXI*

CONTENIDO

Imprimatur:

Mons. Manuel Marengo,
obispo de Azul (Rep. Argentina).
Azul, 5 de agosto de 1980.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que previene la ley.

Impreso en la Argentina.
Printed in Argentina.

- © de las introducciones by MONJES TRAPENSES, 1980
- © de las traducciones de *Speculum Fidei y Aenigma Fidei* by MONJES TRAPENSES, 1980

monasterio
trapense
(AZUL) 593
Biblioteca
P241.71; SAi

SIGLAS Y ABREVIATURAS	VIII
NOTA DE LOS EDITORES	IX
INTRODUCCIÓN GENERAL	1
por el Hno. Patrick Ryan, o.c.s.o.	
EL ESPEJO DE LA FE	7
Introducción del Hno. Patrick Ryan, o.c.s.o.; traducción de la Hna. María Estefanía Tamburini, o.s.b.; notas del P. Francisco Rodríguez, o.c.s.o.	
EL ENIGMA DE LA FE	89
Introducción del Hno. Patrick Ryan, o.c.s.o.; traducción de la Hna. María Estefanía Tamburini, o.s.b.; notas del P. Francisco Rodríguez, o.c.s.o.	
ÍNDICES BÍBLICOS	193
ÍNDICE GENERAL	199

MONASTERIO TRAPENSE DE NTRA. SRA. DE LOS ANGELES
Casilla de Correo Nº 34
7300 Azul (B.)
República Argentina
EDITORIAL CLARETIANA
Lima 1360
1138 Buenos Aires
Tel. 26-9510 / 27-9250

SIGLAS

Adv. Abael ...	<i>Disputa contra Abelardo</i>	PL	180
AEñ	<i>Enigma de la fe</i>	"	"
Spec	<i>Espejo de la fe</i>	"	"
Cant. Amb. ...	<i>Comentario del Cantar según san Ambrosio</i>	"	15
Cant. Greg. ...	<i>Comentario del Cantar según san Gregorio</i>	"	180
Cont.	<i>De la contemplación de Dios</i>	"	184
Epist.	<i>Carta de oro</i>	"	"
Exp.	<i>Comentario sobre el Cantar de los Cantares</i>	"	180
Exp. Ro	<i>Comentario sobre la Carta a los Romanos</i>	"	"
Med.	<i>Diálogo con Dios (Meditaciones)</i>	"	"
Nat. am.	<i>Naturaleza y dignidad del amor</i>	"	184
Nat. corp.	<i>Naturaleza del cuerpo y del alma</i>	"	180
Sac.	<i>Sacramento del altar</i>	"	"
Or.	<i>Oración de Dom Guillermo</i>	SC	61
Vita	<i>Vida de san Bernardo</i>	PL	180

ABREVIATURAS

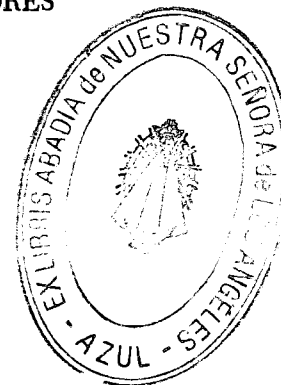
BAC	<i>Biblioteca de Autores Cristianos</i> , Madrid
CSEL	serie <i>Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum</i> , Viena (1866 ss.)
PC	serie <i>Padres Cistercienses</i> , Azul, R. Argentina
PdC	colección <i>Pain de Cîteaux</i> , ed. R. Thomas, Chambarand
PL	<i>Patrología Latina</i> , ed. J. B. Migne, París
SC	colección <i>Sources chrétiennes</i> , ed. du Cerf, París

ADVERTENCIA

"Padres Cistercienses" lleva editados, sin contar el presente, tres títulos con obras de Guillermo de Saint-Thierry, a saber:

- Vol. 1: *De la contemplación de Dios.*
De la naturaleza y dignidad del amor.
La oración de Dom Guillermo.
- Vol. 2: *Diálogo con Dios (Mediatae Orationes)*
Sacramento del altar.
- Vol. 3: *Comentario al Cantar de los Cantares.*

NOTA DE LOS EDITORES



COMO desorientó a los historiadores del siglo XVIII —que no dudaron en desfigurar lo que les resultaba incomprensible, para su propio provecho y el de sus doctrinas—, la Edad Media sigue desafiando nuestra capacidad de comprensión. El Iluminismo luchaba por desembarazarse de una Edad Media a la que su mundo en buena parte aún pertenecía. Nosotros —por el hábito de contemplar la fe en su despliegue histórico— hundimos también muchas raíces en el Medioevo; así lo hacen al menos las instituciones a las que pertenecemos. En primer lugar, las eclesiásticas, pero no solamente ellas. Como Gibbon, miramos sin ver el gran fresco de la Edad Media. Nos deslumbra en ella *lo diferente*: costumbres, religiosidad; pero *lo constante* se nos escapa. El hombre medieval creía como nosotros ya no creemos. Sin embargo, su naturaleza era idéntica a la nuestra, los móviles religiosos últimos también los mismos: la sed de salvación permanece siempre inalterable en el corazón humano. Las pasiones del Medioevo no son diferentes de las nuestras y si el iluminista o el técnico contemporáneo se sienten sacudidos al descubrirlas en la crónica antigua, la causa de este pudor retrospectivo ha de buscarse en *lo permanente* de la condición y la historia humanas; el siglo XX no soporta la serena acusación lanzada por aquellos siglos: lo que existía entonces —y muchos execraban—, barbarie, crueldad, perfidia, existe aún, a pesar de las revoluciones que se han sumado sobre la conciencia humana. Los hombres suelen rechazar precisamente los periodos históricos que se asemejan a aquellos que les toca vivir. Y la Edad Media nos recuerda nuestra propia existencia.

La influencia de las ideas sobre la vida no ha dejado de ser tan intensa hoy como lo fue en la disputa ideológica de los siglos XII y XIII; Marx y Heidegger no influyen menos nuestra existencia que lo hiciera la escolástica entonces.

En este rechazo de la Edad Media hemos perdido hasta cierto punto la clave que nos facilitaba la comprensión de la fe cristiana como un acto vital. La concepción —tan desarrollada por la escuela cisterciense— de la creación del hombre a imagen y semejanza, sutilmente elaborada durante casi mil años, describía la totalidad del ser humano en relación con Dios. Padre, Hijo y Espíritu Santo habían impreso su sello, fe, esperanza y caridad, en el alma fiel. Por la fe Cristo habita en nuestros corazones. La esperanza permite que el cristiano acepte la medicina de esta salvación proporcionada por Cristo que, como Luz, le revela la hondura de su mal. El amor inclina al hombre a desear esta Luz, de la que el piadoso deseo es calor y resplandor.

Esta fe que así ha sido impresa es el dinamismo de Cristo comunicado gratuitamente a la criatura. La fe, para Guillermo, no es tanto una estructura adquirida por el creyente, cuanto un movimiento en el que éste participa: el movimiento de la semilla que cae en tierra, muere y luego germina. Guillermo no se ha alejado aún del espíritu de las Escrituras, y estas obras que presentamos, aunque técnicas, siguen respirando esa plasticidad del Evangelio, que no reniega de la imagen como método pedagógico. Así se eleva su ardiente súplica al final de *El Espejo de la Fe*: “Encuétranos para que te encontremos, ven a nosotros para que vayamos a ti y en ti vivamos.”

Pero no debemos ocultar un hecho: este vivo deseo de Dios no rehúye el conocimiento. Antes bien, lo busca ardientemente. En Guillermo no ha estallado el conflicto entre la fe y el intelecto, pues este intelecto se mantiene aún subordinado y se contenta, para no perderlo, “con comprender lo que se nos concede”, según se nos dice en los primeros párrafos de *El Enigma de la Fe*. De todos modos, esta subordinación elabora textos y los expone al juicio de terceros. Más aún, Guillermo escribe acicateado por las necesidades de sus hermanos. Lo urge el amor. Lo urge asimismo la ebullición intelectual de su siglo, que no ignora precisamente la controversia. Con todo, el antiguo abad de Saint-Thierry es un monje. *El Espejo y el Enigma de la Fe* es ante todo una obra perteneciente al ámbito intelectual monástico, una obra dirigida a grupos humanos profesionalizados en la práctica de las virtudes y, especialmente entre los cistercienses, dedicados al amor y al cultivo del deseo de Dios. La inteligencia, en este Guillermo de nuestro volumen, busca la fe.

La Iglesia contemporánea, y en ella particularmente espirituales y contemplativos, bien puede volver la vista hacia aquellos hombres que

tanto supieron equilibrar el ardor de los más piadosos sentimientos con el ansia —tan comprensible— de conocimiento. Como lo demuestra la historia, este equilibrio se producía simultáneamente con aquel otro —tan difícil de lograr— entre extensión (evangelización, en última instancia) monástica y profundización de la experiencia claustral (contemplación, culto, ocio sagrado). Con estos dos hilos se urde indudablemente el vestido glorioso que la Iglesia deberá llevar el último día para presentarse a su Señor.

Como en cada uno de los volúmenes de nuestra colección, esta nota no se justificaría si no dedicásemos un párrafo a la gratitud y al agradecimiento. Especial es nuestro reconocimiento para con el Hno. Patrick Ryan, o.c.s.o., monje del monasterio de Nuestra Señora del Genesee, Piffard (N. Y.), en los Estados Unidos de América. Sus introducciones que hemos traducido, podrán ser apreciadas por los lectores. El mismo Hno. Ryan y el Dr. John D. Anderson realizaron las diversas gestiones necesarias para conseguir los textos latinos sobre los que fueron elaboradas las traducciones del volumen. Dios se lo retribuya. El P. Robert Thomas, o.c.s.o., efectuó para nosotros un control de la traducción que garantiza la exactitud de la misma. La Virgen interceda por todas sus intenciones. La Hna. María Estefanía Tamburini, o.s.b., fue nuestra traductora y el P. Francisco Rodríguez, o.c.s.o., elaboró las notas de las dos partes de la obra.

El Espejo de la Fe fue traducido del texto latino presentado por J. M. Déchanet, o.s.b., en *Le Miroir de la Foi* (ed. Ch. Beyaert, Bruges), que proviene sustancialmente del manuscrito Charlesville 144, procedente del siglo XII; a su vez, la traducción de *El Enigma de la Fe* fue realizada sobre el mismo original latino.

Extrajimos la numeración de los párrafos de *El Enigma de la Fe* de la monografía de John Anderson *The Enigma Fidei of William of Saint-Thierry, a Translation and Commentary*, Diss., The Catholic University of America, 1971 (Ann Arbor, Michigan; University Microfilm, 1972).

La división en capítulos, la numeración de párrafos de *El Espejo de la Fe* y los subtítulos con que presentamos la obra son propios de la edición que el lector podrá juzgar a partir de este momento.

INTRODUCCION GENERAL

UN MAESTRO DEL MISTERIO DE LA FE.

EN las efusiones más espontáneas de su alma, Guillermo de Saint-Thierry revela el deseo de verse unido con Dios en el amor perfecto. Este deseo de Dios predomina en su tratado *De contemplando Deo*¹, en las *Meditativae Orationes*² y en esa obra maestra de la espiritualidad, su *Expositio super cantica canticorum*.³

Guillermo fue hombre de intensa espiritualidad, pero también delicado teólogo que supo desentrañar el misterio de la fe —mediante el cual tiene lugar la unión del cristiano con su Dios— y hombre de Iglesia que salió generosamente al encuentro de las necesidades de sus hermanos en la fe. Las dos obras que aparecen en este volumen, el *Speculum fidei* y el *Aenigma fidei*, fueron escritas entre 1140 y 1144, en una época en que Guillermo se hallaba inmerso en tales preocupaciones espirituales, teológicas y eclesiales.⁴ Unas pocas palabras acerca de

1 Guillermo de Saint-Thierry, *De la contemplación de Dios*, P.C. 1, págs. 27-73.

2 Guillermo de Saint-Thierry, *Diálogo con Dios. Meditativae Orationes*, P.C. 2, págs. 11-229.

3 Guillermo de Saint-Thierry, *Comentario al Cantar de los Cantares*, P.C. 6, págs. 23-201.

4 Para la cronología de la vida y la obra de Guillermo, me guío por las fechas proporcionadas por Stanislaus Ceglar, s.d.b., en *William*

este período de su vida ayudarán al lector a comprender el contexto en que estas obras fueron escritas.

El contexto de las obras de Guillermo sobre la fe

Cuando Guillermo renunció a sus deberes abaciales en la Abadía benedictina de Saint-Thierry e ingresó en la Abadía cisterciense de Signy, en 1135, la avanzada edad y los achaques lo incapacitaban para tomar parte en el trabajo manual. Guillermo compensó esta incapacidad mediante la composición de varios tratados espirituales.

A principios de 1140 lo encontramos a mitad de camino en la larga y grata tarea de redactar su *Expositio super cantica canticorum*, en que expone el propósito de comentar la unión amorosa del "Esposo y la Esposa, [de] Cristo y [el] alma cristiana"⁵. Para describir esta unión de amor, Guillermo dice que "la Esposa [...] contempla la llegada del Esposo a ella, a medida que experimenta en sí misma [...] todas las maneras [que aquel tiene] de acercársele"⁶. Este interés en la contemplación y en la experiencia de Dios es característico de Guillermo y su atención se vuelve en esta dirección con más conaturalidad que hacia ninguna otra.

Pero precisamente en estos años cae en manos de Guillermo una copia de la *Theologia Petri Abaelardi*. Interrumpe entonces la deliciosa ocupación de la *Expositio super cantica canticorum*, a fin de responder así a las que considera peligrosas innovaciones contenidas entre las teorías de Abelardo sobre diversos misterios fundamentales de la fe. Esta respuesta se

of Saint Thierry: *The Chronology of his Life with a Study of his Treaties On the Nature of Love, his Authorship of the Brevis Commentatio, the In Lacu, an the Reply to Cardinal Matthew*, Diss., The Catholic University of America 1979 (Ann Arbor, Michigan; University Microfilm, 1971), especialmente págs. 135, 235 y 239-241.

5 Guillermo de Saint-Thierry, *Comentario al Cantar de los Cantares*, Intr., párrafo 5, 4-5, P.C. 6, pág. 26; SC vol. 82 (París, Ed. du Cerf, 1962), párrafo 6, pág. 76: *Sponso ac Sponsa, de Christo et christiana anima*.

6 Idem I, párrafo 149, 12-17, P.C. 6, pág. 155; SC vol. 82, párrafo 149, págs. 314-316: *Sponsa Sponsi ad se adventum contemplatur, cum ejus omnem ad se veniendi modum in semetipsa (...) experitur*.

concretó en la *Disputatio adversus Petrum Abaelardum*⁷, en que refuta la postura de Abelardo en el estudio de la fe; éste, a su parecer, concede desmedida importancia a la lógica y la razón humana. En esta obra, Guillermo distingue entre la razón humana (*ratio humana*), incapaz de comprender la fe en la Trinidad, y la razón según la fe (*ratio fidei*), en que debemos apoyarnos al efectuar el examen de dicha fe.⁸ Guillermo subraya la importancia de esta razón según la fe y remite la *Disputatio adversus Petrum Abaelardum* a san Bernardo y al obispo Godofredo de Chartres, con una carta de presentación en que enumera trece proposiciones de Abelardo, que juzga erróneas, y en la cual los convoca a manifestarse en defensa de la fe.⁹

Poco después de la redacción de esta *Disputatio adversus Petrum Abaelardum*, Guillermo se dio a la composición de un nuevo trabajo polémico, el *De erroribus Guillelmi de Conchis*¹⁰, en el cual argumenta en contra de las opiniones racionalistas de este discípulo de Abelardo, Guillermo de Conches, y explica con mayor detalle su propia distinción entre razón humana y razón según la fe.

Razón y fe.

La obra de un monje para sus hermanos contemplativos

Una vez que hubo refutado a Abelardo y a Guillermo de Conches con estos dos trabajos polémicos, Guillermo se dedicó en el período comprendido entre 1140 y 1144 a la redacción de dos libros exentos de controversia, el *Speculum fidei* y el *Aenigma fidei*. En la *Epistola ad fratres de Monte Dei*, redactada entre 1144 y 1146, describe estos dos libros como

7 El texto de la *Disputatio adversus Petrum Abaelardum* puede consultarse en PL 180, 249-282.

8 PL 180, 252 A-C.

9 Puede consultarse una edición del texto de esta carta en las págs. 377-378 del artículo de J. Leclercq "Les lettres de Guillaume de Saint-Thierry a Saint Bernard", en la *Revue Bénédictine* 79 (1969), págs. 375-391.

10 Puede consultarse una edición del texto del *De erroribus Guillelmi de Conchis* en las págs. 382-391 del artículo de J. Leclercq mencionado en nota 9.

partes de una obra única sobre la fe, a la que pinta como "un nuevo trabajo que las necesidades de ciertos hermanos, antes castigados por la ansiedad que amenazados por el peligro, me impulsaron a escribir, para su consuelo y la edificación de su fe."¹¹ Dice más adelante de esta obra: "Se halla la misma dividida en dos libros, al primero de los cuales, dada su accesibilidad y sencillez, he titulado *El Espejo de la fe*; al segundo de ellos, dado que, como podrá comprobarse, contiene un resumen de los fundamentos y las formulaciones de la fe, de acuerdo con las palabras y el pensamiento de los Padres Católicos, y teniendo en cuenta que su oscuridad es un poco mayor, le he llamado *El Enigma de la fe*."¹² En el *Speculum fidei* Guillermo vuelve a mencionar la distinción entre razón humana y razón según la fe¹³, y en el *Aenigma fidei* desarrolla extensamente esta especial noción de la razón según la fe, a la que nuevamente distingue de la razón humana y de la cual echa mano para examinar la Trinidad y subrayar el misterio inherente a nuestra búsqueda de la comprensión de Dios. En el párrafo 41 del *Aenigma fidei*, Guillermo presenta una minuciosa descripción de la razón según la fe, a la que compara entonces agudamente con la razón humana: "En los asuntos humanos, la razón humana adquiere la fe por sí misma; en las cosas de Dios, en cambio, primero está la fe, que entonces desarrolla su propia y especial razón."¹⁴ Al concluir este

11 *Epist.*, Prefatory Letter, Ed. Robert Thomas, PdC vol. 33 (Cham-barand, 1968), págs. 22-24: *Aliud quoddamopusculum quod in consolationem suam, et in adiutorium fidei facere me compulit fratrum quorundam plus anxia quam periculosa necessitas.*

12 PdC vol. 33, pág. 26: *Dividitur autem idemopusculum in duos libellos, quorum primum, quia planus est et facilis, Speculum fidei, alterum vero quia rationes et formam fidei secundum dicta et sensus catholicorum Patrum summatim continere videtur, et est aliquantulum obscurior Aenigma fidei vocari statui.*

13 P.C. 8, pág. 144.

14 P.C. 8, pág. 144. Ed. John Anderson, *The Enigma fidei of William of Saint Thierry, a Translation and Commentary*, Diss., The Catholic University of America, 1971 (Ann Arbor, Michigan; University Microfilm, 1972), párrafo 41, pág. 102: *In rebus enim humanis humana ratio parat sibi fidem, in divinis vero precedit fides, deinde ipsa sui generis format sibi rationem.* En adelante, las referencias a este trabajo de John Anderson serán citadas mediante la abreviatura "Anderson Diss."

párrafo del *Aenigma fidei*, a lo largo del cual ha mostrado su honda preocupación por la distinción entre razón humana y razón según la fe, Guillermo vuelve a la contemplación y a la experiencia de Dios, temas que lleva en lo más profundo de su corazón y en los que se había visto inmerso durante la redacción de la *Expositio super cantica canticorum*, cuando lo interrumpió la necesidad de atacar las opiniones de Abelardo. Dice entonces que esta búsqueda de la comprensión de Dios por medio de la razón según la fe tiene lugar en el contexto del deseo de la experiencia de Dios, y explica esta busca de Dios de la siguiente manera: "Por la misma experiencia instruye a los que creen y les enseña a conseguir la recompensa de la contemplación mediante la práctica meritoria de la fe."¹⁵

Con una terminología propia de nuestro siglo, diríamos que Guillermo enfoca aquí teología y espiritualidad como una armoniosa unidad, y demuestra que una teología enraizada en una fe ardorosa conduce a la experiencia de Dios en la contemplación.

Una vez terminada la composición del *Aenigma fidei*, Guillermo dirigió su atención hacia temas más específicamente monásticos. Escribió así la ya mencionada *Epistola ad fratres de Monte Dei*, detallada descripción del ascetismo y la oración monástica dirigida a sus amigos, los monjes cartujos de Mont-Dieu. Luego se dedicó a la redacción de su última obra, la inconclusa *Vita Bernardi*.¹⁶

Debe considerarse, de tal manera, que tanto el *Speculum fidei* como el *Aenigma fidei* fueron escritos en una época en que Guillermo dedicaba sus desvelos a examinar y explicar el misterio de la fe, pero, más aún, a demostrar cómo se alcanza la plenitud del mismo en la experiencia de Dios.

HNO. PATRICK RYAN, O.C.S.O.
Monje de Genesee

15 Cf. P.C. 8, pág. 45. Anderson Diss., párrafo 41, pág. 103: *Ipsa magis experientia docens credentes, et informans per meritum et usum fidei pervenire ad premium contemplationis.*

16 El texto de la inconclusa *Vita* escrita por Guillermo puede consultarse en PL 185, 225-266.

EL ESPEJO DE LA FE

Introducción del Hno. Patrick Ryan, o.c.s.o.
Traducción de la Hna. María Estefanía Tamburini, o.s.b.
Notas del P. Francisco Rodríguez, o.c.s.o.

INTRODUCCION

EL SENTIDO DEL AMOR.

GUILLERMO enseña a lo largo del *Speculum fidei* que nuestros esfuerzos por comprender lo que creemos por divina autoridad deben arraigar en la humildad; el Espíritu Santo ha de conducir al humilde creyente más allá de lo que la razón puede comprender, merced a la gracia iluminante que une al fiel con Dios en un sentido del amor firmemente implantado. Guillermo desarrolla estos temas con muchas vueltas y rodeos, por lo cual para describir el contenido de este tratado me esmeraré en respetar las sinuosidades de su desarrollo, sin tratar de imponerle una estructura sistemática.

Primeramente, Guillermo explica que la fe se une intrínsecamente con la esperanza y el amor; aquellos que en verdad buscan a Dios Trino han de poseer y ejercitar esta trinidad de virtudes, semejantes a la Trinidad, en que las tres se conectan tan íntimamente entre sí que cada una se descubre toda entera en las otras tres, así como todas se encuentran en cada una. En esta tierra avanzamos hacia la plenitud de estas virtudes y esta plenitud será alcanzada sólo en el cielo, cuando fe y esperanza se conviertan en lo que hayamos creído y esperado, y el amor alcance su perfección.

El don de la fe y nuestra respuesta

Guillermo nos dice entonces que la fe es un don que Dios nos otorga y que hemos de responder a tal don con humildad, pues, aunque ardamos por comprender lo que creemos, no nos corresponde escrutarlo con espíritu de arrogancia. La humildad sigue la senda del amor y crecemos en la fe cuando crecemos en el amor. Para describir este crecimiento en la fe y el amor, Guillermo explica que sólo es posible alcanzar la fe para aquellos que quieren creer y que con este querer (*voluntas*) ya se ha empezado a amar. Cuando este querer crece en intensidad y llega a ser vehemente, el amor (*amor*) está en nosotros y, a causa de este amor, creemos todo lo que Dios nuestro Padre nos revela. Este proceso es fruto de la gracia y, en una bella analogía, Guillermo describe a la gracia como una madre que alumbró la fe, la nutre y la conduce a su plenitud, la caridad (*caritas*), poderoso querer (*voluntas*) totalmente inmerso en Dios.

Ciertamente, prosigue Guillermo, conviene que comprendamos aquello que creemos; pero esto no es sencillo, pues la razón según la fe (*ratio fidei*) nos impulsa a sobrepasar el punto de vista a que la débil razón humana (*ratio humana*) nos tiene habituados. Primeramente nos sometemos a la divina autoridad, para tratar más tarde de instruirnos en lo que creemos y así vivirlo en la esperanza y el amor. Por fin, el Espíritu Santo nos ilumina con su gracia y nuestras vidas se transforman en amor. Guillermo define aquí la fe como un asentimiento voluntario de la mente a aquellas realidades que son propias de la fe; la lucha con las dudas que surgen acerca de esta fe, prosigue, es verdaderamente un signo de que nuestra fe es real. Por muy arduo que pueda resultar para la naturaleza, llegará el momento en que amemos el ejercicio de nuestra fe a lo largo de este camino de sumisión, entendimiento e iluminación del Espíritu Santo.

Tentaciones contra la fe

Dado que la fe es la raíz de todas las virtudes, explica entonces Guillermo, el demonio la ataca mediante la suges-

ción de blasfemias y dudas, las cuales es preferible rehuir que atacar frontalmente. Estas tentaciones contra la fe suelen presentarse bajo la forma de concupiscencia carnal —de la que nos vemos aliviados mediante la mortificación de la carne y el trabajo manual— y espíritu de blasfemia, sobre el que se vence mediante el recurso espiritual de la oración (*oratio*), la lectura santa (*lectio*) y la meditación (*meditatio*). Tres son los tipos de creyentes que no padecen estas tentaciones: los negligentes, los de inteligencia escasa y los que han sido confirmados por la gracia iluminante. Los dos primeros no llegan a comprender cabalmente qué es la fe.

Por su parte, los que han sido iluminados reciben la enseñanza del Espíritu Santo, quien los conduce más allá de la razón, hasta el sentido del amor. Para pasar de la fe revelada por la carne y la sangre a la fe que el Padre revela, debemos ir en pos de la Carne de la Palabra de Dios, abrazar a Cristo crucificado y abrirnos asimismo al Espíritu Santo, que actúa en nosotros para llevar nuestra fe a la madurez de un profundo entendimiento espiritual, de modo similar al que aplica para llevar a su plena eficacia el Bautismo, la Eucaristía y los demás Sacramentos.

El Espíritu Santo, Sacramento de los Sacramentos

Tomando el término “sacramento” en el sentido lato —tan familiar a la Iglesia patristica y medieval— de realidades sagradas que incluyen, aunque no se limiten a ellas, las siete acciones vitales de la Iglesia que el Concilio de Trento definió como Sacramentos (sesión VII, I, canon 1, *Denz.* 844), Guillermo enseña a continuación que el Espíritu Santo es, de hecho, el Sacramento de los Sacramentos. El Espíritu Santo es la voluntad substancial de Dios y nos introduce en la vida divina por medio de los Sacramentos, que echan mano de signos sensibles para conducirnos de las cosas temporales a las cosas eternas. Cuando el Espíritu Santo nos ha llevado a superar el asentimiento ingenuo de

la fe y nuestros propios esfuerzos por comprenderla, para conducirnos a una unión con Dios amorosa y profundamente interior, aun entonces necesitamos los Sacramentos, como los necesitaremos mientras permanezcamos en este mundo, pues ellos hablan directamente a nuestra situación humana.

La imitación de Cristo

Al hacerse hombre, Dios nos ha enseñado este camino que va de la vida presente a la eternidad, de modo que, al imitar la humildad de Cristo en este mundo, podamos llegar a Dios en la eternidad. Nos configuramos así con la sabiduría de Dios y aprendemos a percibir el Cristo de la fe, al que comprendemos de modo óptimo mediante un amor sincero. La sabiduría de Dios ordena en tres etapas el crecimiento de la fe en nuestros corazones: recibimos primero la fe como a un huésped, merced al asentimiento ingenuo de la obediencia; en segundo lugar, crece en nosotros la familiaridad con las realidades de la fe, tal como si compartiéramos con ellas un amistoso refrigerio; por último, espontáneamente, nos unimos de modo completo con la verdad divina que se ha dado a conocer en Cristo, Mediador nuestro ante Dios. Es difícil para el que ama a Cristo recordar la humillación de su puesta en cruz, pero el amor no nos consiente el olvido y nos urge a imitar a Cristo y desear amarlo y sufrir con él más de lo que la debilidad humana permite.

Más adelante, Guillermo subraya la necesidad de salvaguardar nuestra fe, fácilmente vulnerable, lo que conseguimos mediante la oración y el esfuerzo moral, pero preferentemente mediante la gracia del Espíritu Santo. Guillermo sostiene que las tentaciones contra la fe versan fundamentalmente sobre la humanidad del Salvador, cuya comprensión correcta sólo es posible a la luz del Evangelio. Incluso los mismos creyentes necesitan que la gracia del Espíritu Santo socorra la debilidad humana, para que ésta comprenda a Cristo en su humanidad y su divinidad.

La experiencia de Dios en el sentido del amor

Al acercarse al final del *Speculum fidei*, Guillermo se detiene en un tema dilecto: la experiencia real de Dios. Expone entonces el significado de este sentido del amor (*sensus amoris*), que ya había descrito previamente como el objetivo de nuestro crecimiento en la fe. Del mismo modo en que los órganos de nuestros sentidos exteriores conocen los objetos de su percepción mediante cierta participación en sus formas que, podría decirse, los transforma en los objetos percibidos, así posee el alma sentidos mediante los cuales se transforma en Dios. Mediante el sentido del entendimiento (*intellectus*), comprendemos (*intelligere*) a Dios. Pero el sentido más elevado del alma es el sentido del amor (*sensus amoris*), por el cual percibe (*sentire*) a Dios. Guillermo da aquí a las palabras “percibir”, “percepción” (*sentire, sensus*), un significado particular: el creyente es tocado directamente por Dios y se ve llevado, de tal manera, a las proximidades de una unión amorosa con él, más allá del alcance del entendimiento (*intelligere*). Iluminado por el Espíritu Santo, este sentido del amor halla su cobijo en Dios y se transforma en Dios mismo, en una intensa comunión, la mayor de las dulzuras que podamos conocer en esta vida. Guillermo nos asegura que si buscamos esta amorosa unión con Dios, ella será nuestra, y la describe entonces en los términos de un versículo de san Pablo, que tanto él como el resto de los Padres cistercienses citan con frecuencia: “El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él” (1 Cor. 6, 17).¹ Más adelante, en un pasaje que presenta

¹ Guillermo de Saint-Thierry, *El Espejo de la fe*, IX, 87, pág. 75; ídem, *Comentario al Cantar de los Cantares* I, 30, 22; 130, 11; II, 147, 12-13; 155, 34; P.C. 6, págs. 50, 136, 154 y 163; ídem, *Epist.*, ed. R. Thomas PdC vol. 34 (Chambarand, 1968), pág. 86, 394 A; pág. 98, 350 C; pág. 110, 352 B; pág. 112, 352 C. San Bernardo, *S. Bernardi Opera*, II, “Sermones Super Cantica Canticorum”, 36-86, ed. J. Leclercq - C. H. Talbot - H. M. Rochais (Roma, Editiones Cistercienses, 1958), ídem, *Sermo* 83, pág. 299, línea 29; pág. 302, línea 20. San Elredo de Rievaulx, *Homilias Litúrgicas* III, Epifanía, P.C. 5, pág. 63; XVII, “Las cosas escritas de Elías se refieren a san Juan Bautista”, P.C. 5, pág. 235. ídem, *De Speculo Caritate*, L. II, cap. 18, pfo. 53, pág. 91, línea 993.

una llamativa semejanza con ciertas discusiones mantenidas en modernos círculos teológicos con relación a la hermenéutica —es decir, a los métodos de interpretación—, Guillermo afirma que esta unidad de espíritu con Dios se encuentra más allá de las palabras, pero que sólo mediante palabras puede ser expresada. Hemos de atravesar las palabras que intentan explicar el misterio de la fe, para alcanzar las realidades que ellas significan. Después de todo, sólo Dios, por su Palabra coeterna, puede hablar adecuadamente de Dios y nos configuramos en Dios mediante la Palabra encarnada. Guillermo cierra su tratado con un voto apasionado para que Dios venga a nosotros y podamos así llegar a él, vivir en él y amarlo.

HNO. PATRICK RYAN, O.C.S.O.

**Libro de Dom Guillermo
que el mismo Venerable Padre
llamó "El Espejo de la Fe"**

Guerrico de Igny, *Guerric D'Igny: Sermons*, II, ed. John Morson e Hilary Costello, SC vol. 202 (París, Ed. du Cerf, 1973), pág. 30, 97 C; pág. 58, 104 B; pág. 108 D. Balduino de Ford, *Baudoin de Ford: De la vie commune ou cénobitique*, ed. R. Thomas, PdC vol. 40 (Chimay, 1975), pág. 55, 555 A; ídem, *Sacramento del Altar* II, 3, 2; P.C. 3, pág. 146.

CAPITULO I

LA FE, VIRTUD GRANDE Y EXIMIA. PRINCIPIO DE DESCRIPCIÓN EN EL CONTEXTO DE LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS.

1. **E**NTRE todos los remedios saludables que el Dios de nuestra salud¹, nuestro Dios, el Dios que nos hace salvos, propuso a los hombres para ser observados en vista a su salvación, permanecen estos tres que enumera el Apóstol²: fe, esperanza y caridad. Todo el que quiera ser salvo debe observarlos sobre todas las cosas, pues la Santísima Trinidad estableció esa trinidad en el alma fiel a imagen y semejanza suyas.³ Por ella somos renovados en nuestro hombre interior⁴ a imagen del que nos creó⁵, ya que es el instrumento mismo de la salud humana. A su edificación e instrucción en el corazón de los fieles apunta vigilante toda la Escritura divinamente inspirada.

1 Para mayores datos sobre el autor, cf. P.C. 1, págs. 13-25; véase la solapa de este mismo volumen.

2 Sal. 67,21.

3 1 Cor. 13,13.

4 Gén. 1,26.

5 Ef. 3,16.

6 Col. 3,10.

El hombre parte de la fe, pues, mientras peregrinamos hacia el Señor, no nos engaña el Apóstol⁷ al decirnos que por la fe Cristo habita en nuestros corazones.

Pero nuestro peregrinar tiene también necesidad de la esperanza. Es ella, precisamente, quien nos consuela en la ruta: si privas al caminante de la esperanza de llegar, quiebras las fuerzas del que marcha.

Cuando lleguemos a lo que tendemos, desaparecerá la fe. ¿Acaso se nos dirá: "Cree"? Ciertamente, no; porque veremos a Dios y lo contemplaremos. Como tampoco será ya necesaria la esperanza, estando presente la Realidad. Pues, ¿a qué esperar lo que se ve? Mas ni la una ni la otra perecerán; antes bien, penetrarán en su Objeto cuando se contemple lo que se creyó y se posea lo que se esperó.

En cuanto a la caridad, no sólo subsistirá, sino que habrá llegado a su plenitud cuando lo que ahora es amado en la fe y en la esperanza sea entonces amado en la visión y en la posesión.

2. Fácil es advertir qué necesarias son, mientras tanto, estas tres virtudes para el hombre que anhela alcanzar la luz ilimitada.⁸ Para llegar a ella tres cosas son necesarias: tener ojos sanos, mirar y ver.¹⁰

El ojo del alma es la mente o razón, pura y limpia de todo mal, a lo cual no se llega sino por la fe. Sin fe, la razón no puede creer que verá lo que aún no ve y, estando enferma, no pondrá cuidado en sanarse. Mas si cree que sanando de su enfermedad alcanzará realmente la visión, pero no tiene esperanza de lograr la salud, ¿no es verdad que rechazará todo

⁷ Ef. 3,17.

⁸ Rom. 8,24.

⁹ *Lumen incircumscripsum*: expresión tomada de san Gregorio Magno, *Morales*, VI.37.59, Edit. Poblet, Bs. As., T. I, pág. 487; ídem XXIV.6.11. Poblet, T. III, pág. 508; y *Homilias sobre Ezequiel*, II.2.14. BAC., págs. 413-414. Se la vuelve a encontrar en Guillermo en *Exposición sobre la Epístola a los Romanos* (638) y en el *Comentario al Cantar de los Cantares*, 80, P.C. 6, pág. 93. El origen es muy probablemente estoico. [Déchanet, J. M., *Le Miroir de la foi*, Edit. Charles Beyaert, Bruges, pág. 51.]

¹⁰ Lo que sigue es un extracto de san Agustín, *Soliloquios* I.6.12-13. BAC, T. I (5ª ed.), págs. 450-452.

remedio, resistiéndose a los mandatos del médico, sobre todo porque tales preceptos le harían sentir necesariamente la gravedad de su mal? A la fe ha de añadirsele, pues, la esperanza.

Si el alma admitiese todo esto, animándola la esperanza de poderse curar, pero con todo no llegará a amar*, no desea la luz prometida y anda contenta en sus tinieblas, que con la costumbre se le han vuelto agradables, ¿no es cierto que, de hecho, está rechazando al médico? Se requiere, pues, la tercera cosa, que es la caridad. Nada hay tan necesario. Sin estas tres virtudes, nadie puede sanarse para poder ver a Dios, es decir, para conocerlo.¹¹

—¿Y qué le faltaría cuando ya tuviese sanos los ojos?

—Mirar.

3. La razón es la mirada del alma¹², pero, como no todo el que mira ve, la mirada recta y perfecta, seguida de la visión, se llama virtud y consiste en la recta y perfecta razón.¹³ Con todo, la misma mirada de los ojos ya sanos no puede volverse a la luz si no posee las tres virtudes: fe —creyendo que en la visión del objeto está su dicha—, esperanza —confiando que lo verá si mira bien— y caridad —queriendo contemplarlo y llegar a su fruición—. A la mirada sigue la visión misma de Dios, que es su fin. No decimos fin porque deje de existir, sino porque ya no existe otro objeto al que quepa tender.

Tal es la verdadera y perfecta virtud: la razón que llega a su fin, premiada con la vida feliz. Ahora bien, la visión de

* En esta admisión de que es capaz el alma, descubrimos el sello de la fe; el motor de esta admisión es la *esperanza* que se sustenta en poder amar, en la *caridad*. Sólo por su sujeción a Agustín se manifiesta Guillermo aquí tan optimista respecto de la visión de Dios en esta vida. Es un resto de racionalismo neoplatónico arrastrado del joven y recién converso Agustín, que no condice bien con su ascética, más orientada hacia el desarrollo de la humildad y el recogimiento en la presencia del Señor, que a la indagación de sus misterios. Pocos párrafos más adelante (pfo. 9, pág. 23; cf. *El Enigma de la fe*, I, 2-6, págs. 103-107) describirá claramente su posición realista, de acuerdo con la tradición escrituraria. (N. del E.).

¹¹ Para Guillermo la visión de Dios constituye el más alto grado de conocimiento del mismo Dios en la fe.

¹² Cf. *Carta de Oro*. Studium 131, pág. 124.

¹³ Cf. *Carta de Oro*. Studium 157, pág. 136.

que hablamos es ese conocimiento de Dios que reposa en el fondo del alma, porque, para ella, conocer a Dios es verlo.¹⁴

4. Para que el justo viva por la fe¹⁵, permanecen estas tres virtudes engendrando la vida en los fieles. Esto hace que los infieles no compartan con ellos sus mismas costumbres, por cuanto no comparten con los fieles estas tres virtudes. Puesto que creen, aman y esperan diferentes realidades, es inevitable que vivan diferentemente.*

Tal vez nos parezca que tenemos en común con los paganos el uso de ciertas cosas; sin embargo, de muy diversa manera las usamos: porque las empleamos para otros fines dando gracias a Dios, sobre quien no tenemos ideas malas o falsas, y porque no referimos las mismas cosas a igual fin, sino que el nuestro es de precepto divino y legítimo: "La caridad, que procede de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera."¹⁶

5. El hombre que se apoya en la fe, la esperanza y la caridad, y en ellas permanece inmovible, no necesita ya las Escrituras, si no es para instruir a otros.¹⁷ Por esto muchos, poseyendo estas tres virtudes, viven sin libros en la soledad. De donde, pienso, se cumple en ellos lo que se dijo:

14 Aquí termina el extracto de los *Soliloquios* de san Agustín, señalado en la nota 10.

15 Rom. 1,17.

* Este párrafo y lo que Guillermo expresa un poco más adelante puede parecer a la mentalidad moderna fruto de un orgullo farisaico. Más bien piénsese en la particular estructura del mundo medieval, en que ni siquiera había surgido aún en forma plena la idea de nación, mucho menos la de comunidad internacional; ésta ha convertido para nosotros en hecho cotidiano la presencia del *extraño*, del forastero. Por otra parte, los "paganos" de Guillermo son, en buena medida, por un lado el propio espíritu de los pueblos europeos jóvenes, con sus religiones de la tierra, cósmicas y agrarias dormidas bajo un barniz a veces leve de evangelización, y por otro el infiel por excelencia, el musulmán, con cuya cultura la Edad Media mantendrá una relación sumamente ambivalente de intercambio y rechazo. (N. del E.)

16 1 Tim. 1,15.

17 Esta es la opinión de san Agustín, de quien Guillermo reproduce aquí un pasaje del tratado *Sobre la doctrina cristiana* 1.39.43. BAC., T. XV, pág. 108.

"Terminarán las profecías, cesará el don de lenguas, se acabará el don de ciencia."¹⁸ Tanta abundancia de fe, esperanza y caridad, suscitó en sus corazones la Escritura, como buen instrumento, que ya sin ella permanecen en la perfección, en tanta perfección como es posible alcanzar en esta vida por medio de la fe, la esperanza y la caridad. Pues la perfección en esta vida no es otra cosa que, por medio de la fe, la esperanza y la caridad, olvidar perfectamente lo que quedó atrás y tender hacia adelante.¹⁹ "Cuanto somos perfectos, tengamos estos sentimientos", dice el Apóstol.²⁰

6. Por tanto, todos aquellos que verdaderamente buscan al Dios Trino desean tener esta trinidad de virtudes y se aplican a conformarse a su disciplina. Conocerlas por propia experiencia es habitar en un paraíso placentero²¹, colmado de gracias copiosas y de castas delicias, fruto de las santas virtudes. Allí el hombre, como ciudadano de este paraíso, vive con Dios. A menudo ve al Señor y por el Señor es visto siempre; a menudo le habla el Señor y también él habla al Señor.

Estas tres virtudes cardinales son conexas e inseparables en donde se encuentren, a semejanza de la Santísima Trinidad. Cada una está en todas y todas en cada una.

El objeto, la medida y la cualidad de la fe son igualmente el objeto, la medida y la cualidad de la esperanza y del amor. Así también lo que se espera respecto a lo que se cree y se ama y lo que se ama en relación con lo que se cree y se espera.

7. Fe es el nombre de una virtud, y de una virtud grande y eximia. Pero una fe sin esperanza ni caridad no es virtud. Es así como creen los demonios y los hombres que creen al modo de los demonios; los cuales se muestran peores que aquéllos, pues carecen de todo temor de Dios, mientras los otros tiemblan.²²

18 1 Cor. 13,8.

19 Esta es en Guillermo la interpretación corriente de Fil. 3,13, cf. *Carta de Oro*. Studium 21, pág. 51.

20 Fil. 3,15.

21 Gén. 2,8.

22 Sant. 2,19.

Es necesario que sea cierta la fe para que sea cierta la esperanza y cierta la caridad. Porque así como no se puede creer rectamente sin esperanza, ni esperar sin una fe precedente, tampoco puede revestir la esperanza otra forma distinta de la que tiene la fe, ya que el apetito de la esperanza fue suscitado por el bien que propuso la fe, desde el momento que la fe en la bondad de lo que se cree, da confianza a la esperanza.

A semejanza de [lo que sucede en el orden de las procesiones de las personas de] la Santísima Trinidad, la fe engendra la esperanza y la caridad es engendrada por ambas, es decir, tiene su origen en la fe y en la esperanza; puesto que no se puede no amar lo que se cree y se espera,

Las tres Personas de la Santísima Trinidad son eternas y consustanciales; algo así ocurre con la fe, la esperanza y la caridad: ninguna es primera o última en el tiempo y las tres, por la sustancia de la virtud, son consustanciales²³; pero manifiestan diferentes afectos al modo de diferencias personales.

8. La virtud específica del alma racional es la recta razón²⁴ y cuanto los hombres denominan virtudes son sus específicas manifestaciones.

Las tres: fe, esperanza y caridad, tienen igual "forma". Todo procede de la fe en esta vida, en la cual creemos, esperamos y amamos lo que no vemos. Llamamos fe, y lo es, a lo que mueve nuestros pasos durante nuestra peregrinación hacia el Señor.²⁵ Todo procederá igualmente de una virtud en la vida futura: entonces se le llamará caridad. Tendrá la belleza de este nombre y el mérito de su perfección cuando, no habiendo perecido la fe ni la esperanza, sino habiéndose ambas trasvasado a su objeto, sea contemplado y poseído lo que ahora es creído y esperado. Sin embargo, ya en esta vida, en

23 Es interesante observar cómo Guillermo atribuye este adjetivo "consustancial" a las virtudes, fe, esperanza y caridad. En sus otras obras, Guillermo sólo emplea este término para las personas de la Santísima Trinidad. ¿Por qué lo usa atribuyéndolo a las virtudes teológicas? Porque ellas representan a las tres Personas y, por tanto, se les puede atribuir sus características. Es un "proceso" normal.

24 Cf. *Carta de Oro*. Studium 133, pág. 125.

25 Cf. 2 Cor. 5,6-7.

la medida que nos acercamos a la Suma Verdad, por esa experiencia que nos hace gustar a Dios en su bondad...²⁶, no diré que la fe y la esperanza llegan a tomar la forma de la caridad, pero sí que tanto se unen a ella, que las tres marchan adelantando en la luz del Rostro de Dios.²⁷ Cada una permanece en su forma específica, pero en las tres aparece el rostro de la caridad.

En los que van subiendo del valle de las lágrimas²⁸ a la cumbre de las promesas de arriba, esta caridad —dilección o amor—²⁹ se da incoada aquí en el inicio de la fe, en ese instante en que el hombre emerge de las tinieblas de la infidelidad y sale para él, súbitamente, el sol de justicia.³⁰ No sólo comienza entonces a creer y esperar lo que no ve, sino que ama en la medida que cree y espera.

9. Durante esta vida nadie puede esperar progresar hasta la misma plenitud o perfección del amor, porque eso se dará sólo en la visión cara a cara³¹, cuando la perfecta beatitud será poseer lo que se ame, y toda virtud, amar lo que se posea entonces. Mientras tanto, los que caminan en la fe se esfuerzan y suspiran por llegar allí, esperando el descanso de las fatigas de la ruta y del tedio del peregrinar.

La belleza del sumo Bien³² incita y atrae naturalmente a su amor y conocimiento a todo intelecto racional que, en la medida que se vuelve puro, tanto se acerca a este Bien y más ardientemente desea ver lo que verán, según la promesa, los puros de corazón³³, lo que sólo pueden ver los corazones purificados por la fe.

10. Por la visión de Dios suspira todo el que anhela amar al Señor su Dios con todo el corazón, con toda el alma y con

26 Sab. 1,1.

27 Cf. Sal. 88,16.

28 Cf. Sal. 83,6-7.

29 Cf. *Comentario al Cantar de los Cantares*, 6, P.C. 6, pág. 27. Aquí dice Guillermo qué entiende por cada uno de estos términos.

30 Cf. Mt. 4,2.

31 Cf. 1 Cor. 13,12.

32 Cf. *Comentario al Cantar de los Cantares*, 1, P.C. 6, pág. 23.

33 Cf. Mt. 5,8.

todo el espíritu³⁴, y todo el que desea lo mismo para su prójimo, a quien ama como a sí mismo y, para que pueda alcanzarlo, le presta su ayuda en la medida que puede más.

A causa del pecado del primer hombre y de la pena que le acarreo su pecado, se dio en los hijos de su carne —que son también hijos de la gracia— lo que el Apóstol dice de sí mismo: “Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior. Mas veo otra ley en mis miembros, que guerrea contra la ley de mi razón y me tiene aprisionado como cautivo en la ley del pecado que está en mis miembros.”³⁵ Y [asimismo cuando el mismo San Pablo afirma que] “la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne.”³⁶ Mientras el hombre está en este estado, es patente a todos que no ama al Señor, su Dios, como debe, es decir, con todo su ser y con toda su existencia, ya que tantas veces y tantas cosas tan carnalmente ambiciona fuera de Dios. Mientras vive aquí, puede atemperar y frenar la concupiscencia de la carne. Este es el motivo por el cual la perfecta dilección, que involucra todo el ser, y se debe al Señor por precepto de ley, está prescrita en esta vida, pero no hay quien la cumpla acabadamente. Y con todo está prescrita para que no ignoremos hacia donde debemos tender.

A medida que crece en nosotros, disminuyen los deseos de la carne hasta que lleguemos allí donde nada se desea fuera de Dios. Adelantar aquí abajo en este sentido, es caminar según la fe. De aquí que todo el que al salir del mundo sea hallado aprovechado en este camino, alcanzará su perfección en la vida futura, lo cual, sin sombra de duda, se debe creer y esperar.

34 Mt. 22,37.

35 Rom. 7,22-23.

36 Gál. 5,17.

CAPITULO II

LA FE, DON DIVINO PARA LA ADOPCIÓN SOBRENATURAL.

11. **N**O tendremos una clara inteligencia acerca de la fe si antes que nada no aprendemos con verdad de quién nos viene tal don.

La fe es propia del libre albedrío¹ liberado por la gracia.² Pero de ningún modo puede ser libre el hombre esclavo del

¹ Guillermo distingue en la práctica, tanto en *El Espejo de la Fe* como en la *Carta de Oro, Studium* 128, págs. 123-124, *libre albedrío y libertad*. El *libre albedrío* es la facultad de discernir y de escoger el bien. La *libertad* es el buen uso del libre albedrío o la capacidad moral de querer y de hacer el bien. Antes de la caída, Adán poseyó uno y otra; al pecar perdió la libertad. Desde entonces el hombre es incapaz, sin la ayuda de la gracia, de practicar la virtud o simplemente de observar durante largo tiempo la ley natural. Físicamente permanece libre, pero moralmente no. Conserva su *arbitrium*, dice Guillermo, como signo de su dignidad natural perdida. Pero, en castigo por el pecado, este arbitrio está esclavizado a la ley del pecado: “En pena del pecado y testimonio de su dignidad natural perdida, le ha quedado, si bien, cautivo, el arbitrio como muestra” (*Carta de Oro, Studium*, 128, pág. 123). La gracia de Cristo lo libera en el momento mismo en que, prevenido por ella, escoge deliberadamente responder a sus mociones. En Cristo y por Cristo reencuentra esta libertad que había perdido en Adán. Toda esta doctrina y su terminología muy especial están inspiradas en san Agustín. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 19.]

² Cf. San Agustín, *De la corrección y de la gracia* II. BAC, T. II, págs. 132-135. La doctrina de un libre albedrío es explícitamente agustiniana.

pecado³, a menos que lo redima aquel de quien se dijo: "Si el Hijo os da la libertad, entonces seréis verdaderamente libres."⁴ Abandonado a sus fuerzas, sólo tiene libertad para pecar y por causa de esta libertad pecan todos los que son movidos por delectación o amor al pecado. Esta libertad los hizo siervos del pecado⁵ y libres respecto a la justicia⁶, incapaces de guardar, querer o realizar algún fruto de justicia⁷, a no ser que la gracia, capaz de librar del pecado, torne, a estos libres, en esclavos de la justicia.⁸

12. De los hijos de Adán, procedentes del caos de la antigua culpa, Dios abandona justamente a unos ejerciendo su justa justicia y se apiada de otros por su muy gratuita misericordia.⁹

Aquel que es ayudado por la piedad de Dios ofrece una buena y libre voluntad y recibe la fe; el abandonado disputa y merece ser reprobado. Pues dice: "¿Por qué se queja Dios?" Porque, ¿quién se puede oponer a su voluntad?¹⁰ Que tiemble el que espera donde se muestra desgraciadamente audaz el que desespera. Que no pregunte los motivos, sino que implore la misericordia y aprenda por el réprobo lo que él mismo merecería si no lo socorriera la gracia, pues, como dice el Apóstol: "No es de todos la fe."¹¹

—¿Y de quién es?

—El fundamento de Dios se mantiene firme teniendo este sello: "Conoció el Señor a los que son suyos", y [aquel otro]: "Aléjese de la iniquidad todo el que pronuncia el Nombre del Señor."¹²

Todos los que desde la eternidad fueron "escogidos según la presciencia de Dios Padre"¹³, esos son los que creyeron,

3 Rom. 7,14.

4 Jn. 8,36.

5 Jn. 8,34.

6 Rom. 6,20.

7 Rom. 5,21.

8 Rom. 5,18.

9 Rom. 9,18.

10 Rom. 9,19.

11 2 Tes. 3,2.

12 2 Tim. 2,19.

13 1 Pe 1,2.

creen y creerán. Esos son ovejas del Señor y "de su aprisco"¹⁴, y nadie más fuera de ellos. Oyen su voz y no hay quien los pueda arrancar de sus manos.¹⁵ Son su pueblo, los que tienen la experiencia de que el Señor es Dios.¹⁶ Son los verdaderos creyentes, los auténticos adoradores en espíritu y en verdad.¹⁷ Escogidos desde siempre, antes de que existieran, predestinados para algo, llamados cuando ya estaban extraviados, justificados cuando eran pecadores y destinados a la gloria siendo mortales. Conocidos, y conocidos con anterioridad por Dios en su presciencia, a sí mismos se reconocen en cuanto invocan el Nombre del Señor¹⁸ y el Espíritu Santo testimonian a sus conciencias que son hijos de Dios.¹⁹ También son identificados por los hombres porque obran al revés de los demás apartándose de la iniquidad.²⁰

13. Pero "en una casa grande no hay solamente utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de arcilla, y unos son para usos nobles y otros, para usos viles."²¹ ¿Por qué y cómo ocurre esto? El dueño es el alfarero y tiene potestad para hacer con el mismo barro lo que quiere: tal vaso, para cosas honrosas y tal, para cosas viles.

La vasija no tiene derecho a enrostrar al alfarero su destino, ni el hombre a Dios²², el barro al que lo modela, la creatura a su Creador. Él creó todas las cosas para una finalidad que bien conoce. Obró, independiente de todos, lo que es bueno a sus ojos y ciertamente el Bueno hizo bien todas las cosas.²³

Así como la humildad del creyente es el signo inequívoco de la oveja del Señor que será colocada a la derecha, así la soberbia controversia del incrédulo es signo del cabrito que será colocado a la izquierda.²⁴

14 Sal. 99,3.

15 Jn. 10,27-28.

16 Sal 99,3.

17 Jn 4,23.

18 Sal. 115,17.

19 Rom. 8,16.

20 2 Tim 2,19.

21 2 Tim. 2,20.

22 Rom. 9,20.

23 Mc. 7,37.

24 Mt. 25,33.

En la casa del Señor sólo se salvará el de corazón humilde. Nadie entra por la puerta de la fe²⁵ sino el que agacha la cabeza.

La fe es el ojo de la aguja y no entrará por él el camello enorme y solapado, a menos que lo reduzca y rectifique la humildad y simplicidad de Cristo.

El hombre soberbio y jactancioso llega a la puerta de la fe y al tiempo en que es invitado a creer y entrar, se pone a disputar con el portero sobre por qué se admite a unos y se excluye a otros, hasta que el justo juicio de su interlocutor le cierra la puerta y él, que sentenciaba sobre admitidos y excluidos, termina por aumentar el número de estos últimos. A cada cosa que no comprende exclama: "¡Dura es esta palabra!"²⁶; pero más duro es él. Diciendo esto se vuelve atrás²⁷ y entre los que están atrás se coloca.

14. En cambio el pobre de espíritu, a quien pertenece el Reino de Dios²⁸, con temor y temblor trabaja por su salvación²⁹, no habla contra el cielo³⁰, se acerca con lágrimas, ruega ser admitido y adora cuando se lo recibe, siempre tímido y temeroso³¹ ante la voluntad del alfarero que puede hacer con su barro lo que quiera. Mientras pesa su carne sobre él, ni habiendo entrado se siente seguro. Avanzando con temor, progresa con amor, encendido por la comprensión de lo que ve y temeroso de escudriñar lo que no debe.

15. Así, amigo, tanto el querer bien como el creer no se alcanza porque uno quiera o porque uno corra, sino porque Dios se compadece.³²

En realidad, si tú no quieres creer, no creerás, y creerás si lo quieres, pero no lo podrás querer sin una gracia proveniente, porque "nadie va al Hijo si el Padre no lo atrae".³³ Y ¿cómo lo

hace? Creando en él e inspirando a su libre arbitrio para que libremente quiera lo que quiere; es decir, para que quiera lo que conviene. Bajo la inspiración de Dios nuestra inteligencia asiente voluntariamente a las cosas de Dios, nuestro corazón cree para justicia y nuestra boca confiesa para salud³⁴: esto es la fe.

Así que, si quieres, creerás, pero no lo querrás a menos que el Padre te atraiga, y si ya lo quieres es porque el Padre te atrajo.

"Examinaos a vosotros mismos, dice el Apóstol, para ver si estáis en la fe. Contrastaos a vosotros mismos. ¿O no reconocéis que Cristo está en vosotros? A menos que estéis descalificados."³⁵

¿De qué modo está Cristo Jesús en nosotros? Está en la buena voluntad porque [se ha dicho]: "Paz a los hombres de buena voluntad"³⁶; están en el querer que Cristo habite por la fe en nuestros corazones.³⁷ Este querer es ya un comienzo de amor a Cristo, pues sin amor no se da la fe en él; no existe una fe piadosa carente de esperanza y caridad.

16. La total ausencia de buena voluntad es signo de la total reprobación y de la tenaz infidelidad, así como la recta conciencia es fiel testimonio por parte del Señor de que somos sus hijos y tenemos la gracia de adopción.

Entonces, ¿por qué, tú, infiel, eres incrédulo? Porque no amas. No tienes fe porque no tienes caridad y no tienes caridad porque no tienes fe. Ninguna de las dos puede darse separadamente, porque ambas se implican.

Comienza a amar, es decir, procura querer y comenzarás a creer en la medida que quieras y ames. Porque la voluntad es el comienzo³⁸ del amor.³⁹ La voluntad vehemente es el amor y el amor a lo que se cree da la capacidad de creer.

34 Rom. 10,10.

35 2 Cor. 13,5.

36 Lc. 2,14.

37 Ef. 3,17.

38 Cf. *De la Contemplación de Dios*, 4, P.C. 1, págs. 40-42; y *De la naturaleza y dignidad del Amor*, 4-5, P.C. 1, págs. 90-93.

39 Teoría de Guillermo: *sencilla voluntad*; *amor* (vehemente voluntad); *caridad* (amor iluminado). Esto corresponde a los tres grados o estados de la vida espiritual. [P. Robert Thomas, o.c.s.o.]

25 Hech. 14,27.

26 Jn. 6,61.

27 Jn. 6,67.

28 Mt. 5,3.

29 Fil. 2,12.

30 Sal. 72,9.

31 Prov. 28,14.

32 Rom. 9,16.

33 Jn. 6,44.

17. Acoge esta comparación respecto a Dios Padre que extraigo del amor familiar. El hombre se fía de la autoridad de sus mayores y se tiene por hijo de su padre y de su madre, sin la menor duda, aun cuando no lo haya podido saber por su constatación personal. Tanto es lo que cree en la autoridad de su padre y de su madre que no piensa en refutar a los que ama ni es capaz de hacerlo, porque su amor los ha juzgado dignos de una fe total.

Tú también, heredero de Dios y coheredero de Cristo⁴⁰, abraza la gracia de la adopción divina. "Dobla la rodilla ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra, para que te conceda, según la riqueza de su gracia, que seas firmemente corroborado por la acción de su Espíritu en el hombre interior y Cristo habite por la fe en tu corazón."⁴¹

Reconoce la dignidad de tu estirpe, no sea que degeneres por tu incredulidad, pues renegar de los padres, aun en la generación carnal, es grave injuria a la naturaleza.

Reconoce a tu madre la gracia, acepta pacientemente que te alimente con la leche de la simple verdad histórica del seno de su autoridad. Apetece su pecho para que puedas crecer prontamente.

18. Crecer es progresar, decrecer es defeccionar. No dependen de la voluntad el nacer o el crecer según la carne, pero sí el nacimiento y el aprovechamiento espirituales. En esto la voluntad es hija de la gracia.⁴² Es la gracia quien la engendra, la amamanta, la alimenta, la conduce y la lleva hasta la perfección, es decir, hasta el despuntar de la caridad, que es una voluntad grande y bien orientada.⁴³

Esta caridad obra con mayor dulzura y seguridad que cualquier afecto carnal. El Espíritu Santo es más veloz en dar testimonio a los hijos de la gracia de que son hijos de Dios⁴⁴, que la naturaleza en revelar a los hijos de los hombres que son hijos de sus padres.

40 Rom. 8,17.

41 Ef. 3,14-17.

42 Cf. *Carta de Oro*, o.c., 145, pág. 131.

43 Cf. San Agustín, *De la gracia de Jesucristo*, I, 21,22; BAC., T. VI, pág. 344.

44 Rom. 8,16.

CAPITULO III

ENTRE LA FE Y LA INTELIGENCIA,
EL AMOR SE ALZA PARA SUPERAR, EN EL ALMA CREYENTE,
UN CONFLICTO QUE SE CAMBIA ASÍ EN CONSUELO DEL DOLOR
E INCENTIVO DE LAS BUENAS OBRAS.

19. **E**L que de veras cree, debe conocer lo que cree y quién es el principio y el maestro de su fe.

Quien es verdaderamente creyente y tiene buena voluntad respecto a su fe, no elige en absoluto lo que ha de creer en lo que a ella atañe, antes cree sin vacilación ni dudas cuanto la autoridad divina indica que se debe creer.

No inventa otros motivos para creer, como que no gusta de lo que está en consonancia con una mentalidad carnal. Sólo apetece la verdad; sobre ella fija su inteligencia y modela su saber. No la pone en duda dictaminando con el juicio de la razón humana. La tiene por cierta y a ella se adhiere mediante su fe y sus costumbres.

Hay quienes tienen tanta fe que no se podría concebir mayor; están preparados para entregar sus vidas por confesarla, y el Señor atestigua que "nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por sus amigos".¹ Pero estos mismos, al creer, es decir, al reflexionar sobre las cosas concernientes a la fe,

1 Jn. 15,13.

quedan en tinieblas y se fatigan. Este es el peso del espíritu humano, ¡pesada enfermedad y asombrosa ceguera!

20. Morir por la fe cuando es necesario y se presenta la ocasión es, a menudo, para muchos, una opción fácil, pero no les es fácil llegar a la pureza de la fe sólo creyendo, es decir, reflexionando sobre ella.

No puede causar estupor el que, de hecho, haya quienes con prontitud mueren por la fe, pero encuentran mucho más difícil vivir según la fe. Ocurre que las verdades contenidas en las Escrituras y que se exponen en narraciones históricas, en exposiciones morales de los santos doctores o en trabajos sobre los misterios o sobre los sacramentos, son recibidas, unas veces, por la mayor parte de los fieles, sin consentimiento, y otras veces con consentimiento erróneo, con dificultad y rebeldía.

21. Estos hombres animales³, a veces creyendo, al pensar en los artículos de la fe, vacilan. Aunque su fe se opone a lo que sugieren la razón y las costumbres de los hombres, a menudo, aun sin quererlo, es como si midieran según la enfermedad de su inteligencia o de su fe la infinitud de la potencia de Dios; es como si la naturaleza misma de los hombres y su inteligencia les sugiriese que Dios nada puede, ni es, ni obra, sino lo que el hombre ve en él por sí mismo y puede comprender, y como si los sacramentos de la fe y los Misterios que contiene la Sagrada Escritura fueran hechura de manos humanas.

22. Pero cualquier hombre de fe y de virtud, predestinado a la vida, prevenido por la gracia y que, como Pablo, ha obtenido misericordia en vista a ser fiel², si llega a experimentar algún pensamiento carnal a propósito de las verdades de fe, de ningún modo le da su asentimiento, sino que, como fiel esclavo de la autoridad divina, abraza con toda el alma la disciplina de la fe que está aprendiendo, ambicionando con todo el cariño de su piedad la fe que es don. Primero, la que revelan la carne y la sangre, después,

2 1 Cor. 2,14.

3 1 Tim. 1,12-13.

la que nadie puede revelar, a no ser el Padre que está en los cielos⁴; primero, la ciencia que una noche susurra a otra noche, después, la palabra que un día transmite a otro día.⁵ Y aprende este hombre a ser muy cuidadoso, tanto de lo que debe creer cuanto de lo que se debe munir a fin de hacer frente a los enemigos de la fe, para que fe haya donde no la hay y se corrobore donde existe. A ella ajusta su vida y sus costumbres para que lo que se cree no solamente se crea, sino que también se espere y se ame y, amándolo, se comprenda y, comprendiéndolo, se lo ame.⁶

Así, el de espíritu leal a Dios⁷ merece el Espíritu Santo, la gracia a la gracia y la fe a la inteligencia. El cariño de la piedad y la inteligencia del amor reducen a cautividad a todo intelecto en obsequio de Cristo⁸, para que el que amando cree, merezca comprender lo que cree, según está escrito: "Si no creéis, no comprenderéis."⁹

23. "Antes que viniera la fe, estábamos bajo la custodia de la ley, encerrados en vista a la fe que debía ser revelada. De manera que la ley ha sido pedagogo nuestro en vista a Cristo, para que por la fe seamos justificados; mas, venida la fe, ya no estamos sometidos al pedagogo."¹⁰

Al conferírseles la adopción de los hijos¹¹, llegamos a ser hijos de Dios recibiendo en nuestros corazones el Espíritu de Dios que nos hace clamar: "¡Abba, Padre!"¹²

Así, aún en el mismo tiempo de gracia, antes de que brille en nuestros corazones la claridad del Evangelio glorioso de

4 Mt. 16,17.

5 Sal. 18,2-3.

6 Cf. *Carta de Oro*, o.c., 160, pág. 139.

7 Sal. 77,8.

8 2 Cor. 10,5.

9 Is. 7,9 (versión de los LXX; Vulgata: *non permanebitis*). Se trata aquí de *tres grados de fe*: 1) La fe que aprende —que revelan la carne y la sangre—; 2) la que es "ciencia" (la del teólogo) —que busca entender y luego transmitir—; 3) la que es un don de Dios (la que revela el Padre) —experiencia, fe iluminada—. [Robert Thomas, o.c.s.o.]

10 Gál. 3,23-25.

11 Gál. 4,5.

12 Rom. 8,15; Gál. 4,5-6.

Cristo¹⁸, permanecemos prisioneros bajo la custodia de la autoridad de ese mismo Evangelio y aguardamos la gracia que nos será manifestada cuando la misericordia del Señor se digne iluminarnos. Entretanto, sea la autoridad nuestro pedagogo en Cristo Jesús para que, por la humildad de la fe, merezcamos ser iluminados por la gracia.

Cuando aparezca esta gracia iluminante, ya no estaremos más bajo un pedagogo, porque “donde está el Espíritu del Señor hay libertad”.¹⁴ Al recibir el Espíritu del Hijo de Dios, nosotros mismos nos transformamos en hijos de Dios. Al comprender y experimentar que Dios es nuestro Padre, renunciamos confiadamente a la autoridad y repetimos lo que dijeron a la samaritana sus paisanos: “Ya no creemos por tu testimonio, pues por nosotros mismos hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo.”¹⁵

Nos preparamos a ello por la fe, meditando sus realidades; y es necesario que en esta meditación tenga la inteligencia su campo determinado, para que en mayor grado lo tenga también la autoridad. Que, en todo lo que el pensamiento no es capaz de concebir ni la razón capaz de investigar, se ceda y se crea a la autoridad divina con suma obediencia. Tal cosa ocurre con la narración evangélica de la economía de la vida humana del Salvador y con sus gestos, que fueron hechos para los que vivían entonces y, al verlos, creyeran en lo que no veían. También para nuestra fe se consignaron, pues de veras sucedieron y por ellos llegamos a creer cuanto creyeron los que los vieron.

24. Cuando empiezan a bullir en el corazón las tentaciones de pensamientos carnales, de escándalos contra la fe, de lamentables dudas e indagaciones tenebrosas (de todo lo cual tiene menos culpa la voluntad que la negligencia y desidia del espíritu o, más bien, la ligereza de un temperamento naturalmente ardiente y curioso... aunque algunas veces en eso sean oscurecidas hasta las almas fieles), entonces, lo mejor para el espíritu es confiar y remitirse entera-

13 2 Cor. 4,4.

14 2 Cor. 3,17.

15 Jn 4,42.

mente a la autoridad divina, esa que la divinidad constituyó en tan eminente cima de dignidad y que tantos y tan grandes hombres de Dios nos recomendaron con la palabra y con la pluma, con su vida y con su muerte.

Reposando piadosa y humildemente en esta autoridad, se vive en ella en paz como en lugar seguro, hasta que, por la operación del Espíritu Santo, “la experiencia da a la inteligencia lo que ha percibido el oído”, como dice el Profeta¹⁶; hasta que la fe en Jesucristo enciende en el sentimiento la luz que anuncia y se vuelve ejemplo de humildad, incentivo de caridad y sacramento de redención en el corazón del creyente, como dice el Apóstol: que Cristo Jesús sea para nosotros, de parte de Dios Padre, sabiduría, justicia, santificación y redención.¹⁷ Entonces se habrá llegado a creer bien y a tener pensamientos dignos de la fe.

25. El Espíritu Santo opera en el alma todo acto y movimiento de fe. Cuando el afecto de fe arde en la conciencia, brilla en ella la gracia iluminante y el efecto de las buenas obras resplandece en la vida. El abandono de la guía de la autoridad en el comienzo de la vida de fe lleva necesariamente a extraviar la senda justa y a marchar según los pensamientos de la carne.¹⁸

No es raro que los fieles más adelantados tropiecen en el mismo error y, aun cuando no lleguen a caer, no por eso se retarda menos dañosamente su progreso, con el consiguiente peligro para la fe. “Dice el necio en su corazón: ‘No hay Dios.’”¹⁹ Unos, dudando de la Providencia de Dios, piensan: “¿Es que Dios lo va a saber, se va a enterar el Altísimo?”²⁰ Otros se admiran de que, para salvar al hombre, Dios se haya hecho hombre. Y se podrían dar muchos ejemplos más.

Hay almas fervientes en lo que atañe a la religión, más aún, dedicadas en sus creencias y que, sin embargo, frecuentemente se ven asaltadas por tentaciones contra su fe. Ten-

16 Is. 28,19.

17 1 Cor. 1,30.

18 Cf. 2 Cor. 10,3 y Col. 2,18.

19 Sal. 13,1.

20 Sal. 70,11.

taciones que no se muestran de frente, sino que, insidiosamente, aparecen de costado y por detrás tiran del vestido de la fe. Nunca dicen: "Sí, sí; no, no"²¹; sino: "Quizás, quizás... Quizás es así... Quizás no es así... Quizás se escribió otra cosa o por alguna razón que no está consignada..." Ante la mirada del juicio de la razón todas las cosas se disgregan y ante su examen el vestido de la fe, aunque permanece todavía entero, se siente tironeado por todos lados y amenaza con rasgarse.*

26. Pareciera que existe una razón que ataca y otra que defiende; la una es animal y su sabiduría es carnal²²; la otra es espiritual y juzga todas las cosas según el espíritu.²³ Aquella duda de lo que no ha experimentado, ésta se somete en todo a la autoridad y por eso no soporta que una verdad que le es incuestionable en razón de la autoridad divina y en virtud de su fe sincera, sea puesta en duda. Pero ¿qué va a hacer el espíritu que se ha confiado a Dios? Lee para sí tanto las palabras cuanto los milagros del Señor en el Evangelio y en todas estas cosas venera y adora las huellas de la verdad. Se le pregunta en qué cree y responde: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios"²⁴; se le pregunta qué ama y contesta: "Tú sabes que te amo"²⁵, y [también]: "Daré mi vida por ti."²⁶ Y todo cuanto concierne a la fe, según la autoridad, con corazón intrépido lo cree para justicia y lo confiesa con su boca para salud.²⁷

Sin embargo, no puede arrojar del oído de su corazón los "Quizás, quizás", ese susurro de la tentación que el fiel

21 Sant. 5,12.

* Con una agudeza notable, Guillermo describe la enfermedad del espíritu que el hombre moderno conoce por las descripciones de Kierkegaard (en *Enfermedad de muerte*) y Heidegger (en *Ser y tiempo*); al hablar este último de la "enfermedad cotidiana", no hace más que subrayar la importancia que la fe (supuestamente desplazada) tiene para el hombre, incluso en un plano natural. (N. del E.)

22 2 Cor. 1,12.

23 Cf. 1 Cor. 2,14-15.

24 Mt. 16,16.

25 Jn. 21,5.

26 Jn. 13,17.

27 Rom. 10,10.

no se dice a sí mismo, pero que le llega desde algún sentido de su alma y que con suma pena sobrelleva. Se remite gimiendo a las palabras del Apóstol y permanece extremadamente vigilante sobre sí. "Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis en la fe, ¿o no reconocéis que en vosotros está Cristo Jesús? A no ser que estéis descalificados."²⁸ Y [también lo otro]: "Nadie que hable con el Espíritu de Dios dice: 'Anatema Jesús.'"²⁹ A dichas palabras, el mismo fiel añade estas otras: "Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea anatema. *Marana-tha*."³⁰

Por más que él haga, no acierta a arrancar, de yo no sé qué oscuro repliegue de su conciencia, el aguijón de muerte que no lo horada, pero lo punza, y, si bien no lo hace de continuo, tampoco se va definitivamente. Teme que Cristo Jesús no habite ya en él, puesto que en alguna parte de su conciencia habitan cosas que a Jesús se oponen.

27. Estos mismos temores y esta ansiedad dolorosa son el signo manifiesto de la verdadera fe; no los siente sino el que lucha, el que ama el objeto de su fe y teme perder lo que ya tiene, el que aprecia las cosas espiritualmente³¹ y al que no le basta el modo ordinario de adherirse a las verdades y de profesar su creencia, el que ya ha experimentado algo y por ello empieza a darse cuenta de lo que aún le falta.

¿Quién, sino la fe, puede temer, angustiarse y sufrir así?

El hombre de Dios se yergue contra sí mismo y, examinándose, dice: "¿Qué te pasa alma mía, y por qué me conturbas?"³² ¿No tienes fe, no crees? Discute consigo mismo y delibera y se interroga sobre estos dos puntos: si tiene fe y si cree de veras. Su corazón le responde sin tardar. Se pregunta qué cosa es la fe y concluye que es el voluntario asentimiento de la inteligencia a aquellas cosas que se le proponen para que crea; creer es reflexionar sobre ellas prestándoles perfecta adhesión.

28 2 Cor. 13,5.

29 1 Cor. 12,3.

30 1 Cor. 16,22.

31 Cf. 1 Cor. 2,14.

32 Sal. 41,6.

28. Recorriendo con cuidado todas las fronteras de su vida de fe, encuentra en el fondo de su corazón una voluntad pura; sobre sus labios, que confiesan su credo, el asentimiento necesario, y en su intención y en su vida las obras mismas de la fe, a tal punto, que se siente pronto para sufrir por ella el martirio y la muerte. Todo esto le confirma, sin dejar lugar a dudas, que tiene fe.

Pero en esto, ¿cuál es la actitud de su alma inteligente?³³

Cuando piensa sobre la fe, encuentra un cierto asentimiento del libre albedrío a las verdades reveladas, pero en su pensamiento algo se opone a ellas. Buscando de qué se trata y lo que quiere por sí mismo, se da cuenta de que, en virtud de la obediencia que supone la fe, su razón va derecho al asentimiento y somete todo a la autoridad abandonando en lo dudoso la vía del razonamiento que le es natural y siguiendo el camino de la gracia que le sale al encuentro. Pero una vez que ha pasado del camino de la naturaleza al de la gracia, el espíritu se extraña de ser conducido por una tierra que es suya, aunque por un camino que desconoce. Se dispone a creer, es decir, a reflexionar adhiriéndose simplemente a las verdades reveladas, pero sufre violencia por parte de su naturaleza, que retrocede corriendo.

El espíritu se pone a razonar, a pesar de su voluntad, contra la autoridad, queriendo saber en virtud de qué da él su asentimiento. Acepta ir con toda simplicidad a donde se le manda, pero, mirando a su razón, reclama para sí la vía

33 Hay que distinguir, por una parte, el *asentimiento* de la fe (el hombre se examina y ve que tiene esta fe, que está pronto para sufrir) y, por otra, el *pensamiento* o reflexión sobre la fe (es entonces cuando el hombre se siente dividido, porque la razón va, por inclinación natural, contra esta adhesión de fe). Guillermo va a explicar que el *asentimiento* se da sin discusión cuando la razón, con la ayuda de la gracia, cierra los ojos y asiente porque la autoridad divina ha hablado, pero que cuando la razón se pone a considerar el dato revelado (que primero admitió sin reflexionar), como la verdad de fe se expresa con palabras humanas que la razón conoce y que constituyen su terreno, su domicilio, no puede escapar de su tendencia a *reflexionar*; de aquí su lucha entre adhesión y reflexión, hasta que venga la iluminación, la fe iluminada. [Robert Thomas, o.c.s.o.]

que le es familiar. No es cosa imposible para la razón someter todo a la autoridad en el terreno de la fe por un juicio bien ponderado, pero no se le puede quitar su capacidad natural impidiéndole razonar.

29. El espíritu siempre tiende naturalmente a la investigación de la verdad; el fin de la búsqueda es el descubrimiento de la verdad a la que tiende y el camino corriente para llegar a ella es el razonamiento.

Cuando se le comunica la fe mediante la autoridad, se siente como extraviado del fin que acariciaba, y encuentra que se ha cerrado aquel camino por el que acostumbraba a transitar.

Puede ser que se alegre al pensar que esta dilación le merece esa caridad que excede todo conocimiento y en la que encontrará, y de esto está seguro, la plenitud de la verdad, habiendo desaparecido lo parcial.³⁴ Pero como mientras tanto se le manda anteponer la autoridad al razonamiento y la fe a la ciencia, y también la opinión a la certeza, y la locura de Dios a la sabiduría de este mundo³⁵, titubea y se agita. No llega a la contradicción porque no parece ser la razón quien atrae a la voluntad hacia la fe, sino al revés.

Esto le ocurre hasta el día que, bajo la acción de la gracia iluminante, la fe se apodera de su inteligencia, la esperanza de su apetito y la caridad de su sentimiento.

30. Mientras tanto, el hombre fue llevado a palpar su debilidad, lo que le enseñó a conocerse y permitió que su naturaleza, viciada por el pecado y demasiado inclinada a los apetitos carnales, se librara de esta servidumbre y se conformara paulatinamente, por la acción del Espíritu Santo y la práctica de la piedad, a las cosas divinas y espirituales que deben ocupar su pensamiento.

Este es un gran ejercicio. Sin el auxilio grande de la gracia de Dios, la razón no podría aceptar sin vacilación lo que se le propone para que lo haga objeto de su fe y de su amor. Por querer a aquel a quien cree, quiere el creer

34 1 Cor. 13,10.

35 Cf. 1 Cor. 1,24-25.

tan fuertemente, que la magnitud de su amor quita del alma toda sospecha de error, aun cuando la fe cierta no se presenta como una evidencia, por lo cual dice el Apóstol: "Ahora conozco, pero sólo parcialmente."³⁶

31. Quien no acepta la disciplina, pronto extravía el camino de la gracia y vuelve a la senda de su naturaleza corrompida y, "no percibiendo las cosas que son de Dios" y comenzando a creer malamente, es decir, a no pensar rectamente sobre la fe, "se torna animal".³⁷

Si el tentador se mete en sus reflexiones, es capaz hasta de sacar la fe de su corazón y hacerlo volver atrás³⁸; entonces, su nuevo estado es peor que el primero.³⁹

El enemigo se encarniza contra el servidor de Dios esforzándose por quebrantar su fe o cribarla y, si es posible, destruirla. Pero el fiel sabe, por su conciencia sumisa a Dios, que no hay ningún abatimiento más peligroso ni tristeza más nefasta que la que se da en lo que toca a esta unión del rostro de Dios con el rostro del hombre, camino por el cual va a Dios la devoción de su servidor y camino por el que va al corazón del hombre la consolación y la gracia de su Señor Dios. De aquí surge todo el incentivo para sus buenas obras y aquí se halla el único consuelo de todos sus trabajos y dolores.

36 1 Cor. 13,12.

37 1 Cor. 2,14.

38 Jn. 6,67.

39 Mt. 12,45.

CAPITULO IV

TENTACIONES DE LA FE. ESPÍRITU DE BLASFEMIA Y FORNICACIÓN. EL DESEO DE CONOCER. TIBIOS Y SIMPLES.

32. **L**A fe es el primer paso del hombre hacia Dios, como dice el Apóstol: "...Es necesario que quien se llega a Dios crea que existe y que es remunerador de los que lo buscan."¹ La fe es la raíz de todas las virtudes y el fundamento de las buenas obras. No existe virtud que no provenga de la fe, como tampoco edificio, sino ruinas, si la fe no es su cimiento. Por esto la antigua serpiente busca en su malicia infectar primeramente esta raíz, hacer vacilar este fundamento. Trata de apagarla o al menos de tornarla imperfecta, de oscurecer en ella el sentido de la gracia iluminante o sustraer la pingüe robustez espiritual.

La serpiente blasfemadora no teme deslizarse en el Paraíso de Dios para seducir el espíritu de los fieles, silbar a sus oídos blasfemias contra la fe o hacer resonar en sus corazones el encantamiento de la duda. El que ha adelantado en la fe, entiende bien que es preferible quebrar por el despre-

1 Heb. 11,6.

cio la cabeza de la bestia, que responder a sus insinuaciones. Entretenerse con ella es reforzar su maldad, pues no se puede huir del contagio de su veneno mortífero si no se aparta uno completamente del aliento pestilente de esta boca emponzoñada.

33. El hombre está expuesto a dos tentaciones o a dos vicios inherentes a su naturaleza herida por el pecado: la concupiscencia de la carne y la blasfemia del espíritu.²

El deseo del fruto vedado y el ultraje a la divinidad fueron susurrados por la serpiente al oído de los padres del género humano, cuando dijo a la mujer: “¿Conque Dios ha dicho que no comáis de todos los árboles del vergel..? Es que Dios sabe que el día que comáis del árbol que está en medio del Paraíso se os abrirán los ojos y seréis como él.”³

34. La mujer, lamentablemente crédula, se dejó prender por sus palabras y se persuadió prontamente de que Dios estaba celoso del hombre. Y el hombre y la mujer, deseando el fruto vedado, fueron impulsados (la una por la serpiente, el otro por su esposa) a trasgredir el precepto divino.

Pero como toda la humanidad se encontraba en ellos, fue toda la naturaleza humana quien pecó con ellos.⁴ De aquí que la carne codicie contra el espíritu y el espíritu contra la carne.⁵

35. Vendido al pecado, el hombre perdió todo dominio sobre sí. Ahora codicia lo que no quiere y hasta suele emitir juicios sobre Dios que él mismo desaprueba —sobre todo cuando lo atormenta el espíritu de blasfemia y el de fornicación, que son los instigadores de todos estos males—.

2 Es doctrina común que la concupiscencia de la carne es consecuencia del pecado original, y junto con aquélla, dentro del campo del conocimiento, surge la ignorancia. Pero hay autores que, como Guillermo, agrandan y extreman la ignorancia hasta la *blasfemia*, que es un elemento positivamente malo y no sólo negativo como aquélla.

3 Gén. 3,1 y 5.

4 Cf. Rom. 5,12.

5 Gál. 5,17.

Entre todas las tentaciones, son la blasfemia y la fornicación las que producen estos daños. Resístaseles, pero no mediante razonamientos o reflexiones —pues atacarían con mayor vigor y más insistentemente—; se escapa de ellas más fácilmente por la huida y se las domina por el desprecio. Por eso dice el Apóstol: “Huid de la fornicación.”⁶ Así, a todo recuerdo impuro se debe oponer la huida y el desprecio absoluto, temiendo que la conciencia, con el pretexto de combatirlo, se solace rememorando el mal... ¡Tan rápidamente se despierta en nosotros el prurito de nuestra carne al contacto del más insignificante pensamiento!

En cuanto a la blasfemia, recordamos que al tentador que le decía: “Te daré todo si te postras adorándome”,⁷ el Doctor de la verdad no opuso otra cosa más que el escudo de la verdad y de la autoridad al contestar: “Escrito está: *Al Señor Dios adorarás y sólo a él darás culto.*”⁸ Y en el libro de los Reyes, Ezequías dio esta orden a sus servidores con respecto a los siervos del rey de Asiria que blasfemaban contra el Señor: “No les respondáis.”⁹

Por tanto, no respondamos nunca al espíritu de blasfemia ni osemos dialogar con él. Opongámosle, solamente, el escudo de la fe. Su venenosa malicia quería ensuciar todos nuestros argumentos. Su finalidad no es la de obtener una respuesta que lo satisfaga y sus esfuerzos miran únicamente a contristar la conciencia del creyente o a corromper de alguna manera la pureza de su fe.

36. De los males de que hemos hablado, uno es aguijón de la carne y el otro aguijón del alma, y ambos se encarnizan con los negligentes en virtud de una especie de pacto o convención natural, cuyo origen remonta al padre de la humanidad quien, queriendo ser semejante a Dios, se dejó enredar por el encantamiento de la antigua serpiente y fue entregado a la concupiscencia de la carne.

6 1 Cor. 6,18.

7 Mt. 4,9.

8 Mt. 4,10.

9 2 Re. 18,36; Is. 36,21.

Avergonzado de sí mismo, cubrió algunas partes de su cuerpo, que no tenían necesidad de velo, pues su Creador las había hecho buenas.¹⁰ Fue necesario aplicar, a cada uno de sus dos vicios, el antídoto específico, pues una misma medicina no conviene a todos los miembros. Lo que sana la cabeza, no sana los pies. Lo que refrena la concupiscencia de la carne, no mata la soberbia del alma. La tentación de la carne requiere la aflicción del cuerpo y los trabajos corporales; la tentación del espíritu, el socorro de la oración, de la lectura, de la meditación y de otros remedios de naturaleza espiritual. Pero, sobre todo, para llegar a la pureza de la fe, son necesarias una verdadera y profunda humildad de corazón, una piadosa devoción y una continua instancia en la oración. Es menester, entonces, orar a menudo diciendo y repitiendo: "Señor, aumentanos la fe",¹¹ porque, a menudo, aun el que ha adelantado en esta virtud tiene que sufrir, salvo que lo asista la gracia.

37. De hecho, la razón razonante, inquieta e insaciable, se abalanza sobre la fe en cuanto se presenta la ocasión, no por espíritu de contradicción, sino por necesidad de razonar, no para oponérsele, sino para alentar su seguimiento. Bajo pretexto de ayudar a creer, se esfuerza por inmiscuirse en el conocimiento de las cosas divinas como acostumbra a hacer en las cosas humanas. Pero, al pasar de un dominio a otro, tropieza, pierde pie y cae, hasta que retorna a la puerta de la fe y a aquel que dice: "Yo soy la puerta",¹² y hasta que, humillada por el yugo de la autoridad divina, entra, y tanto más seguramente cuanto más humildemente lo hace.

38. Hay tres categorías de personas que desconocen la tentación: los negligentes inveterados, los simples de espí-

¹⁰ Cf. Gén. 3,7. El mal no está en las cosas, sino en la mirada del hombre. El pudor, que nos hace rodear de mayor honor las partes menos nobles de nuestro cuerpo, es una consecuencia de la caída. [Déchanet, J. M., *o.c.*, pág. 99.]

¹¹ Lc. 17,5.

¹² Jn. 10,9.

ritu y aquellos a quienes la gracia iluminante ha confirmado en la fe.

Los tibios y los simples se contentan con la fe que revelan la carne y la sangre. Nunca aflora en ellos la tentación, ya que no se toman el trabajo de profundizar en sus creencias. Les es suficiente creer por costumbre y confesarlo rutinariamente. A decir verdad, ignoran lo que es la fe, pues si lo supieran se esforzarían en comprender lo que creen.*

* Esta particular antropología, que puede molestar al lector moderno, es hija de una sociedad —y de una tradición cultural— fuertemente estamentada, en que el fermento evangélico de la igualdad absoluta de todos los hombres —salvaguardadas sus diferencias personales— no había fructificado en el grado que nosotros conocemos ni con las consecuencias históricas que nos son a todos familiares. (N. del E.).

CAPITULO V

FE CARNAL Y FE REVELADA. "SIMPLES", "BUSCADORES"
E "ILUMINADOS". EL EJEMPLO DE LA FE DE MARÍA. LOS
MISTERIOS SALVADORES DEL SEÑOR.

39. **U**NA es la fe que revelan la carne y la sangre, otra la que revela el Padre que está en los cielos. Es otra y no es otra. Es la misma fe con efectos diferentes. La primera enseña lo que se debe creer, la segunda da al creyente la inteligencia de su fe según el pleno sentido etimológico del [verbo] entender [*intelligere, intus legere*], porque el creyente lee dentro de sí lo que cree, inscrito, en cierto modo, sobre las fibras de su corazón.

Una sirve al hombre de pedagogo, de tutor y de protector en su enfermedad. La otra le confiere la herencia de los hijos de Dios y la perfecta libertad. Aquella tolera a los negligentes y no excluye a los simples de espíritu. A todos ofrece la formación de la verdad. Ésta, al revés, sólo recibe a las almas fervorosas que sirven al Señor con los ojos del corazón iluminados.¹

¹ Ef. 1,18.

40. Al hablar de "simples de espíritu", no nos referimos ciertamente a aquellos hijos de Dios, hombres privilegiados, a quienes Dios se complace en hacer sus confidencias, que reciben de lo alto su fe por un favor enteramente especial —no la fe que revelan la carne y la sangre, sino la que viene del Padre que está en los cielos—. Dios los instruye en silencio. Extraños a toda discusión pendenciera, reciben del Espíritu Santo esa enseñanza que confunde a maestros y discípulos, si no están asistidos por la gracia, y frustra los razonamientos rimbombantes de la razón.

No los juzgamos negligentes porque, en su simplicidad, testimonian un celo descollante respecto a la fe y dan pruebas de prudencia; gustan singularmente de aquello que han recibido, tienen un conocimiento sabroso del Señor en su amor² y por el sentido del amor sienten y gustan todo lo que creen de Dios. Donde cesan y desfallecen los esfuerzos de la razón, ellos corren. Marchando con simplicidad, avanzan con toda seguridad. No cuentan con los carros del ingenio propio ni con los caballos de la certidumbre humana, sino con el Nombre del Señor.³ No ponen su confianza en las producciones literarias, sino en la fuerza de Dios y en su sola justicia.⁴

No enjuician la fe ni se esfuerzan en discernirla, sino que, sin cesar, ofrecen al Espíritu Santo su capacidad de juzgar para que él se digne iluminarla. Dirigiendo todos sus sentimientos hacia el asentimiento de la fe, recogen frutos espirituales con dulzura y seguridad. Conocen al Señor en el amor porque lo buscan con un corazón sincero y él se deja encontrar de quienes no lo tientan y se manifiesta a los que en él confían.⁵ En éstos se cumple lo que dijo nuestro Señor Jesucristo en la oración que dirigió al Padre por sus discípulos: "Ellos conocieron de veras que salí de ti." ¿Cómo lo supieron? Escucha lo que sigue: "Pues creyeron que tú

² Exégesis familiar de Guillermo sobre Sab. 1,1: ellos tienen el "sentido" de Dios en la bondad. Conocen al Señor en el amor. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 105.]

³ Sal. 19,8.

⁴ Sal. 70, 15-16.

⁵ Sab. 1,1-2.

me enviaste.”⁶ Así, si conocieron de verdad, fue porque creyeron de verdad.

41. Volviendo a los simples de espíritu, hay que distinguir entre los que no comprenden nada de la fe porque son ignorantes por naturaleza e incapaces de comprender, y aquellos cuyo espíritu no consiente en esforzarse por conocer, aun cuando podría llegar a ello.

42. Si hemos exaltado al hombre de fe simple, no es para desacreditar al creyente que busca y que pena.⁷ También él, siempre que no pretenda escrutar la majestad divina, sino copiar su amor e imitar su simplicidad, no sólo escapará indemne de las redes de la tentación, progresará también maravillosamente en la inteligencia de la fe. Esta es la gracia que se le añadirá. Porque nueva gracia es percibir en el propio corazón la suavidad de los frutos de la fe que ya se poseía, por cuanto una cosa es comprender lo que se cree y otra estar prontos a dar razón de la propia fe.

La fe simple saborea, pero no ilumina; sencillamente está al abrigo de las tentaciones. La fe que busca, aunque nada saboree sin fatigas, sin embargo alumbrá y está firme contra las tentaciones. Avanza lentamente, pero el que la posee lleva a Cristo en su corazón,⁸ que allí vive por la fe. Para ese tal, su credo es una ciencia cierta que la conciencia aprueba. Abraza fuertemente la fe que revelan la carne y la sangre, y suspira por la que revela el Padre de los Cielos. Cuando la recibe, reposa en ella con suavidad.

43. A menudo es aventajado por el hombre simple que se beneficia con los atajos de la santa simplicidad, pero no permanece apartado de la fuente de la gracia que está abierta para todos. Suele sufrir entre los abrojos y espinas de la tierra en medio de las tentaciones de su naturaleza corrompida. Como consecuencia de la maldición que cayó sobre Adán, come su pan con el sudor de su frente.⁹ Pero a veces,

6 Jn. 17,9.

7 Cf. 1 Cor. 2,14-15.

8 Ef. 3,17.

9 Gén. 3,17-19.

sin que se dé cuenta de cómo, halla, igual que Jacob, las bendiciones del Señor en el campo de su corazón.¹⁰ Ciertamente, no puede ser vana la fatiga del espíritu que sufre y lealmente se gasta por la fe. El dolor piadosamente aceptado que resulta de la demora [impuesta a la inteligencia], no puede quedar carente de recompensa.

44. Frecuentemente, la gracia iluminante sale al encuentro de la fe que pena. Como por un golpe de lanza, hace penetrar en ella el conocimiento y la esperanza —luego, en ambos, el amor— de las realidades invisibles. Aunque sin intervalo de tiempo ni distinción de sentimientos, tanto el amor nace de la fe, engendrado por el conocimiento mediante la esperanza, como se afirma la fe en el amor por el conocimiento.

Se realiza, entonces, en el seno mismo de la vida de fe y en el corazón del creyente esa especie de conjunción de que ya hablé, esa fusión en una sola sustancia indivisible¹¹ —la sustancia que es el objeto de la esperanza— de sus elementos distintos, según los percibe el pensamiento, los cuales acompañan ese acto del creyente que es el conocimiento que procede de la fe, la esperanza y la caridad.

45. Porque, cuando creemos, se da el conocimiento de lo que se cree, luego esperamos en lo que conocemos en virtud de lo que sabemos de su bondad y, por fin, amamos aquello que esperamos y que ya conocemos.

La conexión de la fe, la esperanza y la caridad en el alma fiel es inherente a la vida de fe, aunque no siempre lo pueda concebir el pensamiento.

46. Éstas constituyen las tres virtudes del alma y toda su fuerza reside en ellas, son los “huesos” de los que el salmista habla continuamente, que, por ser de sus santos, el Señor guarda¹², y que al unirse forman ese único hueso que no será quebrantado.¹³

10 Gén. 27,27.

11 Cf. Heb. 11,1.

12 Sal. 33,21.

13 Idem.

En ellos reside, aquí abajo, la perfección de la vida de fe; por eso está escrito: "No estaban ocultos para ti mis huesos, cuando yo era formado en lo secreto."¹⁴ Y, al revés, si ellos se conturban, arrojan al alma en la angustia.¹⁵ Si se quiebran, los enemigos insultan¹⁶; y, si se dispersan, conducen al borde del abismo.¹⁷

47. Cuando se les adhieren las carnes —las otras afecciones del alma—, tanto las carnes participan de la fuerza de los huesos, como los huesos se enriquecen con el azúcar de las carnes. Es la *eucrasia*¹⁸ o buena complexión del alma.

Pero si se separan, si las carnes caen y se corrompen, también los huesos perecen y se secan. Así, la fe sin las obras, la esperanza sin el consuelo por la larga dilación y la caridad sin la dulzura de la piedad, se consumen como virutas.¹⁹

Las carnes se adhieren a los huesos para bien de todo el cuerpo, porque ellas participan de la fuerza de los huesos y éstos reciben de aquéllas su alimento. Pero cuando son los huesos los que se adhieren a la carne —como lo deplora el Profeta al decir: "Mi hueso se pega a mi carne"²⁰—, entonces, ablandándose se vuelven carne. Porque si las afecciones del alma se modelan sobre la fe viva, el hombre vive según el espíritu, camina según el espíritu y se torna espiritual; pero si las virtudes espirituales se relajan y se ablandan por las afecciones carnales, ese hombre se vuelve enteramente carne y se dirá de él: "No permanecerá mi Espíritu en este hombre, porque es pura carne."²¹

48. Pero volvamos ya a la fe que busca. Es preciso alimentarla, unirla a Dios por el espíritu de humildad²² hasta que la

14 Sal. 138,15.

15 Sal. 140,7.

16 Sal. 41,11.

17 Sal. 140,7.

18 *Eucrasia* es un término estoico. Expresa la situación de equilibrio del organismo humano. Es curioso que Guillermo lo aplique al alma. Lo usa también en *Sobre la naturaleza del cuerpo y del alma*, PL 180, 697 A.

19 Sal. 101,4.

20 Sal. 101,6.

21 Gén. 6,3.

22 Dan. 3,39.

sustancia de las realidades que esperamos comience a despuntar en piadosa devoción, hasta que la necesidad natural de razonar se transforme por la operación de la gracia en amor fervoroso, la inoportuna racionalidad se vuelve amorosa contemplación y la ciencia de buscar, gozo de la fruición.

Mientras tanto, la naturaleza se ejercita, aprende y se da cuenta de lo que es capaz de hacer sin la gracia.

Por la razón impedimos que se desahogue malamente nuestra necesidad natural de razonar y llegue hasta la contradicción. Apenas conseguimos así que lo que arde no se inflame más aún, que nuestro apetito natural de saber no se interne por un dominio vedado, un dominio que no tiene derecho a explorar con los sentidos del cuerpo o del alma.

49. No temas, servidor de Dios. No resbalen tus pies ni se doblen tus rodillas.²³ Los infieles piden signos, los pusilánimes buscan la sabiduría.²⁴ Tú abraza a Cristo crucificado, escándalo para los que han sido predestinados a la ruina, locura a los ojos de los sabios según sus propios juicios, pero sabiduría de Dios y fuerza de Dios para los elegidos y los predestinados a la gloria. Porque la locura de Dios es más sabia y la debilidad de Dios más fuerte que la sabiduría y la fuerza de todos los hombres.²⁵ Si oyes el pensamiento de la carne²⁶, te parecerá locura y debilidad, pero si con el Apóstol tienes el pensamiento de Cristo²⁷, comprenderás que el Verbo es la suprema sabiduría y que la locura de esta sabiduría es la Carne del Verbo encarnado. ¿Sabes por qué? Porque los hombres carnales son incapaces de captar la sabiduría de Dios mediante la prudencia de la carne; pero son curados por la locura de la predicación y la simplicidad de la fe, en otras palabras: por la Carne del Verbo.²⁸

Por tanto, sé necio para llegar a ser sabio y te iluminará la dispensación del sacramento escondido desde siempre en

23 Sal. 72,2.

24 1 Cor. 1,22.

25 1 Cor. 1,22-25.

26 Cf. Col. 2,18.

27 1 Cor. 2,16.

28 Cf. 1 Cor. 1,22.

Dios que todo lo creó.²⁹ Sé débil con la debilidad de Dios y aprenderás cuál es la sobrepujante grandeza de su poder para con nosotros los creyentes, según la energía de la potencia de su fuerza.³⁰

Que la turbación pasajera, que por un momento pudo sacudir tus convicciones, no te asuste, sobre todo si la duda nace en ti cuando te examina el martirio.³¹ Tu limpia conciencia te da testimonio y, en ella, el Espíritu Santo, de que no estás en falta ni te condena. Ella, en presencia de un hecho inusitado, simplemente se asombra; no niega, invita a creer, en una palabra: desea saber.

50. Mira a la Madre del Señor, modelo insigne de nuestra fe; ha recibido la buena noticia de nuestra salud y de la concepción del Verbo, y no duda ni por un momento de que será Madre del Señor por obra del Espíritu Santo. Sin embargo, hay algo que quiere saber: de qué modo se cumplirá el misterio. “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?”³² Lo acepta por la fe, pero desea conocer el modo de su realización. Su alma fiel, confortada por la gracia de la que está llena, no duda de la promesa, pero su naturaleza se asombra de la manera en que se cumplirá.

Ya siente singularmente en ella la acción del Espíritu Santo. No sabe que las maravillas que abraza por la fe podrá operarlas en su carne el Espíritu, sin concurso de la carne. Entonces el ángel le dice: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra”³³, como si dijese: “Acá está el dedo de Dios.”³⁴

51. Así se asombraba Nicodemo sobre el modo en que se realizaría la espiritual regeneración del Bautismo, y respondió el Señor: “El viento sopla donde quiere y oyes su voz,

29 Ef. 3,9.

30 Ef. 1,19.

31 Guillermo ha hablado más arriba de esos hombres asaltados por dudas y tentaciones contra la fe y que “se sienten prontos a sufrir por ella el martirio y la muerte”. A esto alude aquí al decir *sub examinatione martyrii*. [Déchanet, J. M., o.c., pág., 113.]

32 Lc. 1,34.

33 Lc. 1,28.

34 Ex. 8,19.

pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.”³⁵ Y a quienes se escandalizaban del sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, les dijo: “El Espíritu es el que vivifica, la carne de nada aprovecha.”³⁶ Todo esto lo opera el único y mismo Espíritu según quiere.³⁷ Él confecciona los sacramentos de la fe³⁸, a unos (como el

35 Jn. 3,8.

36 Jn. 6,64.

37 1 Cor. 12,11.

38 *Sacramenta*: Guillermo usa habitualmente esta palabra en la acepción antigua de “misterios”. Más adelante lo dirá explícitamente: *Sacramenta vel misteria*. Aquí distingue los sacramentos propiamente dichos, como el Bautismo y la Eucaristía —signos visibles y corporales de una realidad sagrada—, y los sacramentos-misterios, como el Verbo encarnado y la Voluntad divina —realidades sagradas escondidas, pero que el hombre está llamado a descubrir bajo la guía del Espíritu Santo—. Todo es tradicional en esta división corriente... Lo interesante de subrayar es el carácter muy marcado de *intermediario*, en el sentido platónico del término, que da Guillermo al sacramento-signo o al sacramento-misterio. “En la metafísica griega, el *intermediario*, cualquiera que fuese, tiene por función esencial ‘rescatar’ el desnivel de los dos grados de ser, superior e inferior, con los cuales linda. Asegura la continuidad entre ellos tanto en la línea descendente de la emanación como en la línea ascendente de retorno a la unidad original. Participando de la perfección del ser superior, lleva su semejanza e imprime en el inferior, proporcionalmente, la misma imagen. Y la ‘imagen’ es siempre una ‘participación’ que no comporta nunca toda la perfección del ‘arquetipo’. Sin embargo, ella es su expresión *inmediata*, al *atraer* su *presencia* operante y al orientar hacia él el *retorno del amor*” (J. Maréchal, *Études sur la psychologie des mystiques*, T. 2, París, 1937, pág. 112). *Mutatis mutandis*, esta concepción se aplica, en Guillermo de Saint-Thierry, al Verbo encarnado, el más claro de todos los sacramentos-misterios. Se aplica a la Voluntad divina en tanto que ella es el Espíritu Santo —su “imagen” en el sentido platónico (ontológico, diríamos nosotros) de la palabra— y participa eminentemente de la divinidad; en tanto se cumple en nosotros —la realidad de modo sensible y sobre el plano temporal—, nos hace partícipes de Dios, de su amor, de su bondad; es en nosotros esa “presencia operante” que nos revela a Dios mismo y que sobre todo nos lleva a él. Los sacramentos propiamente dichos o sacramentos-signos, realizan también este papel de mediadores. Signos (siempre en el sentido platónico de figuras que contienen de alguna manera la realidad de la que son imágenes) de una realidad sagrada (la gracia), contienen un elemento divino, eterno en cierta medida (la cosa significada), y un elemento humano, tem-

Bautismo y la Eucaristía) para que sean signos visibles y corporales de una realidad sagrada, a otros para que sean realidades sagradas escondidas a la mirada de la razón, pero que la inteligencia espiritual está llamada a descubrir, conducida por el mismo Espíritu Santo. Tal aquel de quien dice el Apóstol: "A fin de haceros conocer los misterios de su Voluntad."³⁹

CAPITULO VI

LA VIDA DE LOS SACRAMENTOS, ACCIÓN DEL
ESPÍRITU SANTO Y MEDIACIÓN DE CRISTO.
ESPEJO, ENIGMA E IMAGEN.

EL misterio de la Voluntad de Dios es el mayor de todos los sacramentos, como si dijéramos: el sacramento de los sacramentos.

53. Según su beneplácito, Dios da a conocer lo que quiere a quien quiere y, como este beneplácito es divino, él se revela de una manera totalmente sobrenatural a quien, gratuitamente, ha sido hecho digno de esta manifestación.

Pero no debería decir que su beneplácito es divino, sino que es Dios mismo, pues el Espíritu es la sustancial Voluntad de Dios, esa Voluntad por la que realiza todo lo que quiere, como dice la Escritura: "El Señor hace todo lo que quiere."¹

El Espíritu Santo se da a conocer de aquel que lo ha recibido, ya que no puede ser conocido sino en virtud de su presencia. La Voluntad de Dios se revela allí mismo en aquel en quien se cumple.

¹ Sal. 113,8.

poral (el signo sensible), y por éste pasamos a aquél... He aquí un aspecto de la teología sacramental del siglo XII que merece ser profundizado y señalado. [Déchanet, J. M., *o.c.*, págs. 25-26, nota 2.]
³⁹ Ef. 1,9.

54. Aunque el ojo de la razón humana no puede sustraerse a la claridad que emana de la Voluntad divina, luminosa en su verdad, sin embargo no puede participar de su dulzura y de su bondad sino el que la cumple, queriendo lo que quiere Dios. Sólo la percibe el que la vive, porque sólo en los vivos está la vida. No la conoce el que no la cumple, aunque no todos los que la cumplen la conocen y la perciben; tal el caso de los niños y de los idiotas.

¡Cuántos ignoran qué es el alma, y sin embargo todos tienen una!; y ¡cuántos, llenos de gracia, desconocen la gracia que los colma! Pero la Voluntad de Dios, que es la gracia [res]² de todos los sacramentos, descubre los ritos sacramentales al alma que atrae a sí cuando opera en ella lo que los ritos significan. Porque es el Espíritu Santo en persona quien da el carácter sagrado a los ritos para que los sacramentos contengan una tan alta realidad. Es el mismo Espíritu Santo quien, revelando su sentido, los recomienda a la conciencia del fiel en que una gracia escondida opera la gracia [res] del sacramento.

55. Dios, más íntimo a nosotros mismos que cualquiera de las facultades de nuestro hombre interior, ha instituido para nosotros los sacramentos exteriores que operan en los sentidos exteriores, pero que están llamados a introducir al hombre interior hasta la médula de las cosas divinas. Entonces, por la operación de los sacramentos “corporales”, Dios suscita en nosotros su gracia espiritual. Parecida economía lo había llevado ya a hacerse partícipe de nuestra humanidad para hacernos partícipes de su divinidad.³

Según el mandato del autor de nuestra salud, el agua del Bautismo lava exteriormente nuestra carne, pero es nuestra alma la que se purifica en nuestro interior por obra del Espíritu Santo. Así, la fe en el Hijo del hombre —que es también Hijo de Dios— justifica a los pecadores y los torna hijos de Dios.

La comida corporal del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, siendo incorruptible, es comida físicamente por los fieles de

² Res, o cosa, es la gracia o efecto del sacramento (cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, 3, q. 60, BAC, T. XIII, pág. 21).

³ Cf. 1 Pe. 1,4.

manera incorruptible. Es comida físicamente porque ella conviene a nuestros cuerpos de carne, y de manera incorruptible porque eleva nuestro espíritu en tanto que nos conforma a Dios por el sentido intelectual de la razón y nos une a Dios por el gusto del amor iluminado.⁴

56. Estando acostumbrados a las cosas terrestres y pasajeras, no podemos ser curados ni lavados de nuestras manchas sino por medio de las cosas pasajeras. Pero lo que se muda no puede curarnos ni merecernos la visión de lo que es eterno, sino por razón de la fe que lo acompaña. Los sacramentos pertenecen al orden de las cosas temporales y transitorias, pero, como primicias del Espíritu Santo, van acompañados de un prego de la eternidad, abarcan el tiempo y la eternidad, nuestra vida de fe, la fe que es promesa y la visión de la Verdad que nos aguarda y que nos saciará, nuestro peregrinar sobre la tierra y la futura eternidad.

La economía de los sacramentos se nos aparece luminosa en la Persona del Mediador, quien, permaneciendo Dios eterno, se hizo hombre en el tiempo. Y, puesto que pertenece al tiempo y a la eternidad, es capaz de levantarnos de lo que pasa a lo que perdura. Por eso, cuando comemos la Carne de Cristo y bebemos su Sangre, el provecho lo recibe nuestra alma, y cuando el agua del Bautismo lava nuestro cuerpo de carne, es nuestro espíritu el que queda purificado.

57. Es así como lentamente conocemos el amor de Cristo y se ilumina nuestra fe en vista a la adhesión perfecta. Entonces ya no tentamos al Señor nuestro Dios, sino que creemos en él con toda simplicidad y fidelidad, y él mismo co-

⁴ Esta frase se aclara a la luz de la psicología de Guillermo, de su teoría del conocimiento y de los sentidos internos. El alma tiene dos potencias o dos “sentidos”: el intelecto, que “siente” y conoce, y el amor, que “gusta” y experimenta. Todo conocimiento supone o provoca la unión. La Eucaristía nos permite tocar a Dios y es para nuestra inteligencia la fuente de un conocimiento de Dios totalmente nuevo, en que el “sentir” juega mayor papel que el razonar. Este conocimiento entrafía nuestra conformación con Dios, principio de un conocimiento más íntimo. Ella nos da el “gustar” a Dios (otra manera de sentirlo), el tener la suave experiencia en el amor y por el amor, y así nos une a él. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 121, nota 1.]

mienza a fiarse de nosotros. Dejamos de ser de aquellos de quienes dice el Evangelio: "Creyeron en Jesús, pero él no se fiaba de ellos."⁵ A decir verdad, es abusivo decir que esa gente creyó en aquel a quien no amaba, porque creer en Jesús es acercarse a él por amor.⁶ Creyeron que era el Cristo, pero no lo amaron como a tal. Su mirada interior no vio en su Persona a aquel a quien no es posible ver sin amar. Él se dio cuenta y por esta razón no les tenía confianza.

58. Comencemos por adherirnos pura y simplemente, sin vacilación ni retorno, a lo que la fe nos enseña sobre las realidades divinas. Para comprender lo que creemos, entreguemos al Espíritu Santo nuestro espíritu y nuestro entendimiento, respetando y obedeciendo en todo los mandamientos de Dios, no tanto por un esfuerzo de la razón o por ambición, cuanto por impulso de un amor piadoso y simple. Así, por el ejercicio de un amor muy humilde más que por esfuerzo de un genio poderoso, merecemos que Jesús nos tenga confianza; que, bajo la acción de la gracia que ilumina nuestra inteligencia y nuestra razón, nuestro asentimiento de fe se convierta en sentimiento de amor. Entonces, ya no tendremos necesidad de ritos ni de símbolos para conocer el misterio de la infinita Voluntad divina.

59. Sin embargo, mientras dure nuestra existencia acá abajo, es por la religión sacrosanta de los sacramentos que nuestros sentidos exteriores —y por ellos nuestros sentidos interiores— se "religan" a las cosas de Dios y al mismo Dios sin dispersarse en las vanidades del mundo.

La palabra religión procede del verbo "religar".⁷

Nuestra naturaleza corporal reclama, en cierto modo, la dirección y disciplina de estas formas corporales que son los sacramentos corporales.

⁵ Jn. 2,23-24.

⁶ Cf. San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 29.8, BAC, T. XIII, pág. 716.

⁷ Cf. San Agustín, *De la cantidad del alma*, 36.80, BAC, T. III, pág. 662; *De la verdadera religión*, 55.113, BAC, T. IV, pág. 206; *La Ciudad de Dios*, X.4, BAC, T. XVI, pág. 520.

Era preciso que fuéramos iniciados, por las apariencias corporales de los sacramentos corporales, en la sabiduría del que los instituyó, y que fuéramos devueltos, por sus ritos y símbolos, a la gracia que encierran, a las realidades escondidas que ellos significan.

Estamos enfermos —sufrimos de esa enfermedad que es la corrupción de nuestra naturaleza— y debemos desear la curación. Nuestra enfermedad es la movilidad de nuestra naturaleza precedera, y el remedio, que nos traslada de lo que pasa a lo que permanece, es la fe en el Mediador.

60. Ahora bien, el objeto principal de la fe es lo que ha tenido lugar en el tiempo en favor nuestro. La fe purifica nuestros corazones y nos da la capacidad, no sólo de creer, sino también de comprender las realidades eternas.

Si vivimos verdaderamente de la fe, esto nos merecerá la verdad y nuestra movilidad pasará al reposo inmutable en las realidades eternas que son el objeto de esta fe.

61. Mientras dure el tiempo de nuestra purificación en este mundo, rindamos a los sacramentos de las realidades escondidas el honor que les debemos y tengamos además fe en las realidades mismas [que estos sacramentos esconden]. Purificados y fortificados por los sacramentos, vamos hacia la contemplación de las cosas eternas que constituyen la meta a la que se ordenan todas nuestras acciones, los sacramentos y la misma fe.

El alma y la conciencia impuras, el espíritu soberbio y la jactancia curiosa no pueden escrutar los sacramentos y los misterios de Dios. De hecho, "el Espíritu huye del fingimiento [...], pues en alma artera no entrará la sabiduría, ni habitará en cuerpo sujeto a pecado".⁸

Por el contrario, la piedad humilde, el amor sincero, la conciencia recta, los hijos de Dios sencillos y los pobres de espíritu, aun cuando se aparten por reverencia, son incitados por el Espíritu Santo a escrutar los secretos divinos. Ellos aman, y por esta razón se esfuerzan en comprender a fin de amar más.

⁸ Sab. 1,5 y 4.

62. Si tú, alma fiel, vacilas en el camino de la fe, si tu naturaleza se conmueve por la profundidad de los misterios, no temas, habla, pregunta (no con el fin de poner obstáculos, sino con el deseo sincero de ajustar el paso): “¿Cómo podrá ser eso?” Y que tu interrogación sea una plegaria, que sea amor, piedad filial, deseo humilde; que ella no pretenda escrutar con altivez la majestad divina, sino que busque la salud en los medios de salvación del Dios de nuestra salvación.

Entonces te responderá el ángel del gran Consejo: “Vendrá el Consolador que yo os enviaré de parte del Padre, dará testimonio de mí y os enseñará todas las cosas. De parte del Espíritu de Verdad, os vendrá toda Verdad.”⁹ “Nadie conoce lo que hay en el hombre, a no ser el espíritu del hombre que está en él. Así, las cosas de Dios sólo las conoce el Espíritu de Dios.”¹¹

Apúrate, entonces, a tener parte en la luz del Espíritu Santo. Él está donde se lo invoca. Sólo se lo puede invocar si ya está presente. Al ser llamado, viene en la abundancia de las bendiciones divinas. Él es el río impetuoso que alegra la ciudad de Dios.¹² Si al llegar te encuentra humilde y sosegado, temblando ante la Palabra de Dios, reposará en ti y te enseñará lo que Dios esconde a los sabios y a los prudentes de este mundo. Entonces comenzarán a ser patentes para ti todas las cosas que la Sabiduría habría podido revelar a sus discípulos cuando aun estaba sobre la tierra, pero que ellos no podían comprender antes de la venida del Espíritu, de ese Espíritu de Verdad que los llevará a la Verdad completa.¹³

63. Vanamente se esperaría oír de boca de un hombre, quienquiera que fuese, la revelación y la explicación de lo que no se es capaz de recibir o de comprender oyéndolo de boca de la Verdad misma. Ella afirma que Dios es espíritu¹⁴,

por eso los que lo adoran deben hacerlo necesariamente en espíritu y en verdad, del mismo modo que quienes desean conocerlo o percibirlo sólo deben esperar del Espíritu la inteligencia de la fe, el sentido de esta verdad pura y sin ambigüedad. Para los hombres rectos, él es la luz que hace ver claro en medio de la ignorancia y de las tinieblas de esta vida; es la caridad que atrae, la dulzura que hiere el alma, el acceso de los hombres hacia Dios, el amor del que ama, su devoción y su piedad. Él es quien revela paulatinamente al fiel la justicia de Dios y da gracia por gracia¹⁵ y la fe iluminada que viene de la predicación [*ex auditu*].¹⁶

64. El Apóstol habla¹⁷ de hombres “que tendrán cierta compostura de piedad, pero que habrán renegado de la verdad y de su eficacia”. Los hombres pueden transmitir a los hombres la forma de la verdad según la doctrina y las instituciones disciplinarias de la Iglesia. La verdad está a las puertas de todos, en el asentimiento de la buena voluntad, aun cuando el hombre sólo vea ahora en enigma y como en un espejo, a través de la imagen¹⁸ —en ese *espejo* donde conocemos la similitud, en la oscuridad del *enigma* en que nos ejercitamos en creer y en la simple y límpida *Imagen* donde encontramos mayor dulzura—.

Pero la verdadera piedad, la verdad misma, sólo puede ser transmitida o enseñada por el Espíritu Santo. Sólo el “dedo de Dios”¹⁹ puede escribir en el corazón del hombre.

⁹ Jn. 1,34.

¹⁰ Rom. 10,17.

¹¹ 2 Tim. 3,5.

¹² Adaptación familiar de Guillermo de 1 Cor. 13,12: *Videmus nunc per speculum in aenigmate*; y del Salmo 38,7: *Veruntamen in imagine pertransit homo*. La fe es ese *espejo* donde vemos, no la realidad, sino su reflejo, su réplica; de ahí cierta oscuridad. Nos asemejamos a los hombres de la caverna de Platón. El *enigma* de la fe es para Guillermo el misterio de la Santísima Trinidad. Le consagra el segundo libro de su opúsculo a los cartujos. En cuanto a la *imagen*, es el Verbo encarnado, Cristo, a través de quien debemos pasar para ver a Dios. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 129.]

¹³ Alusión al dedo de Dios que escribió los mandamientos de la Ley. Cf. Ex. 31,18.

⁹ Lc. 1,34.

¹⁰ Jn. 15,26; 14,26; 16,13.

¹¹ 1 Cor. 2,11.

¹² Sal. 45,5.

¹³ Jn. 6,12-13.

¹⁴ Jn. 4,24.

LA CIENCIA Y LA SABIDURÍA DE LA FE.

65. **C**REE sin vacilar en la Santísima Trinidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, al ser una substancia con igualdad inseparable, existen en unidad divina. Luego, no hay tres dioses, sino un solo Dios. Cree que Dios se hizo hombre por nosotros. Que para salvarnos de la enfermedad de nuestra soberbia se hizo nuestro remedio por antonomasia, y para perdón de nuestros pecados y nuestra redención se hizo nuestro eximio sacramento, realizó milagros y resucitó de entre los muertos.

Si tienes alguna idea de lo que es ser omnipotente, cree que así obra el Omnipotente; si puedes intuir lo que es ser el sumo Bien, la suma Bondad, cree que el infinitamente Bueno obró lo que quiso donde tanta era la necesidad de los extraviados; si puedes representarte lo que obra el Dios humillado, siente a Dios en su bondad y mira cómo tal obra se adecua a su ser.

66. Por causa de la salud del género humano, el Padre no sustrajo a su Hijo del sufrimiento, ni tampoco el Hijo a sí mismo se sustrajo.

El que es infinito Bien se dio a conocer al mundo en su Imagen y el hombre aprendió a amarlo como él se merece. Porque, al amarlo hasta olvidarse de sí mismo, éste, que en su miseria sólo sabía amarse a sí mismo hasta despreciar a su Creador, aprendió cómo debe amarlo. Esto es piedad; este es el culto¹ propio de Dios con que su creatura debe glorificarlo. Esta es la sabiduría que trajo al mundo la infinita Sabiduría y que ha suscitado tantos mártires gloriosos y tantos hombres perfectamente separados de las costumbres del mundo y de las del hombre viejo. Esta es la sabiduría de Dios con la que los sabios saborean a Dios, con la que los que viven del Espíritu de vida² adquieren el sentido del amor de Dios, por la que los que aman llegan a configurarse a su Imagen, y es propia de los que sienten de las cosas temporales como sentía nuestro Señor Jesucristo mismo³ y tienen igualmente ese sentido de Dios y de las realidades eternas que hizo decir al Sabio: "Pensar en ti es la cumbre de la prudencia."⁴

67. La antigua definición de sabiduría: conocimiento de las cosas divinas y humanas⁵, pone en evidencia su condición de mediadora. Consiste en comprender y sentir con mayor verdad, hasta tener el sentido del amor, hasta desear imitar a "Cristo Jesús, el cual, subsistiendo en la forma de Dios, no consideró su deber retener como un botín el ser igual a Dios, antes se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres; y, presentándose como hombre en su condición exterior, se abatió a sí mismo, obediendo hasta la muerte y muerte de Cruz."⁶ Pero la sabiduría no consiste tan sólo en imitar a Jesús, sino también las cosas que hizo y por quienes las hizo.

68. Rememorando todo esto, pensándolo y amándolo, el sabio de Dios se torna conforme a la suma Sabiduría en su

1 Cf. San Agustín, *Tratado de la Santísima Trinidad*, XII.14.22, BAC, T. V, pág. 662.

2 Rom. 8,2.

3 Fil. 2,5.

4 Sab. 6,15.

5 Cf. San Agustín, *Contra los académicos*, VI.16, BAC, T. III, pág. 98.

6 Fil. 2,6-8.

obrar y en su sentir; de ella aprende a dar a Dios el culto que le es debido en cuanto Dios, ella da un sabor divino a su vida, a sus costumbres, a sus acciones y a todo lo que le pertenece, ungiéndolo con óleo de alegría ante los hombres que, viendo sus buenas obras, glorifican al Padre que está en los cielos.⁷ Ante los amigos se vuelve patente la gracia de estos sabios de Dios y ante sus enemigos queda en evidencia su paciencia y su benignidad. Hacen todo el bien que pueden; a todos los hombres sin excepción testimonian su benevolencia; aplicándose a la ley natural, que consiste en no hacer a los otros lo que para sí mismos no quieren, hacen en cambio a los demás cuanto para sí querían en la medida que les es posible.

Pues la divina sabiduría reserva para su sabio cierta ciencia. No la que persigue las vanidades de este mundo, ya que está al servicio de la vida de fe que aquí llevamos, en la esperanza de participar de la gloria de los hijos de Dios.⁸ Es una disposición particular del espíritu que inclina a recibir todo lo concerniente a la fe; es comunicada de manera sensible por intermedio de los sentidos —los propios o los ajenos— y el espíritu lo percibe por sí mismo o por lo que otro habla o escribe. Por ejemplo, las acciones del Señor realizadas en el tiempo y que destacan en la historia: su nacimiento, su pasión, su resurrección, su ascensión y sus milagros entre los hombres.

69. La razón no halla en sí misma estas verdades, como tampoco el conocimiento de otras realidades divinas y eternas, sino que las aprende por la vista y el oído y por las lecturas, tal como se conoce el resto de las cosas. Pero, siendo el espíritu del hombre creado para la eternidad, capaz de conocer a Dios por la inteligencia y de hacerse partícipe de él por la fruición, posee una cierta afinidad con las realidades divinas y eternas. Y aunque se abajara totalmente por causa de los vicios, no perdería sin embargo la sed de Dios. Suponiendo que no pudiera reflexionar en las cosas invisibles, este conocimiento es no obstante de tal modo inherente a su razón, que

7 Mt. 5,16.

8 Rom. 5,2.

no podría apartarse del amor y de la delectación en lo bueno y hermoso, en la felicidad y en la inmutabilidad, a no ser que yerre en su deseo el apetito de la verdad o su amor por el bien sea engañado por falsos bienes.

Hemos de subrayar que ese apetito natural proviene de la gracia creadora [*ex gratia creante*], pero el alma no llega a discernir perfectamente las verdades que desea naturalmente sino por la acción de la gracia iluminante [*ex gratia illuminante*], ni llega a aprehenderlas a no ser que Dios sea el donante de ese bien.

70. Cuando el hombre que se convierte a Dios entra en sí mismo, descubre fácilmente en su espíritu y en su razón “lo que se sabe de Dios”.⁹ En cambio, las realidades temporales de que hemos hablado y se conocen en el tiempo, viniendo de afuera, entran en el alma por los sentidos externos del hombre, pero se fijan más difícilmente en su espíritu.

Por el progreso de la fe y la acción de la gracia iluminante, la ciencia de las cosas temporales se transforma en sabiduría de las cosas eternas y las cosas caducas se revisten de la gracia de perennidad; Cristo Jesús comienza a ser desconocido según la carne¹⁰ y sus gestos son comprendidos y sus acciones apreciadas en función de su Persona. Pues, según lo que dijo el Profeta: “Anunciaron las acciones de Dios y comprendieron sus obras”¹¹, no es gran cosa anunciar las acciones de Dios si no se comprenden sus obras. Porque todas las acciones del Verbo son otras tantas palabras dirigidas a nosotros, por ese lenguaje nos habla y por esas acciones, bien comprendidas, se nos da a conocer. Esta comprensión no sólo se adquiere gracias a las interpretaciones místicas, fruto de la reflexión y que brotan de la ciencia, sino que mucho mejor y de modo más eficaz y dulce nacen del suave sentimiento del amor en la oración donde habla la sabiduría. Pór eso dijo el Apóstol: “A uno da el Espíritu palabras de sabiduría y a otro de ciencia.”¹²

9 Rom. 1,19.

10 2 Cor. 5,16.

11 Sal. 63,10.

12 1 Cor. 12,8.

71. La fe es materia de ciencia. Por eso ahora y hasta el día en que Cristo sea formado en nosotros, ella desea poseer naturalmente como una ciencia todo lo que se le propone en orden a creer, y se turba cuando es incapaz de ello. Esta ciencia o, en otros términos, este modo de recibir todo lo concerniente a la fe, tiene diversos grados que la infinita sabiduría ha dispuesto en el corazón del creyente.

“El que crea se salvará”, dijo el Señor.¹³ Así, el primer grado consiste en no rehusar la gracia de la hospitalidad a las cosas que vienen de afuera y de las que ya hablamos, en darles asentimiento en virtud de la obediencia debida a los preceptos del Señor. El segundo grado consiste en ligarse por la amistad, por la buena voluntad, a esas mismas realidades, y, como en el derecho civil y en la vida comunitaria de la sociedad, recibirlas para que participen del mismo pan y del mismo cáliz. El último grado es una especie de matrimonio realizado en el fondo del alma entre las verdades venidas de afuera y las verdades inmanentes.

72. Las verdades de orden sensible tienen valor una vez comprendidas las verdades inmanentes, pues son éstas las que dan a aquéllas su verdadera significación. Ambas, unidas, constituyen la plenitud. Las verdades de orden temporal dan a conocer a Dios en toda la potencia de su bondad. La bondad del Señor y su poder testimonian la veracidad de las verdades de orden temporal; en tanto que es bueno, él quiso; en tanto que es poderoso, él pudo cumplir para salud del género humano, lo que la naturaleza humana llega apenas a creer.

Las perfecciones invisibles de Dios son perceptibles a través de sus obras. Cuando creemos, como se debe, al Mediador y a su obra en el tiempo, la fe —o esa ciencia que da la fe— instruye nuestro corazón y lo lleva a aprehender las realidades eternas. Cuando pensamos en ellas, acentuamos el testimonio de la obra que se cumplió en el tiempo y su credibilidad. La grandeza de tal obra atestigua, en el corazón del que la considera, la munificencia de la bondad divina y por su parte el infinito Bien, comprendido hasta cierto punto, testimonia,

13 Mc. 16,16.

a la inteligencia del que ama¹⁴, cómo la obra cumplida por Dios es digna de su munificencia.

73. La infinita Sabiduría nos ilumina este reinado del amor que debe colmar nuestra eternidad, en la misma medida que se nos da —y que ciertamente es mayor que nuestra capacidad de recibir—. Tal cosa realiza el Señor cuando se nos muestra en forma de siervo el que estaba en Dios¹⁵, porque la acción operada por el Hijo de Dios nos revela todos los bienes que nos esperan en aquella región del infinito Bien. Sin duda, esta obra pertenece al tiempo, pero, en aquel que estaba en Dios antes que comenzara el tiempo, estaba la vida y desde la eternidad ella estaba en Dios.¹⁶ De allí una nueva sabiduría se extendió por el mundo, la que en todo sobrepasa a la terrena y la torna locura¹⁷: la de los que comprenden y gustan que la locura de Dios es más sabia y más fuerte su debilidad que la fuerza de todos los hombres juntos; la de aquellos que tienen sus delicias en el Hijo de Dios humillado hasta la muerte, y muerte de cruz; la de aquellos que aprecian los sufrimientos de aquel que soportó por nosotros burlas, bofetadas, salivazos, flagelos, espinas, clavos y lo demás, cosas que el alma herida por el amor apenas puede recordar, por ser tanto su dolor, aun cuando sea este mismo dolor el que no le permite olvidar.

74. Así, las obras cumplidas por el Señor en el tiempo se vuelven, para el corazón fiel, maravillosos sacramentos de eternidad y asombroso estímulo para sufrir como él ha sufrido.

Es entonces cuando, amando cuanto puede, el hombre arde en deseos de amar más de lo que le es posible a la enfermedad humana y de sufrir por su amor más de lo que la humana enfermedad puede sufrir. Tal cosa ocurre cuando, según el Apóstol, “el hombre fiel santifica a Cristo Jesús en su corazón”¹⁸ y el mismo Señor se santifica en él.¹⁹

14 La inteligencia del que ama, se opone aquí al “corazón del que la considera”, al que se refirió poco antes.

15 Fil. 2,6-7.

16 Jn. 1,4.

17 1 Cor. 1,20.

18 1 Pe. 3,15.

19 Jn. 17,19.

LA DEBILIDAD DE LA FE. LAS LUMBRERAS DE LA IGLESIA; SU
SOCORRO. LAS DUDAS DE LA FE. LAS PRUEBAS DE LA FE.

75. **O**JALA todos los que profesan la fe de que hablamos fueran capaces de testimoniarla! ¡Ojalá la poseyeran de veras los que se glorían de pertenecer al número de los creyentes!

No hay modo de engañarse: el que da su asentimiento de fe al mundo, no puede dárselo también a Dios. Por eso ya decía el Apóstol que hay quienes, "desechando la fe y la recta conciencia, naufragan acerca de la fe".¹ De hecho, el que tiene torcida conciencia, pierde fácilmente la fe y frente a ella no puede comportarse ni bien ni dignamente, por causa de las concupiscencias de la carne o del mundo, que han corrompido su alma. También alude a ellos el Apóstol cuando dice que hay "hombres corrompidos en su mente, descalificados en materia de fe."²

76. Así como ante la más pequeña lesión en el cerebro, en el corazón o en alguna otra de las partes vitales del cuerpo,

¹ 1 Tim. 1,19.

² 2 Tim. 3,8.

se conturba la propia naturaleza, así, cuando el verdadero fiel experimenta que vacila su fe, aunque sea levísimamente, se conmueve hasta lo más profundo en su buena voluntad. Y así como la serpiente, en su prudencia, prefiere exponer todo su cuerpo con tal de salvar la cabeza, sede de la vida, así el creyente no se ahorra ninguna acción, ningún sacrificio, para mantener incólume su fe.

77. Oremos sin cesar a nuestro Padre que está en los cielos, para que, si él permite que nuestra fe sea conducida hasta el borde de la tentación para ser probada, no deje que sea inducida a caer en ella³; y para que él nos muestre su victoria más allá de la tentación, ayudándonos así a resistirla.⁴

Debemos aplicarnos a la piedad para oponernos al sentir de la carne, y buscar el auxilio de la gracia para remediar el ardor de la naturaleza, queriendo que nuestra fe no se canse ni desfallezca, sino que lleve frutos de paciencia.⁵ Poco a poco la gracia del Espíritu Santo transformará maravillosamente esta fe tambaleante en fe perfecta y se cumplirá en nosotros esta oración de David: "Aparta de mí el oprobio que temo."⁶

78. Para fortificar su fe, robustecer su corazón e iluminar su conciencia, el espíritu prudente debe recurrir a las grandes lumbreras de la Iglesia: esos santos varones de ciencia espiritual, sabiduría probada y santidad perfecta. Interrogue sus doctrinas, recorra sus escritos y remítase a sus trabajos y martirios; y dígame entonces para escapar de la tentación: ¿Eres acaso mejor que ellos?

Estos hombres dieron a conocer al mundo lo que aprendieron de Dios, lo proclamaron magníficamente y nos dejaron hermosos escritos. Con su vida y méritos confirmaron sus palabras y las consagraron con su muerte y su martirio. ¿Crees que eres más sabio, más perspicaz y más santo?

79. Las tentaciones contra la fe (duda en el espíritu, vacilación en el pensamiento) tienen por objeto, principalmente,

³ Mt. 6,13.

⁴ 1 Cor. 10,13.

⁵ Lc. 8,15.

⁶ Sal. 118,39.

la humanidad del Salvador y los misterios de fe que ella nos reveló. En cambio, la existencia de Dios, la Providencia con que rige el mundo, su omnipotencia, que creó y ordenó el universo, se revelan y prueban naturalmente a toda conciencia capaz de razonar como la verdad de la suma esencia que se hace patente. Pues no hay hombre que no sea creado por Dios y cuya propia conciencia no le manifieste su existencia. Aun el insensato sólo en el secreto de su corazón insensato y fatuo osa decir: "No hay Dios."⁷

Ningún hombre, estando en su sano juicio, puede poseer una naturaleza tan depravada como para no percibir que Dios es el autor de todas las cosas, que está más allá de toda creatura, ya que todas salieron de sus manos, y que está fuera del tiempo y del espacio, ya que él no existe en ellos. Él es el Inmutable que cambia todas las cosas, el Inconmovible que mueve todas las creaturas. Él es el autor de todo: del movimiento y de los seres que se mueven, es el principio que no se mueve, la razón causal de todas las cosas en el orden del ser y del existir. Desde toda la eternidad ha dispuesto las causas inmutables y ciertas de todo lo que un día será, pues, como dijo el Profeta: "Ya ha hecho lo que será."⁸

80. Es patrimonio de pocos pensar con rectitud en estas cosas de Dios, aunque los hombres tienen potestad para hacerlo por su naturaleza racional.

Por causa de la imagen de la suma Verdad y del sumo Bien impresa en los hombres, aman ellos la verdad que aún desconocen, por el solo hecho de creer o de pensar en el bien, de apetecer la eternidad y amar la incorruptibilidad.

Si alguno se plantea un interrogante respecto a Dios, en sí mismo encuentra la respuesta a los argumentos de su pensamiento agitado o a sí mismo se acusa de su torpeza, y de este modo es venerada la verdad que permanece oculta.

Sobre la humanidad del Salvador no se puede enseñar otra cosa, ni aprender de otro hombre, sino que "el que crea se salvará y el que no crea se condenará."⁹

⁷ Sal. 10, 4; 13, 1.

⁸ Eccl. 3, 15.

⁹ Mc. 16, 16.

87. Podemos demostrar por una multitud de razones, y todas perentorias, que Dios pudo o debió hacer lo que la predicación evangélica afirma que él obró. Pero las pruebas que demos, fuera de la autoridad evangélica, de peso y ciertas para los oídos piadosos y las almas que las veneran, ¿lo serán también para los infieles y los que dudan? ¿Acaso sus voces no dirán con fuerza o, al menos, no murmurarán sus corazones que ni ellos ni otros han visto ni las obras ni a aquel que dijo: "Si no creéis en mí, creed al menos en mis obras?"¹⁰ No han visto a los Apóstoles haciendo milagros en su nombre, no han sido testigos de los prodigios que acompañaron a los que creyeron en su palabra y que ya había profetizado Cristo al decir: "A los que crean, los acompañarán estas señales."¹¹

Sin duda, tampoco faltan hoy en la Iglesia de Dios los prodigios y los milagros, ya sean públicos o privados. Pero, si se dan en un tiempo y en un espacio determinados, no es para responder al deseo de los vacilantes o a las preguntas de los incrédulos, sino para ayudar a los fieles y para consolar a los que sufren por la fe o en la fe. Y si se realizan por sus manos o en su favor, no es así para que crean, sino porque creen.

82. Los incrédulos se complacen en el error y, no queriendo vencer esta complacencia, inducen al error a quienes no saben qué responderles. Por estar cautivos de los sentidos carnales, ya no pueden pensar en las cosas espirituales si no es carnalmente; con cuánta mayor razón entonces se mostrarán incapaces de concebir la dispensación del misterio de la santísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo.

Aun para los mismos fieles que buscan con piedad, piden con humildad y llaman con santo temor, si no son ayudados por el Espíritu Santo, es mucho más fácil tener el sentido de las cosas que se refieren a Dios, que pensar a Dios en un hombre o a un hombre en Dios.

¹⁰ Jn. 14, 10-11.

¹¹ Mc. 16, 17.

83. Sin embargo, cuando el Espíritu Santo viene en ayuda de su debilidad¹² y nuestro Señor Jesucristo se santifica a sí mismo en el corazón de los creyentes¹³, iluminada la mirada de la fe, comienzan a aprehender en la misma y única Persona del Mediador, tanto su divinidad, que con su majestad glorifica a su humanidad, cuanto su humanidad, que con su humildad glorifica a su divinidad. Entonces se cumple en esos hombres lo que dijo una vez el Señor orando por sus discípulos: "Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha encontrado su gloria en él, Dios también lo glorificará en sí mismo."¹⁴

A medida que el alma del creyente se purifica, Cristo es glorificado en la belleza de su humanidad transfigurada. El Señor se muestra en la gloria de su divinidad al corazón de los fieles, a las miradas de la fe amante.

84. Nadie tiene derecho, ni a todos es acordado en esta vida, el ser del número de aquellos privilegiados de los que dice el Señor en su Evangelio: "En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte sin que antes vean al Hijo del hombre viniendo en su reino."¹⁵ Esteban lo vio a su manera en el momento de su martirio, cuando, levantando los ojos al cielo, contempló los cielos abiertos y a Jesús de pie a la derecha de Dios.¹⁶ De otro modo lo vio aquella a quien Jesús dijo después de la resurrección: "No me toques, porque todavía no subí a mi Padre."¹⁷ De manera diferente lo contemplan los que, estando solos consigo mismos, merecen verlo en el espejo de la fe con el pensamiento, y los que, unidos a él por la gracia, están en él y él en ellos y lo contemplan por el amor.

12 Rom. 8,26.

13 Interpretación de Guillermo de Jn. 18,19.

14 Jn. 13,31-32.

15 Mt. 16,28.

16 Hech. 7,55.

17 Jn. 20,17.

CAPITULO IX

DIOS, PERCIBIDO POR EL AMOR PURO, PERMITE LA DIVINIZACIÓN DEL HOMBRE. CONOCIMIENTO DE LA FE Y CONOCIMIENTO DEL AMOR. LA CARIDAD ES EL CONOCIMIENTO MUTUO DEL PADRE Y EL HIJO: EL ESPÍRITU SANTO. AVISOS DE PRUDENCIA. PENSAR Y AMAR. LAS PALABRAS: SU DEBILIDAD FRENTE AL MISTERIO INEXPRESABLE ES SUBSANADA POR LA ENCARNACIÓN DE LA PALABRA. LAS PALABRAS: NAVÍO QUE VA DE LA FE A LA VISIÓN LA EXPERIENCIA DEL AMOR, OBRA DEL AMOR. INVOCACIÓN FINAL.

85. **E**SPOLEADA por la sed del Dios vivo¹, el alma busca contemplar la gloria de Dios; conducida por la gracia, tropieza² con el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre-Dios, imagen del Dios invisible³, nuestro Señor Jesucristo. Cautivada por la grandeza de esa bondad que lo ha impulsado a hacerse hombre para salvarnos, y por la belleza de la majestad de Dios, ella experimenta en sí misma "el destello esplendoroso de su gloria y la impronta de su subs-

1 Sal. 41,3.

2 En latín, *offendit*; esta palabra, un poco violenta, quiere destacar que el alma es constreñida a pasar por el Mediador, por Cristo, para llegar a Dios y conocerlo. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 153, nota 2.]

3 Col. 1,15.

tancia".⁴ Entonces ocurre lo que dijo el Apóstol: "Todos nosotros, con el rostro descubierto, reverberando como espejos la gloria del Señor, nos vamos transfigurando en la misma imagen, de gloria en gloria, conforme a como obra el Espíritu del Señor."⁵

Sí, esta alma ama y su amor es para ella un sentido que le hace percibir a aquel que siente. De tal modo, se transforma en él, porque no lo podría sentir si no estuviera transformada en él, inhabitada por él, y si ella misma no residiera en él.⁶

86. Así como existe un sentido exterior del cuerpo para la percepción de los cuerpos y sustancias corporales, también existe un sentido interior para la percepción de las sustancias semejantes al alma: racionales, divinas y espirituales. Este sentido interior del alma es el intelecto. Pero más noble, poderoso y puro que él, es el amor (a condición de que de veras sea puro).⁷ Por él, como por un sentido, es percibido el Creador por su creatura; a modo de intelecto, da la inteligencia de Dios (en la medida en que puede ser objeto de percepción o de intelección por parte de sus creaturas). Cuando el sentido del hombre, o bien su alma⁸, es movido a percibir a Dios, se cambia en aquello que siente. (De otro modo no habría sensación.)

Por ejemplo, respecto al acto de ver, dicen los naturalistas que la fuerza visual, al salir por los rayos de los ojos, partiendo del cerebro, tropieza con las formas o con los colores de los objetos visibles y, al hacerlo saber al espíritu, éste se conforma a lo percibido y se produce la visión. Sin esta

⁴ Heb. 1,3.

⁵ 2 Cor. 3,18.

⁶ Guillermo nos va a decir que todo conocimiento supone una asimilación, por parte del que conoce, del objeto conocido, una presencia, una unión, cierta compenetración de uno y otro. ¡Con cuánta mayor razón deberá darse esto en el conocimiento de Dios! [Déchanet, J. M., o.c., pág. 155, nota 2.]

⁷ Estamos muy próximos a Plotino: "El *nous* tiene dos potencias: inteligencia y amor" (En. VI.7.35). [Déchanet, J. M., o.c., pág. 155, nota 3.]

⁸ *Ánima*: sede de la vida sensible; se opone aquí a *mens*, sede de la vida intelectual. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 155, nota 4.]

conformación al objeto, nadie podría ver. El mismo fenómeno ocurre en los otros sentidos.⁹

87. Así el espíritu [*mens*] tiene por sentido al intelecto y gracias a él registra sus diversas percepciones. Cuando se trata de percibir verdades de orden racional, tiende a ellas, lo comunica al espíritu y éste se transforma en ellas.

Pero en todo lo que concierne a Dios, el sentido del espíritu es el amor, por él el espíritu siente todo lo de Dios como lo siente el Espíritu de Vida¹⁰, el Espíritu Santo, por quien ama todo el que ama lo que verdaderamente debe ser amado.

El espíritu comprende que todo amor, y todo el amor, sólo es debido al soberano Bien, ya que sólo se ama lo que es bueno o lo que se juzga como tal, y a Dios tiende siempre, a no ser que lo cautive o lo encadene un falso bien.

Lo que el alma es al cuerpo, es el amor de Dios a nuestro amor, a nuestra inclinación natural. Si la caridad de Dios informa nuestro propio amor, entonces vive. Si ella no lo informa, es un cadáver, incapaz de sentir lo que conviene sentir. Cuando un hombre vivo percibe por el amor lo que tiene real importancia, entonces se transforma en aquello que siente; el deseo amoroso actúa más eficazmente que el sentido externo a propósito de las realidades corporales o que el intelecto respecto a las racionales y, unido a Dios por el amor, el hombre se hace un solo espíritu con él.¹¹

88. La voluntad posee¹² una fuerza poco común para unir todas las cosas y aun los cuerpos. Los atrae a sí por el ministerio de los sentidos y, cuando éstos han sido modelados por las cosas, las mantiene bajo su encanto con tal poder que ella misma se torna amor, concupiscencia o pasión. Tal es la

⁹ Comparar este pasaje con el de las *Meditaciones* (213 b) y sobre todo con la teoría, tomada por el autor de los antiguos médicos y anatomistas, sobre la sensación, tal como nos la presenta en su tratado *De la naturaleza del cuerpo y del alma*. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 155, nota 5.]

¹⁰ Ap. 11,11.

¹¹ 1 Cor. 6,17.

¹² Cf. San Agustín, *Tratado de la Santísima Trinidad*, XI.2.5, BAC, T. V, pág. 620.

vehemencia y el ardor de su deseo por estas realidades sentidas, que comprometen al cuerpo mismo en su codicia y en su amor hasta asimilarlo a las formas o a los colores. Esto no había pasado desapercibido al patriarca Jacob quien, contra la injusticia del extranjero que lo defraudaba en el salario de su trabajo, usó una estratagema tan natural como artificiosa para que el ganado naciera tomando el color que él deseaba.¹³

89. Todo esto se realiza de una manera mucho más imperiosa y más noble cuando el Espíritu Santo, que es la sustancial voluntad del Padre y del Hijo, de tal modo atrae hacia sí la voluntad del hombre, que el alma ama a Dios y, amando, siente que súbitamente se ha trasmutado, no en la naturaleza divina, sino en una forma de beatitud que, si bien no es propia de Dios, es sin embargo sobrehumana. Se ve convertida en júbilo bajo el efecto de la gracia iluminante y dotada de ese sentido de Dios inherente a la conciencia iluminada; el espíritu del hombre, que poco antes apenas podía decir, gracias al Espíritu, "Señor Jesús"¹⁴, ahora, como hijo adoptivo, confiadamente clama: "Abba, Padre."¹⁵ Y no es sólo su espíritu, sino también su carne la que, sintiendo desde ya las primicias de la incorruptibilidad y de la gloria que tendrá mañana, desbordante de gratitud renuncia a sí misma y corre con entusiasmo tras el espíritu, como éste lo hace en pos de Dios.

90. Esta es "la dicha del pueblo bienaventurado que conoce el júbilo y que marcha a la luz de su rostro, cuyo nombre es su gozo cada día y para quien él es su justicia y su orgullo, su gloria y su fuerza"¹⁶; esta es la ascensión del hombre hacia el Señor, hacia el Santo de Israel, nuestro Rey¹⁷: tener, en el amor, el sentido de aquel que se hizo semejante a nosotros, experimentar en nuestro interior los mismos sentimientos de nuestro Señor Jesucristo¹⁸ y ser hechos semejantes a

13 Gén. 30,37-41.

14 I Cor. 12,3.

15 Rom. 8,15.

16 Sal. 88,16-18.

17 Sal. 88,19.

18 Fil. 2,5 y 7.

él, tomando parte con gozo ahora en sus sufrimientos, y vueltos semejantes a él, con él reinar en la vida futura.

¿Puede haber mayor dulzura para el hombre, en esta vida, que encontrar su conciencia, a semejanza de su Creador, unida y transformada en la imagen de su bondad?¹⁹ El que suspira por esta suavidad, que no tenga por pesada la necesidad de penar en el ejercicio de la fe, porque "la tribulación obra la paciencia; la paciencia, una virtud probada; la virtud probada, la esperanza y la esperanza no defrauda a nadie"²⁰, ya que por la prueba se derrama la caridad en el corazón²¹ y pronto, por el Espíritu Santo, se experimenta esta suavidad y estas frecuentes visitas de Dios por las que, como dice Job, "él guarda el alma de su servidor."²²

¿Qué visita más dulce y de mayor consuelo puede haber para los que esperan la luz divina, para los hijos de la luz²³ que penan en las tinieblas de esta vida, que ver de tanto en tanto, con los ojos del corazón iluminados²⁴ aunque sea por un momento, al fulgor de la gracia iluminante, a aquel que se digna darse a conocer, y sentir al Autor de las promesas y comprender toda la riqueza de misericordia y de abundante redención²⁵ y propiciación²⁶ que hay en Dios? ¿Qué consuelo más grande puede haber para los que penan y luchan en la región del mal que ver de lejos lo que les aguarda en la región de los bienes eternos y ofrecer, ante la faz sin velo de la gracia, el rostro sin velo de la limpia conciencia?

91. Tú, que deseas conocer, que te esfuerzas por poseer en la fe, durante esta vida, por un instante, esta alegría de tu Señor: no dudes, no vaciles, domina con firmeza tu corazón. Busca esta alegría cierta en una fe absolutamente segura, porque allí tiene su raíz y también en tu limpia conciencia.

19 Sal. 7,26.

20 Rom. 5,3-5.

21 Rom. 5,5.

22 Job 10,12.

23 Jn. 12,36.

24 Ef. 1,18.

25 Sal. 129,7.

26 Ibíd. 129,4.

La encontrarás y “nadie podrá arrebatártela”²⁷; y, cuando comiences a ver, esfuérzate por ver aun más y por sentir más eficazmente, para que comiences a conocer.

Empieza entonces una nueva etapa para la fe del creyente (que en esta vida es sólo promesa, pero que se dará en plenitud en la futura), empieza a alborear aquello que el Señor decía a su Padre en su oración por los discípulos: “La vida eterna consiste en conocerte a ti, verdadero Dios, y a tu enviado, Jesucristo.”²⁸

92. Uno es el conocimiento que tenemos de Dios por la fe y otro el que alcanzamos por el amor de caridad. El de la fe es propio de esta vida, el de la caridad lo es de la vida eterna o, como dice el Señor: “En esto consiste la vida eterna.” Una cosa es conocer a Dios como un hombre conoce a su amigo y otra conocerlo como él se conoce a sí mismo. En el sentido corriente del término, conocer a un hombre o alguna cosa significa llevar en la memoria la imagen que se ha concebido después de haber mirado el objeto suficientemente. Gracias a esta imagen podemos representarnos la cosa o a la persona conocidas cuando están ausentes o reconocerlas cuando se presentan. Este modo ordinario de conocer a Dios es la fe. Con lo cual no afirmamos que este conocimiento sea una especie de representación imaginaria; no, por el contrario, es un sentimiento de amor concebido por la fe y confiado a la memoria en orden a conmover suavemente la conciencia del hombre tantas veces cuantas vuelva a él por el recuerdo.²⁹

La otra manera de conocer, que depara la caridad, no es sino el mismo conocimiento que mutuamente se tienen el Padre y el Hijo, su entrañable unidad, el Espíritu Santo. Porque en ellos no se da por un lado el conocimiento mutuo y por otro la sustancia por la que son lo que son. Pero con este modo de conocimiento nadie conoce al Padre sino el

²⁷ Jn 16,22.

²⁸ Jn. 17,3.

²⁹ El conocimiento de fe no es puramente intelectual, en sentido filosófico. El amor tiene también su papel. [Déchanet, J. M., *o.c.*, pág. 163, nota 2.]

Hijo, ni nadie conoce al Hijo sino el Padre, y aquel a quienes ellos se lo quieran revelar.³⁰

Estas son las palabras del Señor que a muchos se revelan, a los que Dios quiere, a los que él se da a conocer, a los que da el Espíritu Santo con magnanimidad, y en ambos [en el Padre y el Hijo] se torna mutuo conocimiento y mutua voluntad. Así los que son objeto de la revelación del Padre y del Hijo, conocen como el Padre y el Hijo se conocen, porque tienen en sí mismos su mutuo conocimiento, la unidad de ambos, su voluntad y su amor; ya que todo esto es el Espíritu Santo.

93. Lo que acabamos de decir se da de un modo en la sustancia divina, donde el Espíritu es consustancialmente uno con el Padre y el Hijo, y de otro modo en la naturaleza inferior. De un modo en el Creador y de otro modo en la creatura. De un modo en la propia naturaleza y de otro en la gracia. De un modo en el que da y de otro en el que recibe. De un modo en la inmutable eternidad y de otro en el vaivén del tiempo. Allí el Espíritu Santo es, consustancial y naturalmente, la mutua Caridad, la Unidad, la Semejanza, el Conocimiento del Padre y del Hijo, todo lo cual es común a ambos. Aquí él obra, por su presencia, todo eso en el fiel; lo obra por su gracia al permanecer tanto en sí mismo como en aquel en quien mora, o bien el que es objeto de su gracia es llevado por ella hacia él. Allí, el mutuo conocimiento del Padre y del Hijo constituye su Unidad. Aquí, el conocimiento que el hombre tiene de Dios es la semejanza de la que habla el Apóstol Juan en su epístola: “Seremos semejantes a él porque lo veremos tal como es.”³¹ Porque en el cielo, ser semejante a Dios es verlo o conocerlo. El que lo vea lo conocerá. Lo verá o lo conocerá en la medida de su semejanza con él, y en la medida en que lo vea o lo conozca será semejante a él, y ser semejante a él es verlo o conocerlo.

Cuando este conocimiento es perfecto, constituye la vida eterna; el gozo que nadie puede arrebatarse al que lo posee.³²

³⁰ Mt. 11,27.

³¹ 1 Jn. 3,2.

³² Jn. 16,22.

En cambio, aquí abajo, la alegría del hombre nunca es plena, porque no puede ser colmada sino por el perfecto conocimiento de Dios. Todo lo que uno pueda saber o conocer de Dios aquí, no alcanzará jamás la ciencia o el conocimiento de aquella vida en que veremos a Dios cara a cara³³, tal como es.³⁴ Este conocimiento no se puede esperar obtener aquí de la boca de un hombre, cuando no se lo pudo recibir ni siquiera de labios de la Verdad misma³⁵, no porque el Señor no pudiera enseñarlo, sino porque la debilidad humana no es capaz de soportarlo. Pero el Señor no priva completamente de este conocimiento a los hijos que lo aman, para que comprendan lo que todavía les falta.³⁶ El Espíritu Santo planea sobre el espíritu del pobre, indigente y necesitado de amor, obra en él todo lo que hemos dicho, y no constreñido por alguna necesidad, sino por la abundancia de su gracia y generosidad. Esta realidad es lo que prefiguraba aquel planear suyo sobre las aguas³⁷, poco importa de qué aguas se tratase.

Como el sol, estando sobre las aguas, las entibia, las ilumina y por efecto de su calor las atrae a sí como por una fuerza natural, para devolverlas en seguida a la tierra sedienta en forma de lluvia en los tiempos y lugares determinados por la misericordia divina, así el Amor de Dios se cierne sobre el amor de sus fieles, lo penetra con su sopro y, colmándolo de sus beneficios, lo atrae a sí de modo que va tras él movido como por un apetito natural que naturalmente tiende a ascender como el fuego. Entonces Dios lo une a sí y, fiado en Dios, el espíritu del hombre fiel se hace un solo espíritu con él.³⁸

94. Al hablar del Padre o del Hijo, decimos que "Dios es Espíritu"³⁹; en sentido propio, conviene decirlo del Espíritu

33 1 Cor. 13,12.

34 1 Jn. 3,2.

35 Cf. Jn. 16,12.

36 Sal. 38,5.

37 Gén. 1,2.

38 1 Cor. 6,17.

39 Jn. 4,24.

Santo, el cual no es tanto el Espíritu del Padre y del Hijo, cuanto aquel en quien se revela la unidad de ambos.⁴⁰

El Espíritu Santo descubre a la creatura su realidad espiritual y el hombre de Dios se hace, según el Apóstol, un solo espíritu con Dios.⁴¹ No es esta una gracia que sólo algunos alcanzan; muchos tienen parte en ella, todos los que en Dios tienen un solo corazón y una sola alma⁴², por una especie de derivación de la soberana caridad que es la fuente de la unidad de la Trinidad.

¡Qué maravillosa estima del Creador por su creatura, qué gracia grande, qué insospechada bondad, qué piadosa confianza de la creatura para con su Creador, qué dulce acercamiento, qué dulzura para la recta conciencia...! El hombre se encuentra ceñido por este abrazo y, en este beso del Padre y del Hijo que es el Espíritu Santo, se ve unido a Dios por la misma Caridad de Dios que constituye la unidad del Padre y del Hijo, y se ve santificado por la misma santidad de ambos.

Gozar de tal bien, tener esa dulce experiencia —en la medida que es posible en esta vida miserable y falsa—, es conocer la vida verdadera y verdaderamente feliz, aun cuando sólo en el futuro será plena, plenamente feliz e incapaz de mutaciones. Pablo conocerá como él es conocido⁴³, lo parcial acabará y vendrá lo que es perfecto⁴⁴, porque Dios será conocido tal como es.⁴⁵ Pero es peligrosa presunción el prometer para esta vida la plenitud de ese conocimiento. En esta materia, evitemos la temeridad en nuestros pensamientos tanto como la incredulidad; que la autoridad dirija nuestra fe y la verdad nuestros pensamientos.

40 Concepción agustiniana.

41 1 Cor. 6,17.

42 Hech. 4,32.

* Guillermo se apropia una vez más de las palabras de la liturgia, en este caso del Pregón pascual. (N. del E.).

43 1 Cor. 13,12.

44 1 Cor. 13,10.

45 1 Jn. 3,2.

95. Mientras tanto, aunque no sea posible conocer a Dios tal cual es, no será poco progreso para el fiel que camina hacia la patria el no admitir en su pensamiento nada falso, el rechazar y desaprobado toda representación corporal o local y toda noción de cualidad formal o de dimensión cuantitativa.⁴⁶ En la medida de lo posible, es preciso pensar la Verdad misma, buscar conocerla y amarla..., aunque la amamos aun sin conocerla, ¡tan cierto es que existe!

Esta Verdad es Dios; Dios: el que es, de quien, por quien y para quien son todas las cosas, sumo Bien⁴⁷, origen y fuente de donde todo bien saca su bondad. Descarta de la Verdad todo lo que es verdadero y del Bien todo lo que es bueno, piensa la Verdad misma, si puedes, y en el mismo Bien. ¿Quién puede pensar en ellos y no amarlos?

Ciertamente, Dios es, él es él, pensarlo y amarlo es la misma cosa. Digo pensar en Dios, no sobre Dios. Porque no faltan los que piensan sobre Dios y no lo aman. Pero nadie piensa en Dios sin amor.

96. Aspiremos sin cesar a gustar qué dulce es el Señor⁴⁸, tanto cuanto nos sea dado. Si el espíritu piadoso y humilde, en razón de su impureza, no merece ser admitido en el seno de la pureza, o si una vez admitido al festín su pusilanimidad no le permite permanecer en su fruición, que se retire entonces gimiendo de amor y con lágrimas de dolor y que abraza la disciplina y la bondad del Señor. Esa bondad que lo admite aunque sea indigno y esa disciplina que lo rechaza para instruirlo. Que todo lo soporte en vista a su purificación. Que se haga digno de ser admitido al banquete más frecuentemente y de permanecer más largamente en él. Que merezca establecerse allí para siempre. Entonces estará en Cristo⁴⁹, donde él esté⁵⁰, y con él en el Padre donde él es él mismo.⁵¹ Esto

46 Guillermo subraya que no hay ningún accidente en Dios, pero evita la expresión filosófica doble de substancia-accidente.

47 Rom. 11,36.

48 Sal. 33,9.

49 Fil. 1,23.

50 Jn. 14,3.

51 Jn. 10,38.

no es cosa de esta vida, sino de aquella en que verá a Dios tal como él es, en que verá y conocerá y no necesitará creer más.

97. ¿Podemos comprender lo que decimos? Ve y entiende estas realidades el pueblo feliz que conoce lo que es el júbilo, que marcha a la luz del rostro de Dios...⁵² ¡Pero nosotros! Arrojamus palabras, nos envolvemos en nuestro hablar y esos mismos son los obstáculos que nos impiden escuchar a aquel a quien ninguna palabra puede expresar. Pero, ¿cómo hablar de él sin recurrir a las palabras, si en el lenguaje son ellas las formas apropiadas para designar las realidades y evocarlas —como lo hacen las imágenes— en el pensamiento del que habla o escucha?

Al designar figuras, cosas con alguna apariencia, sacan al espíritu de sus profundidades para atraerlo a las realidades que significan. Por el contrario, cuando esas figuras expresan realidades espirituales o divinas, nos hacen entrar en nosotros mismos, obran nocivamente en nuestro interior y envuelven en tinieblas los ojos de nuestra alma. Una vez admitidas, inficionan con sus imágenes nuestro espíritu y apenas podemos salir de ellas y pasar a las realidades divinas o espirituales que en modo alguno poseen forma o figura.

Por ejemplo, “Dios” es un término que evoca el temor*, “Señor” es un término que evoca la potestad. Si a tal Realidad le preguntas cómo se llama, “Soy el que soy”⁵³, te responderá. Ese es su nombre desde toda la eternidad⁵⁴, como él mismo

52 Sal. 88,16.

* Esta etimología a que alude Guillermo era corriente en la Edad Media, que la heredaba a su vez de la Antigüedad clásica. Es falsa (cf. P.C. 6, pág. 158, nota del editor; *El Enigma de la Fe*, 72, P.C. 8, pág. 175), y convivía con otras, como testimonio Tomás de Aquino citando a san Juan Damasceno, que remonta el origen de esta palabra a los términos griegos *theein* (cuidar y proveer), *athein* (arder, encenderse, en referencia a la potencia purificadora del Señor) y *theasthai* (con la idea de ver todo y cada cosa). Cf. *Suma Teológica*, I, q. 13, a. 8, 1. De todas formas, este interés por la etimología es propio de períodos históricos como el de nuestro autor, en que no existen más que una o dos lenguas con rango pleno y dignidad. En nuestro mundo idiomático la cuestión ha dejado de funcionar. (*N. del E.*)

53 Ex. 3,14.

54 Ex. 3,15.

lo atestigua, porque para expresar lo que es, nunca se ha encontrado vocablo más adecuado. Sin embargo, no expresa a Dios tal como es, porque esa palabra es caduca, pero la Realidad designada es eterna. Ni lo hace con plenitud, porque sólo el Verbo coeterno es capaz de ello.

Está visto que hablar mucho sobre Dios es cosa que puede hacer una multitud de personas, pero, ¿quién podrá decir quién es Dios, a no ser él mismo?

98. El amor, el amor iluminado que adentro habla a Dios, obra mejor que el lenguaje, como también la humilde devoción. Sus esfuerzos son piedad, su acercamiento oración, para ella descubrir o comprender es la fruición de la realidad. Entonces dialogan el afecto y la gracia, la fe y la inteligencia se corresponden, caminan juntas la esperanza y la realidad, salen al encuentro la misericordia y la verdad, se besan la justicia y la paz.⁵⁵

Pero, como la fe nutre el amor, el cual cura para esta visión el ojo del alma, lo que comprendemos lo concebimos sin oscuridad, lo que conocemos lo creemos sin ambigüedad y no dejamos de recurrir a las palabras durante tanto tiempo cuanto su ministerio aporta a nuestra ignorancia lo que sólo puede ser percibido por su auxilio, aun cuando la fe deba descartar todas las imágenes que ellas sugieren.

Ahora comprendemos por qué el Verbo de Dios se encarnó: "Dios, que en los tiempos pasados, muy fragmentaria y variadamente había hablado a nuestros padres por medio de los profetas, al fin de estos días nos habló a nosotros en la Persona del Hijo"⁵⁶, es decir, eficazmente, como él se pronuncia en su propio Verbo. Y lo que en éste se cumplió en el tiempo y de manera corporal, Dios nos lo ofrece y debemos recibirlo de manos de la fe. Prometió al Verbo mismo, por quien todo se hizo⁵⁷, a los que purificaran su fe por medio de esas mismas cosas temporales y corporales cumplidas por él, y a los así purificados les reservó su contemplación y posesión en la felicidad eterna.

⁵⁵ Sal. 84,11.

⁵⁶ Heb. 1,1-2.

⁵⁷ Jn. 1,3.

En el cielo ya no conoceremos a Cristo según la carne⁵⁸ y los que aquí abajo desean ahora conocerlo más allá de la carne, dentro de lo que es posible, no deben atarse a las palabras que nos lo dan a conocer, sino servirse de ellas como de un navío para pasar del dominio de la fe al de la visión.

99. Tomar a la letra las palabras que nos dicen que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre⁵⁹, ellos en nosotros y nosotros en ellos⁶⁰, es edificar un ídolo en nuestro corazón. Todo ser ocupa un lugar. Concluir de aquí que Dios está localizado o que hay espacio en él, es errar lejos de la verdad.

No es pequeño progreso, en las palabras y en las ideas, el no admitir en nuestro corazón, a propósito de Dios, ninguna respuesta a lo que él no es, mientras no podemos pensar lo que él es.

Uno es el Padre, otro el Hijo; lo que es el Padre en el Hijo, eso es el Hijo, y lo que es el Hijo en el Padre, eso es el Padre. Estamos en ellos por el afecto, y ellos en nosotros por la operación, entre todas misericordiosa, de su Amor. Podemos pronunciar lícitamente y rumiar en nuestro corazón esas palabras del Señor⁶¹ y la explicación que el uso y la reflexión nos han dado. Pero nunca las comprenderemos si no es por la experiencia afectuosa y el sentido interior del amor iluminado, por grande que sea nuestro deseo. Del mismo modo que el Señor, apareciendo en carne humana, hizo

⁵⁸ 2 Cor. 5,16. El tema de un doble conocimiento de Cristo, según la carne (propio de los espíritus "animales") y más allá de la carne (propio de los espíritus "espirituales"), es familiar en Guillermo. Expresa la muy marcada influencia de Orígenes sobre su pensamiento. Los hombres "animales" sólo ven en Cristo al hombre o, al menos, se aficianan demasiado exclusivamente a su humanidad. Los hombres "espirituales" y, en el cielo, los elegidos, consideran sobre todo su divinidad, sin descuidar la santa humanidad del Verbo. Cf. *Carta de Oro, Studium*, 23-24, págs. 53-54; *Meditaciones* (236 b) y un poco más arriba en la presente obra. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 175, nota 2.]

⁵⁹ Jn. 10,38; 14,10-11.

⁶⁰ Jn. 14,20; 14,23; 15,5.

⁶¹ Estoy en el Padre y el Padre en mí. Yo en vosotros y vosotros en mí. Cf. nota 58.

desaparecer del mundo la vanidad de los ídolos⁶², así, mientras proponía a los que buscaban a Dios la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad, irradiando el resplandor de la divinidad,⁶³ sustrajo a todos los creyentes de la vanidad de las imaginaciones y, dándoles a entender que el conocimiento de Dios sobrepasa las fuerzas humanas, les enseñó a pensar como él lo hace.

100. Así, todas las acciones y todas las palabras del Verbo de Dios son para nosotros una sola Palabra. Todo cuanto leemos de él, todo cuanto de él oímos, hablamos y meditamos para estimular nuestro amor o inculcarnos temor, nos llama hacia esta única Palabra, nos envía a ella, de la que tanto se habla y de la que, en el fondo, nada se dice. No podríamos llegar a ella, a su esencia, si ella misma no saliera al encuentro del que la busca, si no hiciera brillar sobre nosotros la luz de su rostro, si no hiciera resplandecer su faz de manera que a su luz⁶⁴ encontráramos el camino que a ella nos conduce.⁶⁵ Su rostro, que se revela a los sentidos del que ama, es su voluntad; su faz, el conocimiento de su Verdad. Nadie podrá sentir con justeza respecto a Dios si Dios no hace brillar su faz sobre él o si sobre esta faz no se modela el

62 Se refiere a las elaboraciones del pensamiento humano. Un Dios hecho hombre, ¡qué cosa menos conforme a las sabias lucubraciones de los filósofos de la antigüedad?! [Déchanet, J. M., o.c., pág. 177, nota 2. Por fortuna, gracias al más profundo estudio de las diversas religiones, sabemos hoy que el anhelo de una encarnación de la divinidad estuvo mucho más extendido de lo que supusieron los Padres, enfrentados a concepciones religiosas fuertemente influidas por Platón y Plotino. A aquéllos les cabría con todo defender y llevar a su gloria la doctrina de la encarnación en términos de un realismo y una historicidad plenos. (N. del E.)]

63 Sal. 143,6.

64 Sal. 66,2 y 88,16.

65 Comparar este pasaje con el de la *Enéada* de Plotino: "Nuestras palabras y nuestros escritos e dirigen hacia él (lo Uno, el Bien) y nos hacen salir del lenguaje para despertar a la contemplación, en alguna medida muestran el camino al que quiere contemplar." La influencia no es dudosa. Por lo demás todas las últimas páginas del *Espejo* están llenas de reminiscencias plotinianas. [Déchanet, J. M., o.c., pág. 179, nota 1].

sentido del que busca. Nadie, tampoco, podrá juzgar sobre lo que se ha sentido si su juicio no procede de esa faz.⁶⁶ Ningún acto podrá ser bueno, ningún camino podrá ser prudente, si aquel que quiere obrar y vivir según la ley de Dios no se inspira en esa faz. Ni se pedirá ni se obtendrá nada de ella sino en virtud de un don de la gracia, anterior a todo mérito.

101. Oh tú, a quien nadie busca vanamente⁶⁷ —acaso la búsqueda verdadera de ti en la conciencia del hombre que te busca, ¿no encuentra en alguna medida su respuesta en la verdad descubierta?⁶⁸ —, ¡encuétranos para que te encontremos, ven a nosotros para que vayamos a ti y en ti vivamos! Tú no perteneces al que quiere poseerte o al que corre, sino a aquel de quien tienes misericordia.⁶⁹ Inspíranos, pues, para que creamos, confórtanos para que esperemos, provócanos e inflámanos para que amemos. Que todo lo nuestro te pertenezca para que todo nuestro bien resida en ti, en quien vivimos, nos movemos y existimos.⁷⁰

CONCLUYE AQUÍ EL PRIMERO DE LOS DOS LIBROS QUE DOM GUILLERMO COMPUSO PARA CONSUELO Y EDIFICACIÓN DE LA FE DE CIERTOS DE SUS HERMANOS, Y QUE ÉL MISMO, DADAS SU ACCESIBILIDAD Y SENCILLEZ, TITULÓ «EL ESPEJO DE LA FE». NOS DÉ DIOS LA LIMPIA MIRADA QUE PUEDA SOSTENER LA CONTEMPLACIÓN DE ESTE ESPEJO.

66 Sal. 16,2.

67 Cf. Mt. 7,7.

68 En el mismo sentido ha dicho Pascal: "No me buscarías si no me poseyeras." [Déchanet, J. M., o.c., pág. 179, nota 3.]

69 Rom. 9,16.

70 Hech. 17,28.

EL ENIGMA DE LA FE

Introducción del Hno. Patrick Ryan, o.c.s.o.
Traducción de la Hna. María Estefanía Tamburini, o.s.b.
Notas del P. Francisco Rodríguez, o.c.s.o.

INTRODUCCION

UN TRATADO SOBRE EL CONOCIMIENTO Y EL AMOR DE DIOS.

EN el *Speculum fidei* Guillermo examinaba diversos aspectos del misterio de la fe y concluía el tratado con una prolongada sección en la que se explayaba sobre el modo en que experimentamos a Dios por el sentido del amor. En el *Aenigma fidei* prosigue esta consideración de Dios, mientras el centro de su atención se vuelve aun más directamente teocéntrico que en el *Speculum fidei*: su mirada se dirige a Dios Trino en busca del conocimiento y el amor de Dios; todos los aspectos del tratado deberán ser considerados en relación con este punto central.

Dependencia de los Padres

La dependencia de los Padres de la Iglesia es una de las características llamativas del estudio de Dios que Guillermo presenta en el *Aenigma fidei*. Mencioné ya en la "Introducción general" de este volumen las palabras de la *Epistola ad fratres de Monte Dei* con que Guillermo expresa que el *Aenigma fidei*, "como podrá comprobarse, contiene un resu-

men de los fundamentos y las formulaciones* de la fe, de acuerdo con las palabras y el pensamiento de los Padres Católicos".¹ En la parte final del tratado que ahora comentamos Guillermo insiste: "Hemos extraído todo lo dicho, no de nuestra propia fuente, sino de las fuentes del Salvador, de la Sagrada Escritura y de los *testimonios, absolutamente dignos de confianza, de los Santos Padres.*"²

Lo cierto es que cuando menos una tercera parte del *Aenigma fidei* consiste en citas o alusiones a los escritos de los Padres.³ Más aún, la dependencia patrística de Guillermo sigue aquí un esquema preestablecido: más de las tres cuartas partes del texto de los párrafos 1-19 consiste en citas o alusiones a diversas obras de Hilario de Poitiers (párrafo 1) y san Agustín (párrafos 2-19); a partir del párrafo 18 las citas comienzan a provenir con mayor frecuencia, aunque no con exclusividad, del *De Trinitate* de Agustín, mientras que citas o alusiones patrísticas conforman poco menos de la cuarta parte del texto de los párrafos 20-90. Los párrafos 17-90 presentan una minuciosa indagación en el misterio de la Trinidad, en la cual Guillermo sondea con frecuencia los tesoros agustinianos del *De Trinitate*, aunque no ordenadamente del principio al fin de aquella obra, sino en una cuidadosa selección; en esta indagación cita asimismo otras obras de Agustín y a Boecio, el *Symbolum fidei*, el pseudo-Jerónimo, a Hugo de San Víctor, León Magno, Isidoro de Sevilla, la Misa del rito romano y a Hilario de Poitiers. Desde el punto de vista de la dependencia de los Padres, podemos describir la estructura del *Aenigma fidei* de la siguiente manera: luego de una sección inicial (párrafos 1-16), en que expone su consideración de Dios, estrechamente de acuerdo con Hilario

1 PdC vol. 33, pág. 26: *Rationes et formam fidei secundum dicta et sensus catholicorum Patrum summam continere videtur.*

2 P.C. 8, pág. 174; Anderson Diss., párrafo 71, pág. 135: *Haurientes quaecumque diximus, non de fontibus nostris, sed de fontibus Salvatoris, ex Scripturis sanctis, et certissimis auctoritatibus sanctorum Patrum.* (El subrayado nos pertenece.)

3 Podrá consultarse una completa descripción de las fuentes de Guillermo en el presente tratado en la ya mencionada Anderson Diss., especialmente en págs. 25-37 y 254-345.

de Poitiers y Agustín, y después de unos pocos párrafos de transición (17-19), en los que aún se manifiesta dependiente de Agustín en tanto lleva su atención más específicamente hacia la Trinidad, Guillermo se lanza en una busca del conocimiento y el amor de la Trinidad, de mayor originalidad, pero aún así sujeta a la tradición (párrafos 20-90).

Contenido del "Aenigma fidei"

M. - M. Davy⁴, Jean-Marie Déchanet⁵, Robert Thomas⁶, O. Brooke⁷ y John D. Anderson⁸ han descrito el contenido del *Aenigma fidei*; cada uno de ellos divide el tratado de maneras diversas, aun cuando ninguno contradiga realmente a los demás comentaristas. Describiré ahora brevemente el contenido de este tratado, para comentar a continuación algunos de los temas que han de considerarse especialmente prominentes en él.

Guillermo escribe en los párrafos que abren el *Aenigma fidei* (1-16) que en esta vida podremos conocer y amar a Dios hasta cierto punto, merced a una fe humilde en la autorrevelación de Dios al género humano en la historia, la profecía y, especialmente, en las palabras y hechos salvíficos del Verbo encarnado, pero indica que sólo en la otra vida alcanzaremos a conocerlo y amarlo perfectamente. En este

4 *Deux traités sur la foi: Le miroir de la foi, L'enigme de la foi* (Paris; Vrin, 1959), págs. 9-22.

5 *William of St Thierry: The Man and his Work*, traducción [inglesa] de Richard Strachan, Cistercian Studies Series, Nº 10 (Spencer, Cistercian Publications, 1972), págs. 75-94.

6 *Notes sur Guillaume de Saint-Thierry IV*, PdC vol. 4 (Chambarand, 1959), págs. 73-83.

7 "The Speculative Development of the Trinitarian Theology of William of St Thierry in the *Aenigma fidei*", *Recherches de théologie ancienne et médiévale* 27 (1960), págs. 193-211 y también 28 (1961), págs. 26-58.

8 Véase Anderson Diss., así como *William of Saint Thierry: The Enigma of Faith*, en traducción inglesa de John D. Anderson, Cistercian Fathers Series, Nº 9 (Washington, D.C.; Cistercian Publications, 1974), págs. 1-31, y en especial págs. 26-28.

punto (párrafo 17), Guillermo comienza a detenerse de modo excluyente en la Trinidad y a lo largo de los párrafos siguientes (17-35) explica que el deseo ardiente de comprender a la Trinidad contará con más seguridad de alcanzar su meta si permanecemos unidos a la revelación de Dios en la Sagrada Escritura; de todas maneras, podrán serenos de algún auxilio los esfuerzos que la Iglesia ha desplegado, urgida por herejías tales como el sabelianismo o el arrianismo, para explicar la doctrina de la Trinidad. A continuación, en un corto pasaje (párrafos 36-39), reminiscente de la insistencia del *Speculum fidei* acerca de los tres grados de crecimiento en la fe, expone que nuestro derrotero en el conocimiento de Dios comienza con una fe basada en la autoridad, para ejercitar más tarde la razón según la fe (*ratio fidei*) y así pensar y hablar correctamente de Dios; finalmente, experimentamos la gracia iluminante, que transforma la fe en un amor y una sabiduría más profundos que el conocimiento natural. Al comenzar la parte central del tratado (párrafos 40-73), Guillermo expresa que “los elementos básicos del conocimiento de Dios que proviene de la fe [...] son los Nombres divinos, mediante los cuales Dios es mencionado entre los hombres”; a partir de allí, se exploya acerca de estos Nombres divinos, “que se predicán de Dios substancial o relativamente, y de la relación por la cual Padre, Hijo y Espíritu Santo son mencionados en sus relaciones mutuas, de acuerdo con las propiedades de dichos nombres”.⁹ Más adelante, en la sección final del tratado (párrafos 74-90), Guillermo, con devoción fervorosa, expresa su deseo de verse unido con Dios Trino, uno y sin embargo tres, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y expone lo que hemos de creer acerca de la naturaleza de la Trinidad, de la Encarnación del Hijo de Dios y del Espíritu Santo, amor mutuo del Padre y el Hijo, y asimismo don de Dios para los

⁹ P.C. 8, pág. 142; Anderson Diss., párrafo 40, pág. 100: *Cognitionis ergo divine que per fidem est [...] quasi prima sunt nomina divina, quibus apud homines nominatur Deus.*

¹⁰ P.C. 8, pág. 174; Anderson Diss., párrafo 71, pág. 135: *Que sive secundum substantiam, sive relative in Deo dicuntur; et de relatione ipsa, qua juxta nominum ipsorum proprietatem ad invicem dicuntur Pater et Filius et Spiritus sanctus.*

hombres, que enciende en nosotros el amor de Dios y del prójimo.

Temas destacados en el “Aenigma fidei”

1. Llانة de las Escrituras

Ha de admitirse que nuestro tratado es una obra difícil, cuya apreciación requiere concentración y seria reflexión. El tratamiento que encara Guillermo de la definición de persona más apropiada para describir a las tres personas de la Trinidad (párrafos 33 y 34), las sutiles distinciones que formula en torno a los nombres substanciales y relativos de Dios a lo largo de todo el pasaje que dedica a los Nombres divinos (párrafos 40-73) y discusiones como aquellas del “número [que se halla] sobre el número, por lo cual tres son uno y uno es tres”¹¹, y del modo en que “dicha esencia sin tiempo puede ser designada mediante un lenguaje temporal”¹², todo ello reclamā un alto grado de penetración intelectual y podría acobardar fácilmente aun al lector decidido. Pero hemos visto ya cómo explica Guillermo en los párrafos 17-35 la conveniencia de que en nuestro deseo de comprender a la Trinidad permanezcamos unidos a la revelación de Dios en la Sagrada Escritura; precisamente el amor de la llانة de las Escrituras es verdaderamente característico del *Aenigma fidei*. Intente-mos apreciar aquí la multifacética naturaleza de la personalidad espiritual de Guillermo: teólogo acerado, coherente en su dependencia de los Padres (véase los párrafos 32, 34, 39, 71 y 74), al mismo tiempo y permanentemente se manifiesta inclinado a creer y ponderar la Palabra de Dios con un corazón sencillo. Escribe así:

“Frecuentemente medito sobre nuestra común fe en ti, sin la cual, Señor Dios nuestro, es imposible agradarte y

¹¹ P.C. 8, pág. 180; Anderson Diss., párrafo 76, pág. 141: *Numerus est super numerum, quo tres unum sint, et unum tres.*

¹² P.C. 8, pág. 182; Anderson Diss., párrafo 79, pág. 144: *Illa essentia sine tempore temporali valeat designari sermone.*

a la que constituiste como salvación de todos. Por eso debe ser común a todos, a pequeños y a grandes, en la Iglesia de Dios. ¿Por qué, cuando se consulta a los santos doctores, su ciencia aparece envuelta en tantas cuestiones perplejas, oscurecida por tantas disputas sobre enigmas, que poquísimos hombres pueden aprehenderla en su pureza? Al preguntarme esto, me ha parecido bien volver a aquella felicísima y áurea simplicidad evangélica de los primeros tiempos y a la Escritura misma de tu Espíritu Santo, gracias a la cual, por el ministerio de los que pudieron prever que tu Unigénito Hijo y Salvador nuestro vendría en carne o merecieron verlo cuando vino, la ley del Espíritu de Vida comenzó a escribirse sobre las tablas carnales del corazón de los creyentes.”¹³

Y prosigue: “Todo me resulta claro en las Escrituras, que pertenecen por igual a los sabios y a los simples.”¹⁴ También señala su dependencia de la Sagrada Escritura en los párrafos 24, 45 y 74.

2. Las palabras y sus limitaciones

En los párrafos conclusivos del *Speculum fidei*, Guillermo hablaba del necesario esfuerzo por referirse mediante palabras

13 P.C. 8, pág. 124; Anderson Diss., párrafo 22, págs. 80-81: *Sepius autem cogitanti michi de communi fide nostra in te, sine qua impossibile est placere tibi Domino Deo nostro, et in qua salutem omnium constituisti; et ideo omnium esse debet, tam pusillorum in ecclesia Dei, quam magnorum, quomodo, cum queritur apud sanctos doctores scientia ejus tantis invenitur questionem perplexitatibus involuta, tantis disputationum enigmatibus obscurata, ut vix a paucissimis hominibus puritas ejusqueat apprehendi, visum est aliquando ad felicissima illa et aurea evangelice simplicitatis tempora prima recurrere, et ad proprium illum stilum Spiritus sancti tui, quo per ministerium eorum, qui unigenitum tuum Salvatorem nostrum venturum in carne potuerunt providere, seu qui venientem meruerunt videre, primo cepit inscribi lex spiritus vite in tabulis cordis carnalibus credentium.*

14 Cf. P.C. 8, pág. 124; Anderson Diss., párrafo 23, pág. 81: *Plana omnia invenio, et rem communem tam sapientibus quam simplicibus.*

al misterio que está más allá de las palabras, y en el *Aenigma fidei* este esfuerzo se convierte en una de sus preocupaciones más agudas, sobre la que vuelve una y otra vez (véase los párrafos 26 - 30, 40, 45, 51, 55, 60, 62, 64, 72 y 80). Guillermo se debate mentalmente en su intento de captar y exponer el sentido de las nuevas palabras que la Iglesia ha ido introduciendo a lo largo de los siglos en su esfuerzo por presentar siempre más y más claramente su fe inmutable en Dios. En ciertos círculos teológicos se describe hoy en día esta tarea como la propia de la hermenéutica, es decir, la necesidad de “reformular sin desfiguraciones la verdad última de la fe”.¹⁵ Al describir cómo llegaron a ser de uso común términos tales como “Trinidad” o *homoousion*, y cómo han de ser entendidos los mismos a la luz de la razón según la fe (*ratio fidei*), Guillermo vuelve a exigir de parte de su lector un verdadero esfuerzo de atención (véase los párrafos 26 - 28). Como sea, y aunque profesa respeto por la necesidad de pensar y expresarse correctamente acerca de Dios, Guillermo pretende en verdad conducirnos, más allá de las palabras, a la presencia de Dios en el silencio. De tal modo escribe:

“Lo mismo podría decirse de los nombres esenciales de Dios; acerca de éstos, lo que estamos exponiendo no significa nada, pues todo lo que puede decirse de Dios es realmente nada: lo inefable no puede ser explicado mediante las palabras. Las palabras fracasan, la inteligencia está en sombras. Ahora bien, como se nos manda buscar siempre el rostro del Señor, y como lo que Dios ordena encierra una promesa, no hemos de desesperar; la inteligencia debe ser puesta en libertad y alentados cuanto se pueda los intentos de expresar estas cosas con palabras. Y cuando la habilidad de los hombres fracasa, la naturaleza divina debe ser honrada en silencio.”¹⁶

15 Karl Lehmann, “Hermenéutica”, en *Sacramentum Mundi, Enciclopedia Teológica*, tomo 3, Herder (Barcelona, 1973), columna 406, antelúltima y última líneas.

16 P.C. 8, pág. 154; Anderson Diss., párrafo 51, pág. 114: *Nichil ad eum est, quicquid de eo dici potest; quoniam non potest explicari verbis, quod ineffabile est. Deficiunt verba, caligat intellectus. Tamen*

3. La pureza del corazón y la vida del más allá

Finalmente, el monje Guillermo reluce con toda claridad cuando subraya la necesidad de la pureza de corazón (párrafos 2, 3, 11, 12, 20 y 21) e insiste en que lo que ha comenzado en esta vida por la fe, hallará su perfección por la visión en la otra vida (párrafos 1, 3, 5-7, 11, 20, 21, 37, 39 y 77). Destaca así las relaciones mutuas de estas realidades ascética y escatológica cuando señala:

“Para que el ojo interior, hecho para la visión de Dios, pueda verlo en el más allá, debe purificarse aquí, donde se da incoada la visión que allá será perfecta. Comienza por una vida santa y por el ejercicio de la divina contemplación. El amor merece la visión porque se cree, se espera y se ama lo que no se ha visto; luego la visión será perfecta. Entonces, ella alimentará el amor. Toda la virtud consistirá en amar lo poseído y toda la beatitud en poseer lo amado.”¹⁷

Guillermo de Saint-Thierry, monje de intelecto sutil y acorado, y corazón cálido y lleno de amor, nos invita en este tratado, con palabras como las citadas más arriba, a contemplar a Dios y a unirnos a él en un amor perfecto. Sólo nos resta abreviar con gozo en estas “fuentes del Salvador [...] la Escritura Santa [...] y los santos Padres”.¹⁸

HNO. PATRICK RYAN, O.C.S.O.

quoniam precipimur faciem Domini querere semper; et quod divinitus precipitur, quodammodo promittitur, nec desperandum est; expediendus est intellectus, et verborum conatus erigendus quousque potest. Et ubi defecerit humana possibilitas, res Dei silentio honoranda est.

¹⁷ P.C. 8, págs. 121-122; Anderson Diss., párrafo 21, págs. 79-80: *Ut enim ibi videat oculus interior ad videndum Deum factus, hic mundatur ubi inchoatur visio, que ibi perficitur. Inchoatur enim hic sanctitate vite et usu divine contemplationis; ubi amor meretur visionem, cum creditur, speratur ac diligitur, quod non videtur, perficienda ibi, ubi visio pascit amorem. Cum omnis virtus erit, diligere quod habebitur, et tota beatitudo, habere quod diligitur.*

¹⁸ P.C. 8, pág. 174; Anderson Diss., párrafo 71, pág. 135: *Fontibus Salvatoris, [...] Scripturis sanctis, et [...] sanctorum Patrum.*

Libro de Dom Guillermo,
que se da en llamar
“El Enigma de la Fe”

LO QUE SABEMOS DE DIOS. VER A DIOS
CON LA MIRADA DE LA FE. CRISTO, VISIBILIZACIÓN DEL PADRE.
PUREZA DEL CORAZÓN: IMPRESCINDIBLE. NUESTRA SEMEJANZA
NOS PERMITIRÁ VER A DIOS.
PROGRESO POR LA VÍA DEL AMOR. VISIÓN Y SEMEJANZA,
EMPAREJADAS. PERO LA VISIÓN PLENA NO SE DARÁ
EN ESTA VIDA. ARDIENTE SÚPLICA:
QUE VENGA LA LUZ DE LA VERDAD.

LA debilidad humana debe confesar con reverencia que lo único que conoce sobre Dios es su existencia. Además, es cosa piadosa rastrear y escudriñar con tenacidad su esencia, su naturaleza y los escondidos decretos de su juicio insondable. Pero como al espíritu del hombre le excede el penetrarlos, debe confesar que son inescrutables y escapan a su indagación.

Así que, por un lado, tenemos una voluntad piadosa; por otro, una naturaleza insondable.¹ De donde el Apóstol, con

* Esta división en capítulos que proveemos para la traducción castellana de *El Enigma de la fe* no significa que la obra presente una división tan precisa como el artificio editorial podría llevar a suponer. El *Enigma* forma una unidad en que los temas de la fe como misterio de comunión con el Inefable van siendo expuestos con soltura y, debemos recordarlo una vez más, por un monje para una audiencia de monjes, por un amigo para sus amigos. No se busque aquí una sistematización que Guillermo no creyó necesaria. (N. del E.)

¹ Estas líneas están tomadas de San Hilario de Poitiers, de su *Tratado sobre el Salmo 129*, 1, CSEL 22 (Viena, 1871), 648. Hasta ahora no se había sopesado esta fuente de inspiración de Guillermo, según asegura J. D. Anderson (Anderson Diss.).

una fe que el hombre del mundo no comprende y con un sentido que ninguna otra palabra fuera de la suya puede glosar², dice admirado al buscar y entregarse al conocimiento de esta naturaleza: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son tus juicios y cuánto escapan a nuestra investigación tus caminos!"³ Que, donde tal fuerza se desvanece, la fe religiosa en la omnipotencia deduzca la limitación humana; y que la cortedad de nuestra inteligencia no tenga la osadía de escrutar con terquedad lo que, por naturaleza, no es abarcable. Cuando miramos la claridad del sol se embota la facultad de ver, debido a la potencia de la luz, tanto que, si curiosamente y con esmerada solicitud se busca contemplar el foco de la radiante luz, puede llegarse hasta la muerte del sentido de la vista del que escudriña; ocurre allí que, por mayores esfuerzos que se realice por ver, no se vea nada.⁴ ¿Qué debemos esperar entonces que nos ocurrirá cuando se trata de las cosas de Dios y del Sol de Justicia?⁵ ¿Acaso no pasará por tonto aquel que quiera convertirse en supersabio?⁶ ¿Acaso no ocupará el embotamiento obtuso de la locura el lugar de la sutil luz de la inteligencia?

En efecto, lo inferior no puede aprehender lo que le es superior en naturaleza, ni la razón celeste depender de la concepción humana, pues todo lo que está subordinado a la conciencia del hombre enfermo será también de condición enfermiza. Mas, en la medida en que la razón celeste permite ser aprehendida, tanto es deseable. Si no nos contentamos con comprender lo que se nos concede, lo perderemos. ¿Acaso hay algo en Dios que pueda ser percibido? Sí, si quieres percibir lo que puedes.⁷ Si esperas más de lo que puedes, no podrás ni lo que podrías. Pues a nadie se le da aquí la visión

2 San Hilario de Poitiers, *De Trinitate* 9.10, PL 10. 289 A.

3 Rom. 11.33. Ver también San Agustín, *Carta* 147, XIV.33, BAC, 1953, T. XI, pág. 234.

4 Cf. San Agustín, *De la verdadera religión* XX.39. BAC, 1956, T. IV, págs. 112 y 114.

5 Cf. Mal. 4.2.

6 Cf. Tertuliano, *Libro sobre el alma* XVIII. PL 2, c. 677 B.

7 San Hilario, *De Trinitate* 10.53. PL 10.385 B-386 A.

cara a cara⁸ ni el pleno conocimiento⁹, pero, por el mérito de nuestra fe, por la que aquí creemos en lo que no vemos, aquello se nos promete para el futuro.¹⁰ Mientras tanto, poseemos ahora en la fe la luz de los bienes prometidos; en la cual, como por espejo y en enigma¹¹, intuimos la imagen de las cosas que deparan felicidad y de los bienes futuros.¹²

2. Al que pregunta si el hombre mortal puede ver a Dios en esta vida mortal, le respondemos: Puede.¹³ Pero no con los ojos del cuerpo, como vemos este sol, ni por una mirada de la inteligencia, como cada uno ve por sí mismo algo que busca y sabe¹⁴, sino por la fe de que nos mune la autoridad de las Escrituras canónicas.¹⁵ Sin embargo, ha sido visto por los Padres¹⁶ bajo la imagen que eligió la voluntad y que la naturaleza no formó.¹⁷ "A Dios nadie lo ha visto nunca", dice el Evangelista Juan¹⁸, al menos no del mismo modo como se ven estas cosas que se llaman visibles¹⁹, y agrega: "El Unigénito que está en el seno del Padre lo ha dado a conocer."²⁰ Pues a Dios nadie lo ha visto con estos ojos corporales²¹, pero, por la narración del Unigénito que está en el seno del Padre, por su narración inefable²², la creatura racional, limpia y santa, es colmada de visión inefable. Puede comprender al que habla porque es el Verbo, el cual no es sonido estrepitoso

8 1 Cor. 13.12.

9 Cf. San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, CI.5. BAC, T. XIV, pág. 570.

10 San Agustín, *Carta* 147, IX.22. BAC, T. XI, pág. 222, y *Carta* 147, XIII.32. BAC, pág. 234.

11 1 Cor. 13.12.

12 San Hilario, *Tratado sobre el salmo* 127, 11, CSEL 22.636.24.637.2.

13 San Agustín, *Carta* 147.XV.37. BAC, T. XI, pág. 238.

14 San Agustín, *Carta* 147. Proem. 3. BAC, T. XI, pág. 200.

15 Cf. San Agustín, *Carta* 147. Proem. 4. BAC, T. XI, pág. 202.

16 Cf. San Agustín, *Carta* 147. VII.19. BAC, T. XI, pág. 218.

17 San Agustín, *Carta* 147.VI.18. BAC, T. XI, pág. 216. Agustín lo ha tomado de Ambrosio, *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas* I.24. BAC, págs. 66-67.

18 Jn. 1.18.

19 San Agustín, *Carta* 147.XV.37. BAC, T. XI, pág. 238.

20 Jn. 1.18.

21 Cf. San Agustín, *Carta* 147.VI.18. BAC, T. XI, pág. 216.

22 San Agustín, *Carta* 147.IX.22. BAC, T. XI, pág. 222.

para los oídos, sino imagen que la mente comprende, de modo que, con luz interna y manifiesta, reverbera para ella las palabras del Señor²³: "Felipe, quien me ve, ve al Padre."²⁴

Según mi opinión, el deseo que tienen los justos, por el cual anhelan ver a Dios, ciertamente no los hace arder en ganas de contemplarlo en la apariencia bajo la que se da a ver cuando y como quiere, sino en su sustancia, en la cual es lo que es.²⁵ Pues aquí el corazón puro puede ver, no comprender.²⁶

3. Pero, en esta cuestión de ver a Dios, me parece que vale más el modo de vivir que el de hablar. Al que ha aprendido del Señor Jesucristo a ser manso y humilde de corazón²⁷, más le aprovecha pensar en esto y obrar, que leer y escuchar, aun cuando le aproveche a veces leer y escuchar.²⁸

Nadie diga que quiere ver a Dios si no se aplica a limpiar su corazón con el cuidado que merece tan digno objeto.²⁹ Nadie puede ver a Dios y vivir³⁰, pues el espíritu que es asumido por lo inefable de aquella visión, debe necesariamente separarse de esta vida.³¹ Ya que aquella visión, prometida en el futuro, es para otra y mejor vida³² que ya está incoada aquí en muchos hijos de la gracia.³³

4. El Hijo Unigénito explica en silencio la naturaleza y la sustancia de Dios a los ojos dignos e idóneos para tal visión y ya en esta vida invisiblemente lo manifiesta³⁴; así, el que puede ver a Dios invisiblemente, puede invisiblemente adherirse a él.³⁵ Pues Dios es el invisible y el incorruptible "a

23 Jn. 14,8.

24 San Agustín, *Carta* 147.XII.29. BAC, T. XI, pág. 230.

25 San Agustín, *Carta* 147.VIII.20. BAC, T. XI, págs. 218-220.

26 Cf. San Agustín, *Carta* 147.VI.18. BAC, T. XI, pág. 216.

27 Mt. 11,29.

28 San Agustín, *Carta* 147. Proem. 1. BAC, T. XI, pág. 198.

29 San Agustín, *Carta* 147. Proem. 11.25. BAC, T. XI, pág. 226.

30 Ex. 33,20.

31 San Agustín, *Carta* 147.XIII.31. BAC, T. XI, pág. 233.

32 San Agustín, *Carta* 147.XIII.32. BAC, T. XI, pág. 234.

33 Ef. 1,5-6. San Agustín, *Carta* 147.XII.32. BAC, T. XI, pág. 234.

34 Cf. San Agustín, *Carta* 147.XV.37. BAC, T. XI, pág. 240.

35 Idem.

quien solo le corresponde la inmortalidad y el que en luz inaccesible habita, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver"³⁶; gracias a él el hombre, mediante su cuerpo, ve los cuerpos y por esto mismo a Dios no puede verlo.

Si él fuera inaccesible para los espíritus piadosos, no se habría dicho: "Acercaos a él y os iluminará"³⁷, y, si fuera invisible para los mismos, no se habría dicho: "Lo veremos tal cual es."³⁸ Recorramos enteramente la misma epístola de Juan: "Carísimos, dice, ahora somos hijos de Dios, y aún no se nos ha manifestado lo que seremos. Pero sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es."³⁹ Lo veremos en la medida de nuestra semejanza y precisamente por causa de nuestra semejanza lo veremos, porque ahora no lo vemos en la medida en que somos⁴⁰ desemejantes.⁴¹

5. ¿Quién, dementísimo, afirmará que seremos semejantes a Dios en el cuerpo? Es en el hombre interior⁴² donde se da esta semejanza, por la cual se renueva el hombre de día en día en el conocimiento de Dios, conforme a la imagen de aquel que la creó.⁴³ Cuanto más progreseemos en su conocimiento y en su caridad, tanto más seremos semejantes a él.⁴⁴ Cuanto, conociéndolo y amándolo, nos hagamos semejantes a él, tanto nos será próximo y familiar. Por más que progreseemos en esto, estaremos lejos aún de aquella perfección por la que lo veremos cara a cara.⁴⁵ Tal será, que la caridad alcanzará mucho más de lo que creyó la fe y deseó la esperanza. Mayor será lo que encontraremos cuando se nos dé lo ganado, que lo que elaboró el intelecto. Aquella es la región de los

36 1 Tim. 6,16.

37 Sal. 33,6.

38 1 Jn. 3,2.

39 Idem.

40 *El Espejo de la Fe*, P.C. 8, pág.

41 San Agustín, *Carta* 92.3. BAC, VIII, pág. 586.

42 Rom. 7,22; Ef. 3,16. San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 86.1. BAC, T. XIV, pág. 462.

43 Col. 3,10.

44 San Agustín, *Carta* 92.3. BAC, T. VIII, pág. 586.

45 Idem.

vivientes⁴⁶ y de los que ven las realidades intelectuales e inteligibles; donde la verdad es aprehendida sin ninguna apariencia corporal, y no será ofuscada por ninguna nube de opiniones falsas. Pues allí, así como en la Trinidad, que es Dios⁴⁷, mutuamente se miran el Padre y el Hijo⁴⁸, y esta mutua mirada constituye la unidad de ambos, de modo que lo que es uno es el otro; así, quienes a esto están predestinados y a esto fueren elevados, verán a Dios tal cual es⁴⁹ y por esta visión serán como él es, semejantes a él. Como en el Padre y el Hijo la misma visión mutua constituye la unidad de ambos, así, entre Dios y el hombre la visión y la semejanza serán lo mismo. El Espíritu Santo es la unidad del Padre y del Hijo⁵⁰, y también la caridad y la semejanza entre Dios y el hombre.

6. Pero de un modo en la suma esencia y de otro en la naturaleza inferior.⁵¹ Allá se verá la claridad de Dios⁵², no por visión simbólica o corporal, como se dejó ver en el Monte Sinaí⁵³, ni espiritual —como la vio Isaías⁵⁴ o Juan en el Apocalipsis⁵⁵—, sino por visión directa.⁵⁶ No por espejo y en enigma, como ve aquí el hombre que es digno de ello, en la medida que puede comprender la mente humana asumida por la gracia, sino cara a cara.⁵⁷ El que juzgue que el hombre puede tener esta visión mientras dura esta vida mortal y que después de haber arrojado y disipado toda nube

46 Sal. 114,9.

47 Cf. *El Espejo de la fe*, 92, P.C. 8, pág. 78.

48 *Diálogo con Dios*, III Meditación, 6, P.C. 2, pág. 103.

49 Idem.

50 Cf. *El Enigma de la fe*, 89, P.C. 8, págs. 188 y 189; *El Espejo de la fe*, 92, P.C. 8, págs. 78-79; *Comentario al Cantar de los Cantares*, 31, P.C. 6, pág. 50.

51 Cf. *El Espejo de la fe*, 92, P.C. 8, págs. 78-79.

52 San Agustín, *Del Génesis a la letra* XII.26.54. BAC, T. XV, pág. 1246.

53 Cf. Ex. 19,18. No se trata de la visión de Moisés mismo, sino de lo que veía el pueblo al pie de la montaña.

54 Cf. Is. 6,2-4.

55 Cf. Ap. 1,9 ss.

56 Se refiere a la visión opuesta de la fe, de 2 Cor. 5,7.

57 Cf. 1 Cor. 13,12.

de apariencia corporal y carnal, puede ser poseedor de la serenísima luz de la verdad inmutable, quedando separado de todo comercio con esta vida de forma constante e indeclinable, ese tal en modo alguno comprende qué es lo que busca. Todo esto pertenece a la otra vida y todo el que quiera tener aquí enteramente lo de allá, muestra que no tiene fe. Porque el que cree cosecha el mérito y al que ve se le paga con el premio.⁵⁸

7. Crea, pues, a la autoridad sublime que nunca engaña. Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos rumbo a Dios y caminamos guiados por la fe, no por la visión directa.⁵⁹ Que perseverantemente guarde y custodie la fe, que tienda la esperanza y la caridad hacia esta visión por medio del Espíritu que se nos ha dado.⁶⁰ Él nos enseñará la verdad completa⁶¹, cuando Dios, que resucitó a nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos, vivifique también nuestros cuerpos mortales por la inhabitación de su Espíritu en nosotros.⁶² Antes de ser vivificado, lo que está muerto debido al pecado es, sin duda, corruptible y grava el alma.⁶³ Cuando el alma es socorrida, hiende la nube que recubre toda la tierra⁶⁴ —la oscuridad carnal que envuelve toda la vida terrestre⁶⁵—, arrebatada como por una súbita iluminación; pero luego cae en su debilidad, guardando vivo el deseo de verse enderezada de nuevo, aunque carente de la pureza que le permite permanecer erguida. Cuanto más puede, más es. Cuanto menos, menos es. Si el espíritu del hombre, en el cual Cristo habita por la fe⁶⁶, no tiene ninguna experiencia de esto, es necesario que se aplique a disminuir y mortificar los deseos de la

58 San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 68.3.11. BAC, T. XIV, pág. 374.

59 Cf. 2 Cor. 5,6-7.

60 Cf. 2 Cor. 1,22; 5,5.

61 Cf. Jn. 16,13.

62 Rom. 8,11.

63 Cf. Sab. 9,15.

64 Cf. Ecl. 24,6.

65 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* II.15.25. BAC, T. V, pág. 244.

66 Cf. Ef. 3,17.

carne, de los ojos y de la soberbia de esta vida⁶⁷, y, por la operación de las virtudes morales⁶⁸, con todo empeño se dé a robustecer la fe hasta la perfecta mortificación por aquella muerte, de la que se le dijo a Moisés: "Nadie puede verme y quedar con vida."⁶⁹ Entonces comienza a vivir aquella vida, de la que dijo el Señor cuando oró al Padre por sus discípulos: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo."⁷⁰

8. El que ya está despierto respecto a Dios⁷¹, ardiendo por el calor del Espíritu Santo, aparece ante sus propios ojos como despreciable en su amor a Dios; quisiera penetrar en Dios, pero no puede; considerándose a la luz divina, comprende que él y su enfermedad no pueden mezclarse con aquella luz; entonces, dulce le es llorar y suplicar a Dios que tenga misericordia de él hasta que haya aniquilado toda su miseria. Suplica con confianza, puesto que ya ha recibido las arras gratuitas de salud, de manos del único Salvador e iluminador de los hombres. Al que así experimenta dolorosamente su indigencia, no lo puede inflar la ciencia, porque la caridad lo edifica.⁷² A la ciencia antepone esta ciencia⁷³: el conocimiento de su enfermedad antes que el conocimiento de las murallas del mundo, los cimientos de la tierra o la cima de los cielos. Al aumentar su ciencia, aumenta su dolor⁷⁴. el dolor que arranca de ser todavía un peregrino deseoso de su patria y de su bienaventurado Creador, su Dios.

67 Cf. 1 Jn. 2,16.

68 Virtudes morales son ciertamente las que ordenan la conducta humana. Se oponen a las virtudes teologales. Guillermo utiliza estos términos de una manera pre-escolástica.

69 Ex. 33,20.

70 Jn. 17,3.

71 San Agustín, *De la Trinidad* IV. Proemio 1. BAC, T. V, págs. 316-318.

72 Cf. 1 Cor. 8,1.

73 La oposición de las dos ciencias corresponde a la condenación de la "curiosidad" por San Bernardo y a la mentalidad de la escuela cisterciense en ese sentido.

74 Cf. Ecl. 1,18.

9. Entre estos hombres estoy⁷⁵, en la familia de tu Cristo, Señor Dios mío, pobre entre tus pobres. Dame de tu pan. A mí, que busco tu rostro, Señor, sí, a mí, que busco tu rostro⁷⁶, a mí, hambriento y sediento de tu justicia⁷⁷ en la contemplación de tu rostro.⁷⁸ Dame ser saciado de tu verdad, no de las fantasías de mi corazón. No sea que, rehusando tu verdad, vuelva hacia atrás y reincida en mi vanidad. Bien sé cuántas ficciones pare el corazón del hombre. Y, ¿qué es mi corazón, sino un corazón humano? Pero, te ruego, Dios de mi corazón⁷⁹, que nada de estas fantasías se apegue a mí como si ellas fueran la sólida verdad. Venga sobre mí la luz de tu verdad; de allí, de donde corre el soplo de tu verdad, aunque yo sea arrojado de la luz de tus ojos⁸⁰ y muy de lejos tenga que volver a andar el camino que en la humanidad de tu Unigénito estableciste.

Aunque soy mutable, gustosamente aspiro ese soplo en que no veo nada capaz de mutación: ni respecto al espacio y al tiempo como suele suceder con los cuerpos; ni respecto al tiempo solamente, como si fuera un lugar, como los pensamientos de nuestro espíritu; ni respecto únicamente al tiempo, sin ninguna imagen que se establezca en un lugar, como los razonamientos de nuestra mente. No hay mutación alguna tampoco en tu esencia, por lo cual eres lo que tú eres, porque nada mutable puede darse en tu eternidad, en tu verdad o en tu voluntad, ya que allí es eterna la verdad, verdadera la caridad, verdadera la eternidad, y también es amada la eternidad y la verdad.

75 Todo este párrafo es de San Agustín, *De la Trinidad* IV. Proemio 1. BAC, T. V, pág. 318.

76 Cf. Sal. 26,8.

77 Cf. Mt. 5,6.

78 Cf. *El Enigma de la fe*, 23, P.C. 8, pág. 124.

79 Sal. 72,26.

80 Cf. Sal. 30,23.

LA ENCARNACIÓN. EL MUNDO HA CREÍDO: ADMIRACIÓN DEL ALMA. LA SABIDURÍA HA VENIDO EN AUXILIO DE NUESTRA NECEDAD. LA PARADOJA DEL ANONADAMIENTO Y SU VIVA LECCIÓN. PROVIDENCIA, HISTORIA Y PROFECÍA. TESTIMONIO DE LA FE. LO VISIBLE Y LO INVISIBLE; PUNTUALIZACIONES. PERCEPCIÓN DE DIOS. EL GEMIDO INTERIOR DE LOS ELEGIDOS POR EL AMOR. SANTIDAD Y CONTEMPLACIÓN, COMIENZO DE LA VISIÓN DE DIOS.

10. **A** SI, estamos exiliados¹ del gozo inmutable, pero no separados ni desvinculados hasta el punto de no buscar, en estas cosas mudables y temporales, la eternidad, la verdad y la beatitud; pues no queremos morir, ni errar, ni andar desasosegados. Se nos han enviado los dones divinos, se nos ha enviado lo que nos conviene para nuestra peregrinación. Por estos [bienes] entendemos que no se halla aquí lo que buscamos y que debemos retornar de esta condición presente al cielo, pues si no estuviéramos pendientes de estos [bienes] celestes, no los buscaríamos. Pero, "cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de una mujer, nacido bajo la Ley".² Se hizo tan pequeño como fue hecho

y fue enviado por su cualidad de "hecho".³ Vino a enseñar cosas admirables y admirablemente persuadió de ellas a los hombres. Vino a enseñar el desprecio de lo visible por amor de lo invisible, el desprecio de sí mismo por amor a Dios. Vino realizando cosas increíbles y lo que es más increíble: las propuso a los hombres para ser creídas. Pues se humilló el Señor Jesucristo para enseñarnos a ser humildes. Fue concebido el que contiene todas las cosas, nació el que todo lo engendró, murió el que vivifica el universo. Después de tres días resucitó y subió al Cielo y puso a la derecha del Padre la Carne humana que asumió.⁴ Es digno de admiración, pero mucho más admirable es que todo el mundo creyese en cosas tan increíbles.

11. Si consideramos la manera en que el mundo ha creído, advertiremos que es cosa realmente divina y la encontraremos admirable. Pescadores ignorantes en lo que concierne a las disciplinas liberales y del todo ajenos a las ciencias seculares, ni peritos en gramática, ni pertrechados con la dialéctica⁵, son enviados por Cristo⁶ con las redes de la fe al mar del siglo. Son doce, pocos en número, y todavía uno se volverá atrás.⁷ Sin embargo, gracias a ellos todo género de peces llenó la Iglesia y también muchos de los sabios del mundo, que reputaban como ignominiosa la Cruz de Cristo, signaron con ella sus frentes y lo que les avergonzaba fue establecido por ellos como el bastión de su respeto. Cuando el mundo entero se hallaba enfermo, vino a él el Verbo, bajo el velo de su Carne, para sanarlo de sus heridas.⁸ Con sus manos preparó

3 San Agustín, *De la Trinidad* IV.19.26. BAC, T. V, pág. 376. En San Agustín y Guillermo este pasaje está asociado con Gál. 4,4.

4 Cf. Hech. 2,33; 1 Ped. 3,22.

5 La Gramática y la Dialéctica, junto con la Retórica, constituían el *Trivium*. El *Trivium* y el *Quadrivium* (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música) eran la base de la educación medieval: las artes liberales. La gramática comprendía el estudio de la literatura y de la lengua.

6 Cf. Mt. 4,19.

7 Cf. Is. 50,5; Jer. 15,6.

8 Cf. Sal. 102,3.

1 San Agustín, *De la Trinidad* IV.1.2. BAC, T. V, pág. 320.

2 Gál. 4,4.

la medicina y la aplicó sobre las contusiones del orbe terrestre; esta medicina es el Evangelio del Reino que debía ser predicado por todo el universo, y las Escrituras, el Antiguo y el Nuevo Testamento, que a Cristo se refieren; y tal autoridad les dio por todas partes, cuanto convenía que la tuvieran aquellas cosas por las cuales Dios quería darse a conocer y que los hombres creyesen en él. Cuando humildemente creen en él y al creer se le someten, se da la fe por la que son limpios los bienaventurados limpios de corazón a los que se les permite ver⁹ lo que sólo verán los limpios de corazón después de ser purificados por la fe. Necesitamos esta purificación porque no somos idóneos para esperar alcanzar lo que es eterno, ya que estamos gravados por el peso de las manchas de los pecados cometidos por el amor a las cosas temporales, enraizado en nosotros como si fuera propio de nuestra naturaleza en la generación de nuestra condición mortal. Pero no podíamos ser¹⁰ purificados para tener acceso a las realidades eternas sino a través de las temporales, en las cuales ya estamos fijados. Dado que nos volvimos a lo temporal¹¹, y el afecto que le dispensamos nos apartó de lo eterno, se nos preparó una medicina temporal que nos curase y llamara a la salud. Y esto no a los que saben, sino a los que creen, constituyéndose en la primera medicina, no en cuanto a su excelencia, sino en cuanto al orden cronológico. Todo el que cae en un lugar debe sostenerse y apoyarse en él para incorporarse; las formas carnales nos retienen por el amor que ponemos en ellas y en ellas caemos por el consentimiento que damos al pecado; luego debemos apoyarnos en las medicinas para poder erguirnos. Por lo cual el Hijo de Dios, "que existía en forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de esclavo"¹², para que los hombres, recibiendo a Dios en forma de hombre y creyendo en él, aceptando la potestad, llegaran a ser hijos de Dios.¹³ No nos movemos¹⁴ localmente hacia aquel

9 Cf. Mt. 5,8.

10 San Agustín, *De la Trinidad* IV.18.24. BAC, T. V, pág. 370.

11 San Agustín, *De la verdadera religión* 24.45. BAC, T. IV, pág. 122.

12 Fil. 2,6-7.

13 Cf. Rom. 8,16; 9,29; Gál. 3,26; 1 Jn. 3,2.

14 San Agustín, *De la doctrina cristiana* I.10.10. BAC, T. XV, pág. 72.

que es omnipresente, sino que lo hacemos por un celo piadoso y con las buenas costumbres. Esto es cosa que no podríamos hacer¹⁵ si la misma Sabiduría no se dignara ayudarnos en nuestra gran enfermedad, dándonos en un hombre un modelo de vida, ya que también nosotros somos hombres. Cuando nos acercamos a la Sabiduría, nos hacemos sabios; cuando ella se nos acerca, es reputada loca por los hombres soberbios. Cuando nos aproximamos a ella, sanamos; cuando ella se nos aproxima, diríamos que se debilita. Pero "lo necio de Dios es más sabio que los hombres y la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres."¹⁶ Dios cura¹⁷ las almas de mil modos por la oportunidad de los tiempos que él ordena con admirable sabiduría. Así, nadie ha aportado al género humano mayor ayuda que la misma Sabiduría de Dios, es decir, el Hijo único, consustancial al Padre y coeterno, que se dignó asumir al hombre en su totalidad¹⁸ cuando "el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros."¹⁹ Él mostró a los hombres carnales²⁰, que no podían percibir con sus mentes la verdad y estaban absorbidos por los sentimientos corporales, cuál es el lugar excelso que la naturaleza humana tiene entre las creaturas. No se nos presentó sólo de forma visible, sino también como hombre real; pues podría haber aparecido a nuestra mirada solamente adoptando un cuerpo etéreo, y asumió, sin embargo, la naturaleza que debía libertar, y, para que ningún sexo se sintiera tenido en menos por su Creador, se hizo hombre naciendo de una mujer.

12. Nada hizo por medio de la violencia²¹, siempre obró persuadiendo y exhortando. La vieja servidumbre²² había pasado, amanecía el tiempo de la nueva libertad y el hombre

15 San Agustín, *De la doctrina cristiana* I.11.11. BAC, T. XV, págs. 72-75.

16 1 Cor. 1,25.

17 San Agustín, *De la verdadera religión* 16.30. BAC, T. IV, pág. 102.

18 Va a repetir lo mismo en el pfo. 81.

19 Jn. 1,14.

20 Ver pfo. 81.

21 San Agustín, *De la verdadera religión* 16.31. BAC, T. IV, pág. 102.

22 Idem.

se encontraba ya oportuna y saludablemente persuadido de con qué libre arbitrio había sido creado. Por sus milagros, el Hijo obtuvo la fe en Dios, que él era; por su pasión, la mereció para el hombre cuya carne asumió. Los hombres codician perniciosamente las riquezas que procuran los placeres; él, en cambio, quiso ser pobre. Ellos ansían honores y dominio; él rehusó ser rey. Ellos consideran un gran bien los hijos según la carne y él desdeñó tal unión y posteridad. Ellos, soberbios, se espantan de las afrentas; él las soportó en mil formas. Ellos juzgan intolerables las injurias y ¿qué mayor injuria existe que ser condenado siendo un justo inocente? Ellos aborrecen los dolores físicos; él fue flagelado y crucificado. Ellos temen la muerte; él a muerte fue condenado. Ellos la tienen por ignominiosa si es en cruz; él fue crucificado.

Todo lo que apetecemos y torna mala nuestra vida, él lo despreció desposeyéndose de ello. Todo lo que deseamos evitar desviándonos del empeño en la piedad, sufriendolo él lo ha sobrellevado. Ningún pecado puede ser cometido a menos de desear lo que él ha menospreciado o de rehuir lo que él ha soportado; toda su vida sobre la tierra en la carne que se dignó asumir, fue una disciplina moral. Creer sin temor todo esto y pensar según la fe, a fin de amar a aquel en quien creemos y verlo según la fe, ¿qué otra cosa es, sino la purificación del corazón para poder contemplar lo que está prometido a los de corazón puro? ²³

13. La divina Providencia ²⁴ no sólo vela sobre cada uno de los hombres privadamente, sino también sobre todo el género humano, como un solo pueblo. Lo que se obra por cada uno, Dios lo sabe, ya que es quien obra, como también lo saben aquellos por quienes obra. Pero lo que obra por el género humano, él ha querido confiarlo a la historia ²⁵ y a los profetas, y a ambos debemos creer. Por lo cual, cada uno de

23 Cf. Mt. 5,8.

24 San Agustín, *De la verdadera religión* 25.46. BAC, T. IV, pág. 122.

25 San Agustín, *De la doctrina cristiana* II.8.13. BAC, T. XV, págs. 124-127.

los fieles y todo el que individualmente ha recibido de Dios, y también ha recibido como parte del género humano, debe abandonar su espíritu confiadamente a Dios. La fe en las cosas temporales, visibles o invisibles ²⁶, tiene más valor por lo que se acepta creyendo que por lo que acepta comprendiendo. Si no se cree en lo dicho, no hay absolutamente ninguna razón que pueda persuadirnos. Lo esencial ²⁷ de la religión que debemos abrazar se encuentra en la historia y en la profecía, desde el momento que ellas relatan lo que la divina Providencia ha realizado en el tiempo en orden a la salvación del género humano que debía ser reformado y reparado para la vida eterna. Cuando creamos, nuestro estilo de vida, establecido según los divinos preceptos y conforme a los ejemplos divinos, purificará nuestro espíritu: lo hará capaz de percibir las realidades espirituales que no son ni pretéritas ni futuras, sino inmutables, no sujetas a variación ninguna; estamos hablando del único y solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

14. La fe es el único testigo ²⁸ de los acontecimientos que se han presentado visibles en el tiempo. No esperamos verlos, creemos que han tenido lugar y se han cumplido. Así, no esperamos para el futuro el hecho de que Cristo murió por nuestros pecados y resucitó ²⁹, simplemente amamos lo que se ha realizado. Lo que aún no se ha dado, pero se dará, lo creemos de tal manera que esperamos verlo y al mismo tiempo lo amamos. Así, la resurrección de nuestros cuerpos espiritualizados ³⁰ aún no la podemos ver en modo alguno. Lo que se da, sin pasado ni futuro, permanece eternamente; en parte es invisible, como lo son la sabiduría y la justicia, y en parte visible, como lo es el ya inmortal Cuerpo de Cristo. Pero las cosas invisibles ³¹ son percibidas por la inteligencia y así las vemos del modo que a ellas conviene; y cuando así las vemos son para nosotros más ciertas que las realidades asidas por los

26 San Agustín, *De la verdadera religión* 25.46. BAC, T. IV, pág. 124.

27 San Agustín, *De la verdadera religión* 7.13. BAC, T. IV, pág. 84.

28 San Agustín, *Carta* 120.2. BAC, T. VIII, págs. 890-894.

29 Cf. 1 Ped. 3,18; 1 Cor. 15,3-4.

30 Cf. 1 Cor. 15,40 y 44.

31 Cf. Rom. 1,20.

sentidos corporales. Les llamamos invisibles porque los ojos carnales de ningún modo las pueden ver. En cuanto a las cosas visibles que permanecen, pueden, si nos las dan a ver, ser percibidas aun por los ojos corporales, como se mostró el Señor a sus discípulos después de su resurrección³² y al Apóstol Pablo³³ después de la ascensión, y de igual manera al diácono Esteban.³⁴

15. Por consiguiente, creemos en las realidades visibles que permanecen, de tal modo que, aun si no se nos muestran, esperamos verlas algún día. No intentamos aprehenderlas por medio de la razón o de la inteligencia; sin embargo, comprendemos que es visible con mayor precisión por medio de lo invisible y lo imaginamos por medio de este pensamiento tal como se presenta; pero, frecuentemente, las cosas visibles son muy diferentes de lo que suponemos. Así, la justicia y la sabiduría, y todo lo que pertenece a este orden, las percibimos sin imaginárnoslas; estas realidades invisibles, aprehendidas por medio del espíritu y de la razón, las concebimos sin ninguna forma ni masa corporal, sin la figura y lineamientos de nuestros miembros, sin límite local ni espacio definido.³⁵

Del mismo modo consideramos la luz por la que distinguimos todas las realidades, es decir, la visión de la razón eterna. En ella se manifiesta suficientemente lo que creemos sin conocerlo, y lo poseemos como si lo conociéramos; la forma que registramos por los sentidos corporales; la que imaginamos por el pensamiento; todo lo que atañe a los sentidos corporales; lo que el alma se representa semejante a los cuerpos; lo que la inteligencia contempla de cierto y de enteramente desemejante en todos los cuerpos. Esta luz, en la cual se distinguen todas las cosas, no se expande por todas partes como la clari-

32 Cf. Mt. 26,16-20; Lc. 24,40; Jn. 20,20.

33 Cf. Hech. 9,3-5; 1 Cor. 15,8.

34 Cf. Hech. 7,55.

35 Estos últimos conceptos, con algún otro de esta página, están tomados de San Agustín, *La Ciudad de Dios* XII.13.1-2. BAC, T. XVI, págs. 681-683. Santo Tomás de Aquino discute la cuestión del espacio infinito en su comentario *In octo libros Physicorum Aristotelis expositio* III.VII. Marietti, págs. 167-172.

dad del sol y de todas las luces corpóreas en un espacio delimitado; ella esclarece nuestro espíritu con blancura invisible. Brilla de modo invisible e inefable y, sin embargo, inteligible. Es tan cierta que nos hace aparecer como verdadero todo lo que vemos gracias a ella.³⁶

16. Distinguiamos tres clases de cosas: las cosas corpóreas, como este cielo y esta tierra, y todo lo que nuestros sentidos corporales en esas cosas discernen y tocan; luego, las realidades que tienen semejanza con los cuerpos, como aquellas de las cuales nos formamos una imagen al aprehenderlas espiritualmente y que se nos manifiestan como corpóreas cuando las evocamos o se nos presentan. De esto vienen también las visiones que se introducen en el sueño o en ciertos éxtasis del alma, con apariencia de dimensiones localizables. Y el tercer género de cosas, distinto de los anteriores en cuanto estas realidades son incorpóreas y no tienen ninguna semejanza con los cuerpos: tal la sabiduría, percibida y asida por el intelecto y a cuya luz juzgamos con verdad todas las cosas.

17. ¿En cuál de estos tres géneros de realidades situamos al Dios Trino que queremos conocer? ¿En una de ellas o en ninguna? Si en una, seguramente será en aquella que saca ventaja a las otras dos, es decir, la de la sabiduría. Si el don de la sabiduría reside en nosotros y si es menor que la sabiduría de Dios³⁷, soberana e inmutable, pienso que no debemos juzgar al dador como inferior a su don. Si tenemos un poco de esplendor, al que llamamos nuestra sabiduría, todo lo que en espejo y enigma podemos conocer de ella³⁸ conviene que lo distingamos de todos los cuerpos y de todo lo que tiene apariencia corpórea.

18. Si la Trinidad no debe ser ubicada en ninguna de estas tres categorías y si es invisible, de modo que no la puede ver ni siquiera nuestro espíritu, mucho menos debemos for-

36 Cf. San Agustín, *Del Génesis a la letra* XII.24.50. BAC, T. XV, págs. 1240-1241.

37 Cf. 1 Cor. 2,7.

38 1 Cor. 13,12.

marnos un juicio de ella, tal que la creamos semejante a las cosas corporales o a las imágenes de las cosas corporales. Pues no podemos decir que las supera en belleza o en magnitud, sino que su naturaleza es disímil y dispar. Escapa a la comparación con los bienes de nuestra alma, cuales la justicia, la sabiduría, la caridad, etcétera. No les atribuimos masa corpórea ni, con el pensamiento, les adjudicamos formas corporales, sino que, cuando concebimos estos bienes de nuestra alma con toda rectitud, los percibimos en la luz de la mente sin ningún cuerpo o semejanza corpórea. ¡Cuánto más escapa la Trinidad a toda comparación con una cantidad o cualidad!

No obstante, ella no se aleja con horror de nuestra inteligencia; es testigo de ello el Apóstol cuando dice: "Las cosas invisibles son percibidas por la inteligencia a través de lo creado; eternamente permanecen su potencia y divinidad."³⁹ Aunque nos apliquemos⁴⁰ con esfuerzo a alcanzar el conocimiento de la Trinidad por medio de lo que cae bajo los sentidos corporales o de lo que somos en cuanto a nuestro hombre interior⁴¹; es insuficiente. Sin embargo, la piedad fiel no arde imprudentemente por las realidades divinas e inefables que nos sobrepasan, sino que se inflama por la gracia y el deseo de su Creador y Redentor y no por la arrogante confianza en sus propias fuerzas. Advierta el hombre que nada hay de mejor en su naturaleza que su intelecto, por el cual anhela aprehender a Dios, y considere si logra ver, en su intelecto, los contornos de las formas, los resplandecientes colores, la extensión espacial, la distinción de partes, la dimensión de la masa, los movimientos que oscilan de uno a otro lugar, o cualquier otra cosa de este género. En verdad, no encontramos nada parecido a esto en nuestra naturaleza, en nuestra inteligencia, que es lo que tenemos de mejor y que nos permite asir la sabiduría en la medida de nuestra capacidad. Lo que no encontramos en lo mejor de nosotros, de manera alguna debemos admitirlo en la idea que nos formamos de lo que

39 Rom. 1,20.

40 San Agustín, *De la Trinidad* V.1.2. BAC, T. V, pág. 394.

41 Cf. Rom. 7,22; Ef. 3,16. Ver nota 42 del capítulo I.

es incomparablemente mejor que lo que hay de mejor en nosotros mismos.

19. Tanta es la fuerza⁴² de la costumbre^{*}, que el alma humana guarda siempre consigo aquello en que pensó largo tiempo con dilección y a lo que la ligan los lazos de su solicitud, sea que ella entre en su interior, sea que se eleve hacia lo que la sobrepasa, es decir, la naturaleza de Dios. Y porque el alma no puede introducir en su interior, que es como la región de la incorporeidad, a los cuerpos que ha amado por medio de los sentidos corporales y a los que está ligada por los lazos de una prolongada familiaridad, hace entrar en sí misma sus imágenes. Piensa apenada que ella misma o la naturaleza de Dios son otra cosa que aquello sin lo cual⁴³ no podría pensar.

20. Esta es la maldición, Señor Dios, con que maldijiste la tierra en la obra de Adán y de sus hijos; éstos, después de haberla trabajado, no percibieron sus frutos, sino que germinó para ellos espinas y abrojos a fin de que comieran el pan con el sudor de sus frentes.⁴⁴ Y ¿qué hicieron tus pequeños, hijos del hombre —que no son tanto habitantes de la tierra⁴⁵ cuando hombres celestes^{**}, venidos de lo alto, hombres de tu

42 San Agustín, *De la Trinidad* X.5.7. BAC, T. V, pág. 588.

^{**} Es un antiguo mito el que recoge ahora Guillermo de san Agustín, *ris* y traducir de ese modo: "Tanta es la fuerza del amor..." [N. de Robert Thomas.]

43 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* X.8.11. BAC, T. V, pág. 594.

44 Cf. Gén. 3,14-19.

45 Cf. San Agustín, *De la verdadera religión* 26.48. BAC, T. IV, pág. 126; 24.49. BAC, pág. 128.

^{**} Es un antiguo mito el que recoge ahora Guillermo de san Agustín. Aquí lo encontramos cristianizado. Hesíodo lo expresaba al decir que "los dioses y los mortales tienen un mismo origen" (*Los trabajos y los días*, 108). De todos modos, con Mircea Eliade (cf. *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, I, pág. 270), es interesante destacar que esta concepción —que no es bíblica, aunque los autores (de tradición yahvista) del Génesis (6, 1-4) se hayan sentido en la necesidad de salir a su encuentro— está, en la mentalidad griega y en muchas otras familias religiosas, conectada más directamente a la caída, al fin de la "edad de oro", que al "origen" divino de los hombres. (N. del E.)

derecha que te elegiste ⁴⁶—, qué hicieron tus pequeños que ya poseen las primicias del espíritu y aguardan la redención de sus cuerpos? ⁴⁷

Gimen interiormente. Hace tiempo que fueron liberados del pecado, pero todavía no de la pena del pecado. Y, a partir de la pena del primer pecador, llorando van sembrando su simiente. ⁴⁸ Aunque se alimentan de tu mesa ⁴⁹, reciben de tu mano el pan cotidiano sólo después de derramar su sudor mezclado con llanto y luego de una compunción llena de espinas. Tu pan vivo ⁵⁰ y vivificante es la memoria de tu abundante suavidad ⁵¹, la gracia de tu visita y una cierta visión de ti, el gozo con el conocimiento de tu amor y de tu bondad. Mientras el mundo se alegra, permites que ellos lloren y giman ⁵², prometiéndoles a éstos la consolación y a aquéllos la desolación; quieres que ellos anden famélicos y sedientos, pero les prometes eterna saciedad. ⁵³ Impones dilación para que se esfuercen en el amor, pero, en cambio, les concedes en alguna medida tu visita y tu visión para consolarlos de la demora. Y, cuando, por la gracia que previene ⁵⁴, encuentras una voluntad y una intención puras, en la hora de tu visita, por la fuerza de tu presencia y la abundancia de tu gracia, perfeccionas la pureza del alma fiel y, según su capacidad, la pureza merece la visión, pero, como lo dice el Apóstol, “sólo en parte” ⁵⁵, como por espejo y en enigma. ⁵⁶ Por mucho tiempo que peregrinen hacia ti, su Señor Dios ⁵⁷, en modo alguno tendrán la facultad de verte, si no es en

46 Cf. Sal. 79,18.

47 Rom. 8,23.

48 Cf. Sal. 125,6.

49 Cf. Sal. 22,5.

50 Cf. Jn. 6,51.

51 Cf. Sal. 144,7.

52 Cf. Jn. 16,20.

53 Cf. Mt. 5,6.

54 Cf. *Diálogo con Dios*, XII Meditación, 10, P.C. 2, pág. 212. Este es un ejemplo típico del gran énfasis que Guillermo pone sobre el rol de la gracia en la vida cristiana.

55 1 Cor. 13,9.

56 1 Cor. 13,12.

57 Cf. 2 Cor. 5,6.

parte, en la medida de su capacidad, aunque tienden a verte perfectamente, cara a cara ⁵⁸ y tal cual eres ⁵⁹, lo que el Señor atestigua a Moisés que sólo se dará después de pasar por la muerte, pues, dijo, “no podrá verme el hombre y continuar viviendo.” ⁶⁰

21. ¿Qué cosa es la concupiscencia de la carne que naturalmente se inserta en nosotros, sino el cuerpo de pecado que llevamos? De él quería ser librado el que con tantas ansias y lágrimas decía: “Infeliz de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios, por nuestro Señor Jesucristo.” ⁶¹ El que esto decía en modo alguno deseaba morir corporalmente por no poder soportar la vida, sino que anhelaba ser librado de las concupiscencias de la carne, todavía vivas en él, cosa que ninguna persona podía llevar a cabo, pues sólo lo puede la gracia de Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, al derramar su gracia en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. ⁶² En verdad, es el Espíritu de Vida ⁶³ quien nos libera de la ley del pecado y de la muerte ⁶⁴, como dice el Apóstol. Es decir, de las concupiscencias de la carne, que son como las basuras del ojo interior del hombre; ellas impiden ver lo que sólo un corazón puro puede ver y alejan de la vida eterna, de que dijo el Señor: “En esto consiste la Vida eterna: en que te conozcan a ti, Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado.” ⁶⁵

Para que el ojo interior, hecho para la visión de Dios, pueda verlo en el más allá, debe purificarse aquí, donde se da incoada la visión que allá será perfecta. Comienza por una vida santa y por el ejercicio de la divina contemplación. El amor merece la visión porque se cree, se espera y se ama lo

58 Cf. 1 Cor. 13,12.

59 Cf. 1 Jn. 3,2.

60 Ex. 33,20.

61 Rom. 7,24-25.

62 Cf. Rom. 5,5.

63 Cf. Rom. 8,2.

64 Idem.

65 Cf. Mt. 5,8.

66 Jn. 17,3.

que no se ha visto; luego la visión será perfecta. Entonces, ella alimentará al amor. Toda la virtud consistirá en amar lo poseído y toda la beatitud en poseer lo amado. Por eso decía el que había llegado a ser capaz de esto —y dicen los que hoy lo alcanzan—: “Deseo disolverme y estar con Cristo, lo cual es mejor.” “Tales son los que andan por la fe” y, si bien son perfectos caminantes”, no han llegado todavía a la meta. Son perfectos por cuanto olvidan lo que quedó atrás para tender hacia adelante⁷⁰; son caminantes por cuanto todavía marchan.

67 Fil. 1,23.

68 Cf. 2 Cor. 5,7.

69 Son términos usados por san Gregorio Magno, *Homilías sobre los Evangelios* I.14.6. BAC, pág. 592.

70 Cf. Fil. 3,13.

CAPITULO III

ELEVACIÓN Y CONFESIÓN PERSONAL DE UNO QUE BUSCA.
DIFICULTAD DE LOS DOCTORES Y SIMPLICIDAD DEL ESPÍRITU.
PROFESIÓN DE FE TRINITARIA. ENCENDIDAMENTE SUPLICA LA REFORMA DE SU ALMA. CUESTIONES SUPERFLUAS. LA TRINIDAD EN LA ESCRITURA. NÚMERO Y NOMBRE. LA FE DE LA IGLESIA FRENTE A LAS HEREJÍAS CRISTOLÓGICAS Y TRINITARIAS. POBREZA DEL LENGUAJE. LA AUTORIDAD DE LA PALABRA DIVINA. EL MODO COMÚN DE HABLAR Y LOS MISTERIOS DE LA FE. PERSONA: DEFINICIONES FILOSÓFICAS.

22. **S** EÑOR, Dios de mi corazón y mi herencia eterna,¹ término de todo mi deseo y deseo de todas mis intenciones, estoy entre estos hombres, aunque lejano, inferior y extraño a ellos, desde hace mucho tiempo, porque marché hacia ti por la senda de la fe², para vivir rectamente y adquirir la disciplina de la purificación del corazón con el fin de ver y contemplar; en esto envejecí...³, y aún no he comenzado.*

1 Sal. 72,26.

2 Cf. 2 Cor. 5,7.

3 *El Enigma de la Fe* fue escrito entre 1140 y 1144. Si es que ubicamos el nacimiento de Guillermo hacia el año 1070 y su muerte a la edad de setenta y ocho años, en 1148, cuando escribe *El Enigma* ya tiene sus buenos años. También sus achaques. Cf. Robert Thomas, P.C. I, págs. 13, 14 y 17.

* Guillermo traza de sí, en estas pocas líneas, un retrato admirablemente preciso. Señalemos los tres adjetivos, “lejano, inferior, extra-

Frecuentemente medito sobre nuestra común fe en ti, sin la cual, Señor, Dios nuestro, es imposible agradarte⁴ y a la que constituiste como la salvación de todos. Por eso debe ser común a todos, a pequeños y grandes, en la Iglesia de Dios.

¿Por qué⁵, cuando se consulta a los santos doctores, su ciencia aparece envuelta en tantas cuestiones perplejas, oscurecida por tantas disputas sobre enigmas, que poquísimos hombres pueden aprehenderla en su pureza? Al preguntarme esto, me ha parecido bien volver a aquella felicísima y áurea simplicidad evangélica de los primeros tiempos y al estilo mismo de tu Espíritu Santo, gracias al cual, por el ministerio de los que pudieron prever que tu Unigénito Hijo y Salvador nuestro vendría en carne o merecieron verlo cuando vino, por ellos, la ley del Espíritu de Vida⁶ comenzó a inscribirse sobre las tablas carnales del corazón de los creyentes.⁷

23. A partir de estos textos, encuentro que todo es sencillo y reconozco lo que es común a todos, a sabios y simples, ya que en ello se ejercitan los fuertes y los débiles no se espantan. Me viene a la memoria aquella reprobación del Profeta al pueblo judío que despreció las propias aguas de Siloé, que manan en silencio⁷, y se fue por los caminos de Egipto a

no" a sus hermanos. Ello no nos habla solamente de su humildad, muy atestiguada, sino también de su complexión temperamental: un hombre muy avanzado por el camino de la fe, quizá proclive a la melancolía, bajo cuya actitud comienza a adivinarse la silueta de la psicología de acento individualista del hombre "moderno" que las matrices medievales ya van gestando. (N. del E.)

4 Cf. Sal. 114,9.

5 Otro rasgo de la personalidad escogida de Guillermo se nos revela en este párrafo. ¿No ha renunciado él, siendo Abad benedictino, la excesiva complejidad de un medio crecientemente intelectualizado para abrazar la sencillez —que no excluye la profundidad— de los nuevos ideales cistercienses? Recordemos que entre éstos descuellan el deseo de volver a la simplicidad de la primitiva comunidad de los discípulos, para la práctica plena de la "vida apostólica". (N. del E.)

6 Rom. 8,2.

7 2 Cor. 3,3.

7 Cf. Is. 8,6.

beber las aguas turbias de los ríos de aquel país.⁸ Como lo deplora otro Profeta, no podemos comprar nuestra agua con dinero ni dar la mano a Egipto o a los asirios para saciarnos de pan⁹, porque todo lo recibimos gratuitamente.

La autoridad divina, a la que es delito contradecir, nos dice: "Cree tan sólo y serás salvo."¹⁰ Y [aquello otro]: "Todo es posible al que cree."¹¹ Señor, Dios nuestro, habiendo oído a la Verdad¹² que dijo: "Id, bautizad a todas las gentes en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"¹³, inmediatamente creímos en ti, Padre, y en el Hijo y en el Espíritu Santo.

La Verdad no diría tales cosas si vosotros [las personas de la Trinidad] no fueseis lo que sois. Señor Dios, no nos mandaríais bautizar en Nombre de aquel que no fuera el Señor Dios. Ni podría realizarse en "el" Nombre, sino en "los" Nombres, si Padre, Hijo y Espíritu Santo no fuerais un solo Dios. La voz divina no habría dicho: "Escucha, Israel: el Señor Dios tuyo es un Dios"¹⁴, si no fuerais un solo Dios, vosotros, que sois Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y si tú, Dios Padre, fueras tu mismo Hijo, tu Verbo, el Cristo; o si fueses el Espíritu Santo, que es tu mismo don y el de tu Hijo, no podríamos leer en las palabras de la Verdad: "Envío Dios a su Hijo."¹⁵ Ni tú, Unigénito, dirías respecto del Espíritu Santo que procede del Padre y de ti, como está escrito: "El que el Padre enviará en mi Nombre."¹⁶ Y [asimismo]: "El que yo os enviaré de parte del Padre."¹⁷

El Padre no es su mismo Hijo, ni éste es el Espíritu Santo. A esta regla de fe se dirigen todas mis intenciones.

8 Cf. Jer. 2,18.

9 Lam. 5,6.

10 Cf. Lc. 8,50.

11 Cf. Mc. 9,22.

12 San Agustín, *De la Trinidad* XV.26.51. BAC, T. V, págs. 940-942.

13 Mt. 28,19.

14 Dt. 6,4.

15 Cf. Jn. 3,17; Gál. 4,4.

16 Jn. 14,26.

17 Jn. 15,26.

Señor, buscaré tu rostro cuanto pueda y cuanto tú me hagas capaz. Señor, siempre escudriñaré tu rostro.¹⁸ Señor Dios mío, mi sola esperanza¹⁹, ¡escúchame!, no sea que por el cansancio ya no quiera buscarte; ¡que ardientemente te busque siempre!²⁰ Dame tesón al rastrearte, ya que me diste el deseo de hacerlo, y cuando no pueda más, acrecienta el deseo que me diste. ¡Que siempre te recuerde, te conozca y te ame²¹ con ardor! ¡Oh Dios-Trinidad!, refórmame hasta llegar a esa plenitud que tú sabes y para la cual me creaste conforme a tu imagen²², para que así te recuerde fielmente y sobriamente piense en ti y verdaderamente te ame sobre todas las cosas.

24. Hasta aquí poseo todo lo que he buscado respecto a mi Señor Dios, sin el tormento de las cuestiones, sin las insidias de los sofismas y sin el estrépito de las disputas. Lo encontrado es esto: que él es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta es mi fe con respecto a Dios²³, porque tal es la fe católica. Creo lo que leo u oigo porque el que se ha llamado a sí mismo la Verdad, me ha prescrito que las crea. Dijo: “El que creyere será bautizado, el que no creyere se condenará.”²⁴ ¿... Y a quién creer, sino a la Verdad?²⁵

Tal es nuestro Señor Jesucristo, y no es cristiano el que no le crea o no crea en él. Yo confieso que soy cristiano; creo a aquel en quien yo creo y creo a las Escrituras por las que confío alcanzar la Vida. Este es el fundamento que dispuso la Sabiduría, que el Verbo de Dios promulgó y que los Apóstoles echaron como sabios arquitectos. Todo el que

18 Cf. Sal. 26,8.

19 Cf. Sal. 141,6; Sal. 70,5.

20 Cf. 1 Cr. 16,11.

21 Memoria, inteligencia y amor: estas son las facultades que, para muchos de los Padres de la Iglesia, reproducen la imagen de Dios en el alma.

22 Cf. Gén. 1,26-27; Col. 3,10.

23 Cf. pfo. 35, en este capítulo. Parece que la fuente de inspiración de Guillermo aquí es San Agustín, *De la Trinidad* I.7.14. BAC, T. V, pág. 140.

24 Mc. 16,16.

25 Cf. *El Espejo de la fe*, 24, P.C. 8, págs. 34-35: “Lo mejor para el espíritu es confiar y remitirse enteramente a la autoridad divina.”

quiera edificar sobre estos cimientos, vea lo que construye, porque del fundamento ya está seguro.²⁶ El cimiento permanecerá²⁷, lo que sobre él se levante será probado por el fuego. Con respecto a la composición de las bases, el que las compuso las custodiará.

25. Porque, ¿qué necesidad tengo yo de indagar? ¿De buscar lo que no puede ser conocido en esta vida? Por ejemplo, ¿para qué voy a hacer averiguaciones sobre cómo la Trinidad es la Unidad o cómo Tres son Uno, cuando el Señor y los Apóstoles, y antes que ellos los profetas, tal enseñaron de Dios nuestro Señor y ninguna otra cosa añadieron?

Si el que es Verbo y Sabiduría de Dios hubiera querido que lo conociéramos en esta vida, nadie mejor que él mismo lo habría podido enseñar por sí o por sus Apóstoles en este mundo. Porque nuestros santos padres, nuestros doctores de la Iglesia, después de los Apóstoles, nada habrían dicho de más si su misión no les hubiera permitido hacerlo, esto lo afirmo con certeza. En la misma medida que pudieron, no quisieron añadir nada. Recorramos toda la serie de las Escrituras canónicas²⁸, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento: a propósito del nombre de la Trinidad nunca se lee “Trinidad-Dios”. Del mismo modo no encontraremos jamás que Dios sea Tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, a no ser en la Epístola de San Juan donde se lee: “Son Tres los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos Tres son Uno.”²⁹ Y aun esto mismo no lo encontramos en la traducción antigua.*

26. Sólo me estoy refiriendo al Nombre y al número, no al pensamiento o al concepto de Trinidad. Como ya lo hemos dicho: toda la Escritura clama³⁰ que el Padre, el Hijo y el

26 Cf. 1 Cor. 3,10-11.

27 Cf. 2 Tim. 2,19.

28 San Agustín, *De la Trinidad* I.7.14. BAC, T. V, pág. 152.

29 1 Jn. 5,7-8.

* Así lo han transmitido varias versiones de la Vulgata (aunque ya no la Neo-Vulgata). El griego habla, libre de la glosa que advierte honestamente Guillermo, del “Espíritu, el agua y la sangre”. (*N. del E.*)

30 San Agustín, *De la Trinidad* VII.3.6 y VI.3.4. BAC, T. V, págs. 474 y 438.

Espíritu Santo son un solo Dios. Pero en ninguna parte se habla de Tres Personas en la divinidad, ni en ninguna parte se mencionan sus relaciones³¹, en ninguna parte aparece la famosa palabra *omousyon* —término de consustancialidad³²— ni se habla de “simple sustancia”, ni siquiera en ninguna parte algo parecido.

Cuando las herejías comenzaron a surgir en la Iglesia, contra la novedad de palabras e ideas, se comienza a reencontrar en materia de fe estos términos o expresiones, sin cambiar el sentido antiguo o falsear las Escrituras canónicas. Así, todos los fieles adoptaron estos términos acordándoles la misma autoridad y el mismo respeto que ellos daban, desde antiguo, a los de Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a otros nombres primitivos con que se designan las mismas realidades que también expresan los nuevos nombres.

Con respecto a los nombres que se dan a Dios o a cualquier palabra con que se habla de él, es más importante atender a aquello que se designa por el signo que al signo mismo.

Había llegado el tiempo de cibar la fe católica, a fin de purificarla, de probarla para afinarla.³³ También la naturaleza inefable del sumo Bien³⁴ consintió con más complacencia a descender a términos humanos para socorrer a la piedad orientada hacia Dios, sin abajarse hasta la estrechez [*ad angustias*] de la razón humana. Estas palabras sirven a la razón común como instrumentos³⁵ para hablar de las realida-

31 Esta es una de las diez categorías del ser. Estas categorías o predicamentos pueden encontrarse en Boecio, *De la Trinidad* 4, PL 64. 1252: “Diez son las categorías que universalmente se predicán de todas las cosas, es decir, sustancia, cualidad, cantidad, relación, lugar, tiempo, posesión o capacidad, situación o postura, acción y pasión.” Aristóteles fue el primero en hablar de las categorías del pensamiento humano.

32 La teología, dice Robert Thomas, discierne cuatro relaciones o *ad* en Dios. El Padre está *ad* el Hijo y el Hijo *ad* el Padre. El Padre y el Hijo, como único principio, *ad* el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo *ad* el Padre y el Hijo.

33 Cf. 1 Cor. 11,19.

34 Cf. *El Espejo de la fe*, IX, 95, P.C. 8, pág. 82.

35 Cf. pfo. 43, pág. 146.

des corrientes; cuando se las usa para la causa de la fe, sólo sirven de tropiezo si no se las adapta fielmente a la razón de fe.³⁶ Con ser grande el Señor y su Sabiduría incontable³⁷, no rehusó el nombre numérico de Trinidad, tratándose de lo que simplemente se predicaba como Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; ni renegó de la denominación nueva, *omousyon*, empleada para designar aquello por lo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. Con la primera expresión, Trinidad, se predica lo que cada Persona es; con el término *omousyon*, lo que son juntas, la unicidad de Dios.

36 Esta frase se encuentra unas veintidós veces en este tratado. La “razón de fe” es una expresión conciliatoria de la tensión entre fe y razón. La frase expresa una visión de la fe y la razón, que subordina razón a fe, pero no en una forma anti-intelectualista o represiva. No se rechaza la razón, tampoco hay ninguna insinuación de “fe ciega”. Lo que se quiere significar, es una razón que investiga y escudriña el contenido de la fe, pero con ciertas limitaciones impuestas por la verdadera naturaleza del contenido de esa fe: el Misterio (cf. *El Enigma de la Fe*, párrafo 41 b, P.C. 8, página 144). Esta razón como Guillermo dice en *El Espejo de la Fe*, no es la razón como la usa el hombre en cualquier otra ocasión humana: “Aunque su fe se opone a lo que sugieren la razón y las costumbres de los hombres” (cf. *El Espejo de la fe*, pfo. 21, P.C. 8, pág. 32). La “razón de fe” está informada por la fe: fe que provee su forma, metodología y contenido. La fe, dice Guillermo, conforma una razón acorde consigo (cf. *El Enigma*, 41 b, P.C. 8, pág. 144). La “razón de fe” proporciona un camino para pensar y hablar de Dios, que posee sus propios conceptos y terminología inteligible sólo cuando es visto desde la fe (cf. *El Enigma de la fe*, párrafo 41 b, P.C. 8, página 144). La contribución de Guillermo con relación a la “razón de fe” logra el pleno y maduro uso de este concepto en *El Enigma*. La frase es de Rom. 12,6: “Pero, teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámolo en la medida de nuestra fe” (*secundum rationem fidei*). Existen, también, ejemplos del uso de la “razón de fe”, independientes de Rom. 12,6, similares al uso de esta frase por Guillermo. Así ocurre en Hilario de Poitiers, Gregorio Magno, Anselmo de Cantóbery y San Bernardo. En estos autores, como en las obras del mismo Guillermo, excepto *El Enigma de la Fe*, la “razón de fe” aparece impensadamente: sin un uso o desarrollo sistemático. Sólo en *El Enigma* se emplea el concepto en su significado propio y es la expresión predominante de la reconciliación de la fe y la razón. Esta es, tal vez, la mayor contribución de Guillermo en *El Enigma* al desarrollo de la especulación teológica. (Cf. John D. Anderson, o.c., págs 33-37.)

37 Cf. Sal. 146,5.

27. Antes que Sabelio surgiera en la Iglesia predicando ser la misma Persona el Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo que el Padre y el Hijo, antes que él surgiera, decíamos la enseñanza de la fe sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no necesitaba del término Trinidad, el cual, una vez aceptado para la causa de la fe, motivó que se comenzara a hablar de Tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a buscar quiénes eran estos Tres. No se había encontrado hasta entonces la respuesta conveniente según el modo de ser que se daba en la realidad. Pues cuando decimos "tres personas", ya se trata de otra cuestión de la cual hablaremos luego.

Igualmente, hasta que no se levantó Arrio preconizando la no igualdad y la desemejanza, haciendo el conato de introducirnos una turba de dioses, la razón de fe ignoraba la palabra *omousyon*, aunque no le era desconocido su contenido, que desde sus orígenes venía predicando. Ciertamente, los fieles de aquel tiempo no podían ignorar lo que había dicho el Señor: "Yo y el Padre somos uno."³⁸ Esto y no otra cosa es la *omousyon*.

28. Se trata —como lo hemos expresado— de una nueva denominación, necesaria en esa época para la enseñanza de la fe, pero no es nuevo lo que expresa. La palabra Trinidad fue admitida para la causa de la fe contra Sabelio, del mismo modo que *omousyon*, que destaca la consustancialidad, surgió en la contienda contra Arrio. Así, el número, si se puede hablar de número, fue inventado y aplicado a la naturaleza que creó todas las cosas, y aun el peso, la medida y el número³⁹, según los cuales dispuso todo lo que creó.

Ahora bien, ¿qué es el número o cómo es? No aumenta ni disminuye⁴⁰, no separa ni unifica⁴¹, no es distinto ni confuso. No es como en una trinidad de hombres en que los hombres son tres, pues entonces juzgaríamos que son tres dioses y así los contaríamos. En esta Trinidad, los que son Tres son

38 Jn. 10,30.

39 Cf. Sab. 11,21.

40 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* V.4.5. BAC, T. V, págs. 398-401.

41 Cf. Símbolo "Quicumque", *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, 1963, (Denz.) n. 39, pág. 13.

Uno. Dos no constituyen una parte mayor que Uno y los Tres no tienen nada más grande que lo que cada Uno tiene, ya que su grandeza es espiritual y no corporal. Estos Tres, lo mismo que a causa de la perfección de cada Uno, no son partes de un solo Dios, ni pueden ser juzgados o pensados como tres dioses perfectos o imperfectos.

¿De dónde, entonces, el número? Es un número y no lo es. Pues allí hay algo inefable que las palabras no pueden explicar. Cuando dices: Padre, Hijo y Espíritu Santo, parece que cuentas tres. Pero allí no hay número; porque si indagas qué tres, el número no sirve. Comienzas a pensar, comienzas a contar. Enumeras, pero no puedes decir lo que enumeras. Cada Uno es Dios. ¿Entonces son tres dioses? ¡De ningún modo! Cada Uno es omnipotente. Entonces, ¿hay tres omnipotentes? ⁴² ¡No! No son tres dioses, ni tres omnipotentes, ni tres sabidurías⁴³, ni tres sabios, ni tres grandes, ni tres magnitudes, pues estos términos se predicán sustancialmente de Dios, y tal es la plenitud suma de la sustancia en el Padre⁴⁴, el Hijo y el Espíritu Santo, que todo lo que se dice de cada Uno, singularmente se lo apropian, y no como resultado de una suma. Me explico. Decimos: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo⁴⁵, pero no podemos hacer una suma que dé por resultado tres dioses, pues sólo hay Uno.

29. Esta es la regla general para todo: no solamente lo que se predica sustancialmente de Dios, sino también todo lo que expresa relaciones con la creatura, es decir, Creador, Señor y lo demás.

En las cosas residen como accidentes la grandeza, la bondad, etc., pero no sucede lo mismo en Dios. Cuando lo predicamos de Dios⁴⁶, tenemos que comprender, en la medida que podamos, que él es bueno sin cualidad, grande sin cantidad, creador sin estar constreñido a crear, presente sin estar situa-

42 Idem.

43 San Agustín, *De la Trinidad* VII.3.6. BAC, T. V, pág. 474.

44 San Agustín, *De la Trinidad* V.8.9. BAC, T. V, pág. 410.

45 Cf. "Quicumque". Denzinger, n. 39, pág. 13.

46 San Agustín, *De la Trinidad* V.1.2. BAC, T. V, pág. 394.

do; que todo lo contiene sin capacidad⁴⁷; que está enteramente en todas partes sin circunscribirse a ningún lugar; que es eterno sin estar en el tiempo; que hace todo lo que sufre mutación sin cambiar él, que es impasible. Cuando uno busca, a propósito del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo que son estos Tres, no lo que son en particular, sino lo que son, no podemos decir que son tres buenos o tres grandes u otra cosa por el estilo, y menos todavía afirmar que son tres dioses, según la regla precedente⁴⁸, tocante a las denominaciones sustanciales que conciernen a Dios.

30. Pero la debilidad humana insiste, infectada como está por la costumbre de moverse con números y de contar las cosas numerables, y declara: todo lo que es designado como relativo⁴⁹ a cualquier cosa, existe también en sí mismo, además de la relación que se le atribuye con cualquier cosa. Por ejemplo: he aquí tres hombres, el padre, el hijo y uno de sus amigos. Por lo que son en sí mismos, afirmamos que son tres hombres. Por lo que son en cuanto a su relación con los otros, que ellos son padre, hijo y amigo. Si dejaran de ser lo que son en sí mismos, cesarían de ser lo que son en relación con los demás. Entonces, se trata de tres seres o tres personas consideradas en sí mismas, a las que llamamos Padre, Hijo y Espíritu Santo en sus relaciones mutuas. ¿Qué son estos Tres? ¿Qué son estas tres cosas?⁵⁰

Si no se da respuesta⁵¹, Sabelio ha ganado la causa, aquella por la que se lo llamó hereje. Pero la suma grandeza de Dios sobrepasa⁵² toda posibilidad de lenguaje corriente. Si examinamos la cosa en su realidad, sin duda alguna el Padre existe, el Hijo existe y el Espíritu Santo existe. El Hijo no es el Padre, ni el Espíritu Santo es el Padre o el Hijo. Son Tres. ¿Tres esencias? ¡No! Pues está la regla⁵³ que dimos más

arriba sobre los nombres divinos: el Padre es esencia, el Hijo es esencia y el Espíritu Santo es esencia, pero no son tres esencias, sino una sola. Entonces, ¿respecto a qué son Tres? Desfallece la palabra humana. Refugiémonos en la Palabra del Verbo: los judíos le preguntaron al Señor acerca de sí mismo y de su Padre: “¿Dónde está tu Padre?”⁵⁴ Como si dijeran: Dicen que sois dos, tú y tu Padre. A ti te vemos, ¿dónde está tu Padre? Y el Señor respondió: “Yo y el Padre somos uno.”⁵⁵ Como si dijera⁵⁶: *Somos*, porque el Padre y yo somos dos; *uno*, porque soy un solo Dios con mi Padre.

31. Del mismo modo que el Señor al ser interrogado declara que él y el Padre son Uno, nosotros, habiendo recibido su enseñanza sobre la Trinidad que es Dios, responderemos a quien nos pregunte qué son estas tres realidades, estos tres seres: son Uno. Si insiste y nos pregunta: ¿un qué? Le diremos: un Dios. Si es hombre creyente, no insistirá hasta el punto de demandar qué es Dios, porque no hay más que un Dios: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre y el Hijo⁵⁷ no “es” uno, como dice Sabelio, sino que “son” uno, como dice el Señor.

Si el Espíritu Santo no fuese también Dios [como lo expresa el término] *omousyon*, es decir, de la misma sustancia que el Padre y el Hijo, jamás habría dicho el Señor: “El Espíritu Santo es Dios.”⁵⁸ Ni [tampoco]: “Si por el Espíritu Santo arrojo a los demonios...”⁵⁹ Y [no habría afirmado]: “El Señor y su Espíritu me han enviado.”⁶⁰ Todas las Escrituras están acordes en esto: que el Espíritu Santo es un solo Dios con el Padre y el Hijo. Tal es la única cosa, o lo único, que David pidió al Señor y buscó contemplar cuando dijo: “Una cosa pido al Señor y esa buscaré.”⁶¹ Esta unidad no es unidad

54 Jn. 8,10.

55 Jn. 10,30.

56 San Agustín, *De la Trinidad* VII.6.12. BAC, T. V, pág. 492.

57 San Agustín, *De la Trinidad* V.9.10. BAC, T. V, pág. 412.

58 Jn. 4,24.

59 Lc. 11,20.

60 Is. 48,16.

61 Sal. 26,4.

47 Capacidad o posesión es una de las diez categorías del ser. Cf. nota 31 de este capítulo.

48 Cf. P.C. 8, pág. 131, pfo. 28.

49 Otra de las diez categorías del ser. Cf. nota 31.

50 San Agustín, *De la Trinidad* VII.4.7. BAC, T. V, pág. 474.

51 San Agustín, *De la Trinidad* VII.4.9. BAC, T. V, pág. 480.

52 San Agustín, *De la Trinidad* VII.4.7. BAC, T. V, pág. 474.

53 Cf. P.C. 8, ídem.

numérica, sino de naturaleza, el ser entero en sí mismo⁶², que no tiene partes, sino que en todo lo que existe o posee tiene una integridad total... si se puede emplear los vocablos "todo", "total", "integridad", para aplicarlos a lo que no tiene parte alguna. En todos los lugares de la Escritura en que se afirma que muchos son uno y no se añade qué uno —como por el contrario consta cuando leemos: "Un solo corazón y una sola alma"⁶³—, queda significada la misma naturaleza sin disimilitud ni disensión.

De este modo, las cosas que son así, son una. Pero, de veras, ninguna cosa es de este modo tres, sino tan sólo en la Trinidad que es Dios. Si tres hombres tienen una misma naturaleza, una misma voluntad y consenso, estos hombres ciertamente serán siempre tres hombres y si en algo están de acuerdo, en mucho están en desacuerdo. Pero, en la Trinidad que es Dios, los que son Tres son realmente Uno, sin ser tres dioses, sino un solo Dios, con una sola naturaleza y una misma esencia. Predicar una sola esencia llevará a concluir unidad perfecta.

Entonces, cuando se pregunta respecto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, si son tres, ¿qué son estos tres? Nada mejor y más concorde con la verdad que responder, partiendo de la autoridad del Señor y conforme a la razón de fe: estos Tres son Uno.

32. Sin embargo, por causa de la necesidad⁶⁴ de la discusión o de las dificultades de tratar o dialogar, los Padres⁶⁵ han preferido emplear un nombre plural, excepto en las denominaciones de relación. Para responder con una sola Palabra a la pregunta: ¿qué son estos Tres?, dijeron: Tres Personas, pero sin querer implicar ninguna masa, ningún intervalo, ninguna diferencia motivada por la menor semejanza, ninguna distinción susceptible de separación o de confusión entre las Personas. Que no se piense que se trata de una parte o de un todo⁶⁶, que la Trinidad sea algo más

62 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* III.2.8. BAC, T. V, pág. 274.

63 Hech. 4,32.

64 San Agustín, *De la Trinidad* VII.4.9. BAC, T. V, pág. 480.

65 Idem, pág. 494.

66 Idem, pág. 454.

grande que una Persona y que una Persona sea menos que la Trinidad entera. Aunque⁶⁷ es cierto que parecen limitarse la una a la otra, sin embargo, como la fe permite captar, es preciso comprender que estos Tres, a los que se llamó Tres Personas, son en sí mismos infinitos. Cada uno está en sí y en todos. Todos están en todos y todos son uno. Como nos hemos esforzado en describir casi inefablemente⁶⁸ esta realidad inefable sirviéndonos de las interpretaciones y de las palabras de los santos padres, así, la inteligencia humana se ha esforzado⁶⁹, por medio del lenguaje, en hacerla accesible a la comprensión de los hombres, en la medida en que ella misma la poseía en el santuario de su espíritu y según su capacidad. En lo que concierne al Señor, su Dios, sea por su fe respetuosa, sea por alguna inteligencia, la piedad católica ha temido⁷⁰ predicar tres esencias para que no se supusiese alguna diversidad en esta suma igualdad.

Las Escrituras⁷¹ nos hacen conocer esta verdad con gran certeza y es necesario que creamos en ellas piadosamente. El espíritu está atento a este aspecto: aquel que es el Padre existe, el Hijo existe y el Espíritu Santo existe. El que es el Hijo no es el mismo que el Padre, y el que es Hijo o Padre no es el Espíritu Santo.

33. Sin embargo, como la piedad católica no se atreve a decir "tres esencias" y busca lo que puede decir sin obstáculos, afirma: Tres Personas.⁷² Por estas palabras, no se ha querido entender la diversidad, aunque se haya rehusado la singularidad, para evitar que se piense en Dios como en un ser absolutamente singular. No sea que nos adhiramos solamente a la unidad cuando decimos "Tres Personas". Y, si bien no se ha expresado la realidad tal como es, tampoco se la ha callado

67 Idem.

68 Idem, pág. 130.

69 Idem, pág. 480.

70 Guillermo ha añadido "la piedad católica" a este pasaje tomado de San Agustín. Tal vez lo haya tomado de "Quicumque"; cf. Denzinger, nº 39, pág. 13.

71 San Agustín, *De la Trinidad* VII.4.9. BAC, T. V, pág. 480.

72 Idem, pág. 412.

enteramente ante la pregunta: ¿qué cosa son estos Tres?, o ¿qué son estos Tres? Algo hemos respondido conforme al modo común de hablar.

Gracias a estas palabras, "Tres Personas", los fieles tienen mayor facilidad y expresión más compendiosa para hablar del Inefable, ya sea con el fin de responder a sus enemigos, para sus búsquedas más profundas de Dios o para dialogar con sus amigos. La afirmación de la fe recibe una expresión verbal correcta, al mismo tiempo que [estos términos] se constituyen en instrumento apto para la exposición o la disputa.

34. [A juicio de los lógicos, el concepto filosófico de] persona⁷⁴ se puede definir de dos modos diversos: o bien como sustancia individual de naturaleza racional⁷⁵, o bien como aquello cuyo conocimiento resulta cierto, debido a la forma que le es propia. La primera definición, que presenta el término "sustancia", por el cual se expresa, no es un concepto ambiguo y corre la misma suerte que los predicados atribuidos a Dios sustancialmente y con relación a él. Cuando se dice "Dios Padre"⁷⁶, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo", no se quiere indicar tres dioses, sino un solo Dios. Del mismo modo, si de Dios se quiere predicar el nombre de Persona, decimos "Dios Padre"⁷⁶, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo", no del Espíritu Santo; pero en suma (según esta definición) una sola Persona. Según esta definición no está permitido decir "Tres Personas", como no lo está decir "tres dioses". De acuerdo a la segunda definición, si se pregunta qué son estos tres, responderemos: Tres Personas, ya que de cada una de ellas, cuando se dice la Persona del Padre, la Persona del Hijo o la Persona del Espíritu Santo, se presenta un claro conocimiento; existe una cierta facultad para responder al interrogante: ¿qué son estos Tres? Porque responderé-

73 Guillermo usa la misma expresión en la *Carta de Oro*. Edit. Studium, Madrid, 1968, n. 131, pág. 124. También en *Diálogo con Dios*, XII Meditación, 12, P.C. 2, pág. 213.

74 Boecio, *Libro sobre la persona y de las dos naturalezas*. PL 64.1343 CD. Esta era la definición de "persona" usada por toda la Edad Media.

75 Cf. "Quicumque", Denzinger, n. 39, pág. 13.

mos diciendo: Tres Personas, con la ayuda de una denominación común, como se dice tres hombres a tres personas, como si hubiera tres relaciones propias para designar a la Persona del Padre, a la del Hijo y a la del Espíritu Santo. Así como lo propio del Padre es engendrar, lo propio del Hijo ser engendrado y lo propio del Espíritu Santo proceder de ambos, todas estas propiedades no hacen suponer ninguna separación de naturaleza, sino distinción de Personas. Todo esto a propósito de "Persona", término que fue tomado por los Padres para la causa de la razón de fe. A la Iglesia de Dios no le pareció injusto que tuviesen gran autoridad para la ordenación del dogma de la fe los Santos Padres que por la fe habían sufrido grandes fatigas, llegando hasta la efusión de su sangre y la mortificación de sus cuerpos.

35. Creo y confieso un solo Dios en Tres Personas. Tres Personas⁷⁷ expresadas como distintas por sus propiedades. No sólo confieso adherir a las denominaciones, sino también a las propiedades de las mismas, es decir, las Personas o, como dicen los griegos, las *hypóstases*, o, lo que es lo mismo, las subsistencias. El Padre no excluye jamás la Persona del Hijo, ni ésta la del Espíritu Santo. El Hijo o el Espíritu Santo nunca se atribuyen el nombre o la Persona del Padre. El Padre es siempre el Padre; el Hijo, siempre el Hijo y el Espíritu Santo siempre es el Espíritu Santo. Así, son Uno en cuanto a la sustancia, pero son distintos por sus Personas o nombres. Esta es mi fe⁷⁷, porque es la fe católica respecto a Dios nuestro Señor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por esta comprensión, en la medida que en semejante materia podemos comprender algo, tendemos al conocimiento de la divinidad en cuanto se puede conocer. Por esto, respecto a lo que se debe creer, hay que evitar toda falta de fe que conduciría a la duda, y en lo que se debe comprender, habrá de esquivarse toda definición temeraria; luego, cuando se manifiesta la verdad, hay que adherir a ella fiel y ardientemente.

76 Pseudo-Jerónimo, *Ep. 16 o Libelo de Pelagio*, PL 48.489 BC.

77 Cf. nota 23 de este capítulo.

CAPITULO IV

EL PROGRESO DE LA FE QUE BUSCA A DIOS. EL CONOCIMIENTO DE
 DIÓS: LO POSIBLE Y LO NECESARIO. LA FE Y SUS EXPRESIONES.
 LOS NOMBRES DE DIOS. HUMILDE RECONOCIMIENTO DE LOS
 LÍMITES DEL LENGUAJE HUMANO: EL HOMENAJE DEL SILENCIO.

36. **L**A fe que progresa debe elevarse hasta Dios y su conocimiento por tres escalones de inteligencia.

El primer escalón consiste en buscar con cuidado lo que es necesario creer respecto al Señor Dios.

El segundo, en buscar la rectitud de pensamiento y lenguaje [necesaria] para aquello que debemos creer con rectitud.

El tercer escalón es la experiencia de las cosas y reside en el hecho de tener hacia Dios los sentimientos de bien, como lo han saboreado los que buscaron diligentemente en la simplicidad de sus corazones.

El primer escalón es tan fácil para el que sube como lo es creer para el que quiere hacerlo, pero cuando esto así le ha sido dado. Como lo expresó el Apóstol: "La fe no ha sido dada a todos."¹ El segundo escalón es tanto más difícil cuanto está más alejado de la naturaleza de las cosas. Es propio de aquellos que, como dice el Apóstol, "tienen los sentidos ejercitados para el discernimiento del bien y del mal, debido a la

costumbre"², aunque varios curiosos pretenden estar en él. El tercer escalón es propio de los perfectos que se adhieren con amor al Señor su Dios, con todo su corazón, con toda su alma y con todo su espíritu³; éstos poseen las primicias y las arras del Espíritu, porque son hijos de Dios.⁴

37. El primer escalón se establece por la autoridad, es el de la fe, tiene la forma de la fe⁵, constituido por testimonios probables de una autoridad probada. El segundo es el de la razón, no de la razón humana, sino de la que es propia de la fe. Posee la forma de palabras sin corrupción⁶ desde el punto de vista de la fe, en todo conforme a la autoridad divina. Le compete no sólo pensar en Dios y hablar racionalmente, según la razón de fe⁷, sino también conocer cómo nace la fe donde antes no se la encuentra, cómo se nutrida y afianzada donde se da y de qué modo puede ser defendida contra sus enemigos. El tercer escalón es ya el de la gracia iluminante y beatificante.⁸ Corona la fe, mejor, la beatifica, trasformándola en amor, y la hace pasar de la fe a la visión, porque inicia un conocimiento⁹ que no es ya el de la fe, el cual comienza en la tierra con la fe en el fiel. Es aquella visión de la que el Apóstol dice: "Ahora conozco en parte. Entonces conoceré como soy conocido."¹⁰ Es aquella visión que la caridad perfecta¹¹ inicia en esta vida para perfeccionarla en la vida futura. Más aún, este conocimiento del tiempo presente pertenece a la fe o, mejor, es la fe misma por la que Dios es conocido como se lo puede conocer por la fe, y es conocido en la medida que se cree en él. Comienza en el primer escalón de inteligencia, se acrecienta en el segundo y se perfecciona en el tercero en una especie de muerte, al pasar

² Heb. 5,14.

³ Cf. Mt. 22,37; Mc. 12,30; Lc. 10,27.

⁴ Cf. Rom. 8,23; 2 Cor. 1,22.

⁵ Cf. *Comentario al Cantar de los Cantares*, 18, P.C. 6, pág. 35.

⁶ Cf. 2 Tim. 1,13.

⁷ Rom. 12,6. Ver nota 36 del capítulo III (pág. 129).

⁸ Cf. nota 54 del capítulo II.

⁹ Cf. 2 Cor. 5,7.

¹⁰ 1 Cor. 13,12.

¹¹ San Agustín, *De la Trinidad* IX.1.1. BAC, T. V, pág. 538.

¹ 2 Tes. 3,2.

de la fe del que cree y espera, al conocimiento y gozo del que posee y alcanza la fruición, comienza a poseerla y a gozarla.

38. Estos dos conocimientos difieren tanto el uno del otro cuanto difiere lo que Dios es en sí mismo de lo que el hombre, pensando o hablando, puede conocer de él. Verdaderamente, más fácil¹² es para el hombre pensar en Dios que hablar de él; lo es aun para aquellos que menos lo conocen, y manifiestamente es diferente de lo que el hombre puede pensar o expresar sobre él.

El primer conocimiento que se tiene de Dios es saber, pensar y hablar razonablemente, conforme a la razón de fe. El hecho de que este conocimiento sea a menudo más accesible a muchos que no creen como convendría que creyeran, que a muchos fieles que creen rectamente¹³, pero no tienen discernimiento de lo que creen, da a comprender claramente que no es este el perfecto conocimiento de la verdad. A veces no se manifiesta a los que aman realmente la verdad y no se rehúsa a muchos de los que aman la vanidad. Es cierto que muchos de ellos saben una multitud de cosas respecto a Dios o se esfuerzan por saberlas, sea porque quieren solamente saber, acicateados por la curiosidad, sea que desean aparentar que saben o pasan por saber, buscando con afán su propia gloria y no la de Dios.

Tal es la ciencia que la noche revela a la noche respecto a Dios y según el salmista¹⁴, es decir, el hombre al hombre, la carne y la sangre a la carne y la sangre, acaso el infiel al infiel. Está muy lejos de la sabiduría y de la palabra que el día revela al día, es decir, el hombre espiritual al hombre espiritual, el Espíritu Santo al espíritu santo, no importa de quién, pero que él mismo profiere e insinúa, por inspiración

12 Idem, pág. 474.

13 Dos categorías: 1ª) los que no creen como convendría que creyeran, no viven como creen y, sin embargo, saben expresar con rectitud la fe; 2ª) los que creen con rectitud, viven su fe, pero no saben expresarla.

14 Cf. Sal. 18,3.

secreta, con cierto sentido de la divinidad y sabor de la suma sabiduría.

Sin embargo, como la ciencia es altamente necesaria para el ejercicio de la piedad, si después de haberla recibido por el esfuerzo de la piedad se la trata piadosamente, se hace apetecible para todos los hombres absolutamente, digna de todo empeño que se realice por abrazarla y no inútil para el progreso de la fe, cuando es dispensada sobriamente y según la razón de fe.¹⁵ Del mismo modo que es muy peligroso, en cosas que son de Dios, querer saber más allá de lo posible, así es laudable saber con sobriedad.¹⁶ Cualquiera que, de palabra o por escrito o con solo el pensamiento, juzgara con agresión a la suma, inmutable e inescrutable naturaleza, debería ser totalmente refrenado y disuadido de tan exorbitante y vana presunción. Pero en lo que respecta a escrutar las verdades puestas a disposición del hombre o que no es permitido al hombre fiel el ignorarlas del todo, es necesario ayudar y exhortar a su espíritu y no apagarlo.

39. Así como no se considera pecado no conocer de Dios, nuestro Señor, lo que supera el hombre, así, el que, pudiéndolo conocer en parte, no se empeña en hacerlo o, si no pudiéndolo ahora, abandona todo esfuerzo por poder, no sólo es culpable a juicio del Señor por su ignorancia respecto a Dios, sino que además es condenado al castigo que merece. El que rehúsa obrar o conocer cuando puede hacerlo, no podrá cuando lo quiera. Si se da con curiosidad a esta búsqueda despreocupándose de Dios mismo, será afligido en el presente y arrojado, en el futuro, a esas tinieblas exteriores, sean lo que sean, de que habla el Evangelio.¹⁷

Por lo cual, habiendo entrado en la senda de la busca de Dios, no la dejemos, no la abandonemos. Es fiel el que prometió: "Buscad y encontraréis."¹⁸ Dice el Apóstol: "Corred de modo que alcancéis el premio"¹⁹, y de sí mismo: "Herma-

15 Cf. Rom. 12,6.

16 Rom. 12,3.

17 Cf. Mt. 22,13; 25,30.

18 Lc. 11,9.

19 1 Cor. 9,24.

nos, dijo, no pienso que yo mismo lo haya alcanzado; una cosa hago empero: olvido lo que dejo atrás y, lanzándome a lo que me queda por delante, puestos los ojos en la meta, sigo corriendo hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús.”²⁰ Y agrega: “Cuántos somos, pues, perfectos, tengamos estos sentimientos.”²¹ ¿Cómo? Mientras caminamos lejos del Señor marchando en la fe²², nos constituimos en peregrinos²³, no en gente ya instalada. La perfección de esta vida consiste en ser viajero animoso en la marcha de la fe. Haber llegado²⁴ es la perfección de la otra.

Avancemos, entonces, piadosa y humildemente por el camino que andamos, venerando las huellas de los padres que nos han precedido. Y en el ínterin²⁵, constituido por este primer conocimiento de Dios que se da en la fe, examinando los enigmas, invoquemos al mismo que hizo de las tinieblas su refugio²⁶, no con el fin de que no lo veamos, sino para que con diligencia lo busquemos²⁷ y, al encontrarlo, sea más dulcemente amado por aquel que con mayor diligencia lo buscó. Busquemos, pues, y obremos, ayudados y enseñados por él mismo, para que ahora lo conozcamos por la fe²⁸, en la medida que él lo dé, y después, por obra de su misma gracia, pasemos de la fe a la visión.

40. En el conocimiento divino que se funda sobre esa fe por la que Dios es conocido, los primeros rudimentos son los nombres divinos que sirven a los hombres para nombrar a Dios y constituyen la forma congrua y recta de expresión en el orden de la fe.

20 Fil. 3,13-14.

21 Fil. 3,14-15.

22 Cf. 2 Cor. 5,6-7.

23 Cf. nota 69 del capítulo II.

24 Cf. San Gregorio Magno, *Homilias sobre los Evangelios* I.14.6. BAC, pág. 592.

25 Cf. *Diálogo con Dios*, III Meditación, 9, P.C. 2, pág. 105-106.

26 Sal. 17,12.

27 Cf. *Carta de Oro* 192. Studium, Madrid, 1968, pág. 155.

28 Cf. 2 Cor. 5,7.

Etimológicamente hablando, “nombre” viene de “noticia”.²⁹ Para proceder gradualmente, como antes³⁰ lo hemos expuesto brevemente, conforme al orden que conviene para progresar hacia Dios, es necesario, primero, saber qué es lo que queremos conocer y que sólo puede designarse por un nombre; luego, qué es esa cosa en sí misma³¹, cómo es, para que la fe pueda captarla según su modo de ser. Gramaticalmente, los primeros elementos se unen en sílabas y las sílabas en palabras. Estas palabras, agrupadas a gusto del que las reúne, ofrecen un sentido al que lee.

Del mismo modo, los nombres divinos que sirven a los hombres para designar a Dios se agrupan según la forma de las palabras exactas, desde el punto de vista y según la razón de fe³², y producen en los fieles una cierta inteligencia de la fe en lo que respecta a los misterios divinos. Por ello dijo el Apóstol Pablo a sus discípulos al darles las enseñanzas necesarias sobre la fe: “Toma como norma las saludables lecciones de fe y amor a Cristo Jesús que has escuchado de mí. Conserva lo que se te ha confiado.”³³ De aquí aprendimos a guardar el depósito de la fe³⁴ y a observar sus lecciones saludables.

41. Hay, pues, una norma [*forma*] de fe y formas de expresión rectas de esa fe.³⁵ La norma de fe respecto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo es, como dijimos³⁶, que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Espíritu Santo es Dios. Y, sin embargo, no hay tres dioses, sino un solo Dios. En cuanto a la forma de expresión recta de la fe, radica en el modo propio de hablar sobre Dios, como ya dijimos: viene de la autoridad de Cristo, el Señor, de los apóstoles y de los doctores apostólicos, y ha sido conservado por el uso antiguo de la

29 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* IX.10.15. BAC, T. V, págs. 562-565.

30 Cf. pfo. 36, P.C. 8, págs. 138-139.

31 Cf. Boecio, *De la Trinidad*. PL 64.1250 A.

32 Cf. 2 Tim. 1,13; Rom. 12,6.

33 2 Tim. 1,13-14.

34 2 Tim. 1,13.

35 Idem.

36 Cf. notas 41 y 45 del capítulo III.

piedad cristiana, en lo que concierne a los nombres divinos y a las afirmaciones contenidas en la confesión de fe respecto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Este modo de hablar de Dios³⁷ constituye una disciplina particular, fundada sobre las reglas y los términos de la fe, que enseña a hablar racionalmente de Dios conforme a la razón de fe³⁸ y prepara a los hombres para pensar y sentir de una manera inefable³⁹ a propósito de lo inefable. Decimos "conforme" a la razón de fe⁴⁰ porque este modo de hablar de Dios tiene palabras propias, ciertamente racionales, pero que no son inteligibles más que para la razón de fe⁴¹, no para la razón de la inteligencia humana. Lo que afirmamos ya⁴², que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Espíritu Santo es Dios, no habiendo sino un solo Dios y no tres dioses, es perfectamente comprensible para la razón de fe, pero en modo alguno lo es para la razón humana. En los asuntos de los hombres la razón humana organiza por adelantado su credo, pero en las cosas divinas la fe viene primero⁴³ y elabora más tarde una razón acorde consigo. Del mismo modo que la realidad existe⁴⁴, así la perfecta rectitud de la razón consiste en poseer una fe de la realidad tal como se da y adoptar a esta fe la forma de expresión.

Explayarse acerca de Dios e investigar a su respecto es cosa que agrada a los humildes y a los simples que buscan a Dios en la pobreza de espíritu⁴⁵ y no realizan su rastreo aguijoneados por la curiosidad, sino acicateados por la piedad. Estos gustan de hablar, no con palabras precipitadas y rebuscadas, sino con las mismas con que el Verbo de Dios se manifestó a sí mismo y manifestó su Padre y el Espíritu Santo al mundo. Este es el lenguaje con que los hombres de

37 2 Tim. 1,13.

38 Rom. 12,6.

39 Cf. pfo. 32, pág. 135.

40 Rom. 12,6.

41 Idem.

42 Cf. nota 36 del capítulo III, pág. 129.

43 Cf. San Agustín, *Epístola* 120. BAC, T. VIII, pág. 884.

44 Cf. nota 31.

45 Cf. Mt. 5,3.

Dios han propagado en la tierra la fe en la Trinidad. Odia las querellas, las animosidades, las novedades, las discusiones y las tormentas levantadas por cuestiones vanas. Es más por la experiencia como enseña a los creyentes y los forma para que lleguen, por el mérito⁴⁶ y la práctica de la fe, a la recompensa de la contemplación.

42. Aquellos nombres⁴⁷ que, dijimos, eran los primeros elementos del lenguaje, son los que han servido a Dios para revelarse a sí mismo al mundo, como los de Padre, Hijo y Espíritu Santo, o bien son aquellos por los que Dios se hizo nombrar de diferentes maneras por los hombres, según sus distintas consideraciones.

El hombre, creado a imagen de Dios, posee el apetito natural del conocimiento de Dios y de su propio origen. No hay alma humana dotada tan sólo de un poco de razón a quien la misma naturaleza le permita dudar de la existencia de Dios Creador de todas las cosas. Por tanto, la piedad y la curiosidad humanas buscan y aspiran siempre más, casi naturalmente, a tener cierto conocimiento de lo que él es. Así, captando lo invisible de Dios a través de lo creado⁴⁸, o por medio del sentido común de la razón, o por revelación del don de la gracia⁴⁹, cada uno de los modos con que el hombre ha considerado a Dios, lo llevó a designarlo por un nombre diferente, tal como poderoso, sabio, sabiduría, potente y otros nombres de este tipo, muy numerosos.

Aunque estos nombres suelen usarse también para designar a los hombres, ya que se los llama sabios o poderosos, sin embargo, a nadie se le llama sabiduría, potencia o algo semejante, porque nadie es sabio o poderoso a la manera de Dios. Para él, ser es lo mismo que ser sabio o poderoso.⁵⁰ Él mismo es su sabiduría y su poder. Así se debe entender la verdad, la caridad y los otros nombres de este género, los cuales pueden ser atribuidos a Dios sustancialmente.

46 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* I.8.17. BAC, T. V, pág. 160.

47 Cf. pfo. 40, págs. 142-143.

48 Cf. Rom. 1,20.

49 Cf. nota 54 del capítulo II.

50 San Agustín, *De la Trinidad* VII.1.2. BAC, T. V, pág. 464.

43. No existe, agreguemos, una acepción uniforme para los nombres divinos. Unos se predicán de Dios sustancialmente, otros en otro sentido. En las cosas sensibles todo lo que es se da en el sujeto o es el sujeto, es decir, se da como accidente o como sustancia. No así en Dios. Nada⁵¹ se le puede atribuir como accidente ni tampoco, siempre, como sustancia, pues se habla de él con relación a algo.

Al respecto, es de saber que son extrañas a la naturaleza de la fe atribuciones tales como sustancia, accidente, relación, género, especie y las demás. Estos son los instrumentos⁵² comunes y vulgares de la razón y de la técnica humana para distinguir las cosas comunes, pero son totalmente indignos de emplearse en las cosas divinas y extrañas a las palabras rectas en el orden de la fe.⁵³ Sin embargo, la razón de fe, como si se pusiera al nivel de la razón humana, no menosprecia ni rechaza lo que los hombres le aportan, pero los eleva hasta su propio nivel y adapta y conforma cada uno de esos elementos a sus normas. De este modo hace de la inteligencia su sierva.⁵⁴ De aquí que muchos nombres que en las cosas comunes designan accidentes, transferidos a Dios, al cual, según razón de fe, nada le conviene como accidente, se empleen sustancialmente. Por ejemplo, cuando decimos que Dios es grande sin cantidad o bueno sin cualidad, no comprendemos otra cosa sino que las realidades de este tipo, en tanto son accidentes, no encuentran lugar en Dios. Su existir en él se da de un modo totalmente privativo de Dios: son objeto de una atribución sustancial. Pero donde no hay accidentes tampoco hay sustancia. Sí, no existe sustancia que no lleve o no sea capaz de llevar accidentes. Con todo, la soberana simplicidad de la naturaleza divina no puede recibir ningún accidente; de lo contrario perdería su simplicidad. La naturaleza que es necesario llamar absolutamente simple⁵⁵, es

51 Idem, pág. 400.

52 Cf. P.C. 8, págs. 127-129, pfo. 26.

53 2 Tim. 1,13.

54 Cf. 2 Cor. 10,5.

55 Cf. P.C. 8, págs. 157-158, pfo. 54.

aquella a la que no le corresponde⁵⁶ tener algo que pueda perder, que pueda convertirse en sujeto de un cambio, ya sea por aparecer o desaparecer algo. Ella es inmutable al no darse distinción entre el sujeto que posee y lo poseído. Así, la naturaleza soberana es realmente simple, porque en ella la cualidad o la cantidad no son diferentes de la sustancia y no es lo que es —poderosa, sabia, bienaventurada— debido a la participación de otro.

Como se verá por lo que sigue, mejor es llamarla esencia que sustancia. Y, sin embargo, según nuestro modo de hablar, con más frecuencia abusamos del nombre de sustancia a propósito de Dios.

44. Este nombre puede emplearse, respecto a Dios, en otro sentido: como lo que subsiste por sí mismo o aquello que es el fundamento de cuanto existe en tanto que principio, causa y razón de subsistencia. Es del todo impropio decir que hay sustancia en Dios. Cuando se trata de Dios, no se lo debe tratar siempre como sustancia, pero en modo alguno como accidente. Aun si se señala una relación en él, por ejemplo, cuando se dice Padre en relación al Hijo, Hijo en relación al Padre, Espíritu Santo en relación al Padre y al Hijo, jamás se lo tomará como accidente. Pues nunca el Hijo entró en el eterno y sempiterno Padre para que fuera Padre, como si no hubiera sido alguna vez lo que siempre fue y es. En cuanto al Hijo, desde siempre es eterno y consustancial con el Padre, y el Espíritu Santo desde siempre es eterno y consustancial con el Padre y el Hijo.

45. No se puede comprender a Dios-Trinidad considerando el género y la especie. Teniendo sobre Dios opiniones erróneas, hubo quienes alguna vez lo pensaron así. Se empeñaron en establecer que las Tres Personas eran como tres especies de una sola esencia, mientras que la razón de fe declara, la verdad proclama, y es imposible refutarlas, que la esencia misma no es algo distinto de las Tres Personas y que las Tres Personas son la misma esencia.

56 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* V.4.16. BAC, T. V, pág. 400.

No se debe pensar a Dios-Trinidad según género ni especie. Ni tampoco conviene hacerlo según la relación, a menos que se lo haga según las normas de la fe.⁵⁷ No hay más relación en el Dios-Uno que en un hombre. Sin embargo, en la Trinidad existe la relación de Padre a Hijo, de Hijo a Padre, de Espíritu Santo a Padre e Hijo; esto constituye la Trinidad; aunque fuera de toda regla de relativos, una sustancia sostiene su verísima y sólida unidad.

Por tanto, tales términos sirven en las cosas de Dios y son útiles, si al emplearlos se los aplica razonablemente según la razón de fe.⁵⁸ Cuando se usa una palabra de éstas, es necesario considerar menos el término en sí cuanto lo que la razón de fe quiere decir. No sometemos a la razón la causa de nuestra fe, tampoco al juicio de los hombres, sino todo a ella. Que esas palabras sirvan allí donde se las necesite, pero que no se inmiscuyan más de lo debido. Se debe avanzar con simplicidad por un camino simple. Que hablen según el Evangelio los que hacen profesión de vivir conforme a él.

46. Prosiguiendo con los nombres divinos, consideremos cuidadosamente qué valor les acordamos, si común a los nombres comunes y singular a los singulares. Se designa como común a los que son atribuidos a Dios según la sustancia; así la potencia, la sabiduría, la caridad, Dios. Se considera como particular lo que se dice según una relación, como Padre, Hijo, Espíritu Santo. Al respecto, conviene⁵⁹ retener lo ya expresado⁶⁰: se predica sustancialmente todo lo que se refiere a la sublime y sobreeminente dignidad; por el contrario, se predica relativamente y no sustancialmente todo lo que se expresa en el orden de las relaciones. Tal es la propiedad subyacente⁶¹ al ser del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que todo lo que se dice de cada uno por referencia a él mismo, no debe ponerse en plural, sino en singular. Todos los nombres de este

género son llamados comunes. Se dice que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y sin embargo no hay tres dioses, sino un solo Dios. El Padre es grande, el Hijo es grande, el Espíritu Santo es grande; no obstante no hay tres grandes, sino un solo grande. Lo mismo respecto a potencia, sabiduría, caridad, verdad y todos los nombres divinos que sirven, como ya se ha dicho⁶², para designar la majestad divina, sustancialmente y respecto a ella misma. Cuando se usa uno de estos términos, nunca designa lo que la califica, sino lo que ella es.

La manera en que los nombres propios o particulares expresan la relación recíproca de unos a otros es evidente: Padre dice relación a Hijo; Hijo, a Padre; Padre e Hijo, a Espíritu Santo, y Espíritu Santo a Padre e Hijo. De esta manera, los nombres que se refieren a la divinidad misma son los de la suma esencia y los que consignan las relaciones mutuas de los Tres son los de la Trinidad. Cada uno a su modo enseña la unidad sin callar la Trinidad. Los unos, en lo que es común a los Tres, demuestran la Trinidad de Personas, pero en aquello en que los Tres son Uno siempre, demuestran la unidad consustancial. Los otros demuestran la verdad de la Trinidad en lo que es privativo de cada uno de los Tres, y en lo que les es común demuestran la unidad de la sustancia al expresar las relaciones mutuas y las propiedades particulares con referencia a esa unidad.

47. Ahora continuemos tratando sobre la esencia de Dios y sus nombres: nos referimos a lo que se llama esencial según esa misma esencia. Partamos⁶³ de lo que Dios mismo dijo a su servidor Moisés, que le preguntaba su nombre: "Soy el que soy", y también: "Dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros."⁶⁴ Así como se predica la sustancia⁶⁵ de aquello que subsiste, de lo que es, se predica la esencia. Afirmamos ya⁶⁶ que la palabra sustancia no

57 Rom. 12,3.

58 Cf. Rom. 12,6.

59 San Agustín, *De la Trinidad* V.8.9. BAC, T. V, pág. 408.

60 Cf. P.C. 8, págs. 130-131, pfo. 28.

61 Cf. ídem.

62 Cf. ídem.

63 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* VII.5.10. BAC, T. V, pág. 484.

64 Ex. 3,14.

65 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* VII.4.9. BAC, T. V, pág. 452.

66 Cf. P.C. 8, págs. 146-147, pfos. 43-44.

conviene a Dios, aunque la Escritura emplee con abuso este nombre. Es patente a todos que más verdadera y dignamente le conviene el nombre de esencia. Se puede decir que sola y verdaderamente es el que desde la eternidad es inmutable y por eso es el que es. Él siempre es lo que es y siempre es como es. No tiene poder para no ser lo que es, porque tampoco lo tiene para ser lo que no es. Lo que es no comenzó en un principio, no terminará en un fin, no se tornará temporal, no será contenido por un lugar, no variará con las edades. Nada le falta, porque todo es en él; nada le es superfluo, porque nada hay fuera de él. Por lo tanto, lo que naturalmente es, siempre pudo ser lo que es. Sólo de él, o casi sólo de él, se puede decir que es.

Conocemos con toda certeza⁶⁷, por medio de la Escritura, y piadosamente debemos darle fe, que él es Padre, Hijo y Espíritu Santo; que no es lo mismo ser Padre que Hijo, o Espíritu Santo que Padre o Hijo. Con el mismo cuidado⁶⁸ con que evitamos afirmar que hay tres dioses, evitamos decir que hay tres esencias. En la Trinidad no hay diferencia entre ser y ser Dios⁶⁹; es exactamente lo mismo.⁷⁰

48. Teniendo en cuenta la norma de las palabras rectas según la fe y la regla dada precedentemente⁷¹ por la razón de fe sobre los nombres esenciales de Dios, decimos que la esencia es el Padre, que la esencia es el Hijo y que la esencia es el Espíritu Santo, sin confesar por eso tres esencias, sino una sola. Todos estos nombres, que por la esencia se llaman esenciales, presentan cierta forma que evoca sus orígenes y lo que nombran.

Como en Dios son Tres y los Tres son Uno, así todos estos nombres son uno y uno son todos. Tanto se designa a Dios por uno solo de ellos como por todos y todos no lo designan mejor que uno solo. Del mismo modo, existe un solo nombre

67 Cf. P.C. 8, págs. 134-135, pfo. 32.

68 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* VII.6.11 y VII.4.9. BAC, T. V, páginas 486 y 482.

69 Ídem VII.1.1. BAC, T. V, pág. 458.

70 Cf. 2 Tim. 1,13.

71 Cf. P.C. 8, págs. 130-131, pfo. 28.

para todos los bienes que designan tan numerosos nombres, ya que uno equivale a todos y todos a uno. En la Trinidad, poder es querer⁷², ser sabio, conocer y todos los demás atributos que, como se ha dicho⁷³, son predicados de Dios esencialmente. Él no puede otra cosa que lo que quiere, que lo que sabe, que lo que conoce, él, que no conoce mutación, sino que es simplemente lo que es.

No debemos pensar que el sumo Bien⁷⁴ está compuesto de todos los bienes porque no es menos en cada uno que en todos, sino que es todo entero en cada uno y uno en todos; de lo contrario sería múltiple y no simple.

Todos estos atributos no sólo pertenecen a Dios-Uno en cuanto tal, sino que pertenecen a cada una de las Personas de la Trinidad. Lo mismo que todos estos bienes son uno en Dios, lo mismo ellos son en cada una de las Personas de la Trinidad.

49. A veces se designa al Padre como la potencia⁷⁵, al Hijo como la sabiduría y al Espíritu Santo como la bondad. Pero, cuando se emplean estos términos, el juicio católico debe subrayar con vigilancia y prudencia, entre lo que es común a las Tres Personas, el modo como a cada una se lo atribuye, de forma de entrelazar y ordenar el consenso de la divina cooperación, para que pueda captarlo la inteligencia humana. Igual que el obrar de las Tres Personas de la Trinidad es uno, así son todas las cosas en ella. Cuanto es en Dios, como una e idéntica operación debe ser comprendido, excepto cuando el término de la operación es la criatura. En efecto, del mismo modo que Dios no es poderoso de manera distinta a su ser sabio o bueno, así, considerado en sí mismo, no obra distintamente cuando revela su potencia, su sabiduría o su bondad; sin embargo, el efecto no dispar de esta operación aparece como dispar en las creaturas por ser ellas diferentes unas de otras.

72 Cf. P.C. 8, pág. 145, pfo. 42.

73 Cf. ídem.

74 Cf. P.C. 8, págs. 134-135, pfo. 32.

75 Cf. Hugo de San Víctor, *De los Sacramentos* I.2.6. PL 176.208 D.

Los nombres divinos de este género, según dijimos⁷⁶, convienen igualmente, por la unidad de naturaleza, a las Tres Personas de la Trinidad, pero algunos parecen aplicarse a una u otra de las Personas de la Trinidad más habitualmente y por un uso más frecuente, por ejemplo, los nombres que ya hemos indicado⁷⁷ (la potencia atribuida al Padre, la sabiduría atribuida al Hijo, la bondad atribuida al Espíritu Santo). Tales nombres se usan para discernir las Personas y distinguirlas, no para separarlas.

Si exceptuamos los nombres que marcan las relaciones y que, si bien designan al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en sus mutuas relaciones, son propios de cada uno, cualquiera de los nombres con que a una Persona divina se designe, de igual modo son nombradas todas, porque todos los nombres hallan ser uno en aquel a quien nombran.

50. Al Hijo no solamente se le da el nombre de sabiduría que es Dios, sino también el de sabiduría de Dios, y al Espíritu Santo el de bondad de Dios, lo que es necesario comprender sanamente según la razón de fe.⁷⁸

Ciertamente, el Hijo es la sabiduría del Padre, pero no la sabiduría⁷⁹ por la cual el Padre es sabio, ya que sólo gracias a sí mismo el Padre es sapientísimo y suma sabiduría. Antes bien, el Hijo es la sabiduría del Padre porque siendo sabiduría lo es gracias al Padre por quien él es todo lo que es. Es Hijo del Padre⁸⁰, sabiduría de la sabiduría, sabiduría que es una con la del Padre.

Si decimos⁸¹ que el Hijo es la sabiduría del Padre como si el Padre fuera sabio por ella, el Hijo no sería tanto el Hijo cuanto cualidad del Padre. Pero⁸² para Dios es lo mismo ser sabio que ser y la sabiduría del Padre es una sola esencia con el Padre. Si el Hijo fuera la sabiduría del Padre de tal manera

que el Padre no fuera sabio sino por la sabiduría que es el Hijo, el Hijo no sería tanto Hijo del Padre cuanto su esencia y, según Sabelio, lo que es el Padre sería el Hijo.

En cuanto a la bondad con que se designa al Espíritu Santo, es necesario comprenderla del mismo modo. Para evitar que estas afirmaciones de individualidad, que llevan a llamar potencia al Padre, sabiduría al Hijo y bondad al Espíritu Santo, den a entender que las Personas pueden darse separadamente, la razón de fe vela continuamente a fin de que los nombres empleados en particular para cada Persona puedan también ser dichos de las Tres. No sólo al Padre se designa como potencia, sino también al Hijo y al Espíritu Santo. No sólo del Hijo se predica la sabiduría, sino también del Padre y del Espíritu Santo. No sólo el Espíritu Santo es designado como bondad, sino también el Padre y el Hijo.

Cuando a propósito de la Providencia concerniente a las creaturas se predica la potencia del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad del Espíritu Santo, al atribuir la operación a la divinidad todopoderosa, sabia y bonísima, no se debe entender en dichos nombres de la divinidad otra cosa que la expresión de la cooperación⁸³ de la Trinidad.

51. Cuando, hablando de la Trinidad, la Sagrada Escritura atribuye⁸⁴ a cada Persona en sus acciones, sus palabras y sus nombres cualquier cosa que parece convenir a cada una, la fe católica no debe turbarse, sino aprehender, por la propiedad de la palabra empleada o de la obra designada, la sugerencia de la verdad de la Trinidad. Sin embargo, no divida el intelecto lo que percibe el oído.

Ciertos atributos son así expresados por la apelación de Padre, de Hijo y de Espíritu Santo, para que la confesión de los creyentes no yerre respecto de la Trinidad. Siendo inseparable de la Trinidad, nunca se la captará como Trinidad si sólo se predica de ella su inseparabilidad. Pero por fortuna la dificultad de expresarnos en que estamos, empuja al corazón para que entienda y, por medio de nuestra debilidad, la

83 Cf. San León Magno, *Sermones*, tomo III, SC 74.

84 Idem.

76 Cf. pág. 151.

77 Idem.

78 Rom. 12,6.

79 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* VII.1.2. BAC, T. V, pág. 464.

80 Idem.

81 Idem.

82 Cf. P.C. 8, pág. 145, pfo. 42.

doctrina divina nos ayuda para que la verdadera Unidad y la Trinidad verdadera puedan ser comprendidas por nuestra inteligencia, aunque la boca no sea capaz de confesarlas de modo similar. Sí, no podemos pensar la singularidad ni la diversidad en la Deidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Lo mismo podría afirmarse de los nombres esenciales de Dios. Acerca de éstos, lo que estamos exponiendo no significa nada; pues todo lo que puede decirse de Dios es realmente nada: lo inefable no puede ser explicado mediante palabras.

Las palabras fracasan, la inteligencia yace en sombras. Ahora bien, como se nos manda buscar siempre el rostro del Señor⁸⁵, y como lo que Dios ordena encierra una promesa, no hemos de desesperar; la inteligencia debe ser puesta en libertad y alentados cuanto se pueda los intentos de expresar estas cosas con palabras. Y cuando la habilidad de los hombres fracasa, la naturaleza divina debe ser honrada en silencio.

CAPITULO V

LOS NOMBRES DE DIOS; CONTINUACIÓN DE LO PRECEDENTE.

LAS PALABRAS HUMANAS Y SU APLICACIÓN A DIOS.

LA TRINIDAD ES EL ENIGMA DE LA FE.

52. **R**ECORDEMOS ahora que la majestad soberana que llamamos Dios es potencia, sabiduría y bondad, y posee todos los atributos por los cuales Dios es designado esencialmente y con relación a sí mismo. De idéntica forma, todos estos atributos pueden ser también relacionados con la creatura.

En efecto, Dios es en sí mismo el que es; con relación a la creatura, es el Dios de cuanto es, por el hecho de ser su Creador, el Jefe, el Señor de todo lo que no es él. El que tiene el poder de ser en sí mismo lo que es, no solamente es poderoso en todo lo que concierne a las creaturas, sino todopoderoso. Para él, conocerse¹ y saberse es ser. Para él, su ciencia y sabiduría no son otra realidad respecto a sí mismo que respecto a la creatura. El que en sí mismo es de tal modo bueno que se constituye en el bien esencial por el que es bueno todo lo que de alguna manera es bueno, es el sumo Bien para toda su creación y el ser tan supremamente bueno

85 Cf. Sal. 23,6.

1 Cf. P.C. 8, pág. 145, pfo. 42.

que nada se puede concebir mejor que él. Él es el bien de todo lo que en cualquier medida es bueno.

53. Este es el sentido que se debe dar a casi todos los nombres que designan a Dios esencialmente: se los emplea con referencia a la creatura y son los mismos que se aplican a Dios, pero no se los predica relativamente, como si recibiera de la creatura el nombre que se le da en relación con ella, sino por confrontación, dando a la creatura el ser tal que se le nombre respecto a ella.

De ahí que se llame grande a Dios respecto a la creatura, si con ella se lo compara. Él es grande en sí mismo sin ninguna comparación. Es justo, respecto a la creatura, al disponer todo según justicia, pero en sí mismo, de la misma manera que es justo que él exista, es justísimo. Y lo mismo ocurre con los otros nombres. En los nombres de este tipo, aunque uno comprenda los de Dios por referencia a la creatura, Dios es tal, ya lo afirmamos respecto a los nombres esenciales, que no es como si tomara su ser de sus partes, él, que no está aquí o allá en partes, singularmente. No está en parte porque no es en partes, sino que es lo que es, él, que lo es todo y a quien nada le pertenece como accidente, porque, no pidiendo nada prestado al exterior, esencialmente lo posee todo y nada tiene en sí mismo, sino lo que en sí mismo es.

Como todo lo que es en él no es una u otra cosa, sino que él es un solo ser simple, nada es en él ya de una, ya de otra forma, sino simplemente y de un solo modo, sin que haya modo en él.

54. Algunos de estos nombres, empleados a propósito de Dios, parecen presentar el aspecto de accidentes relativos; así cuando decimos, con relación a la creatura, Creador, Señor, principio.³ Pero es necesario no tomarlos nunca en ese sentido, porque es propio de todos los accidentes modificar el sujeto; ninguno de ellos puede tocar la sustancia inmutable. Sin embargo, es difícil de comprender que Dios sea eternamente el Creador o el Señor o el principio, cuando

2 Cf. Jn. 8,25.

la creatura de la que él es el Creador, Señor y principio no había sido aún creada. Los hombres se esfuerzan por hablar de alguna manera del Inefable y no lo pueden hacer sino por medio de palabras.⁴ Para expresar lo que es necesario decir, no encuentran términos más convenientes que esos nombres; allí donde ninguna palabra es apta, lo llaman Dios Creador, Señor y principio. Son vocablos claros y certísimos respecto a todo lo que Dios ha creado y de lo que es Señor y principio.

A veces es difícil comprender cómo el nombre de la creatura temporal, asociándose en el tiempo a lo que es eterno, no sea un accidente. Todo accidente, como se ha dicho⁵, cambia necesariamente al sujeto, sea al añadirle o al quitarle algo. Esto no conviene al Dios inmutable. Pero cuando estos nombres⁶ y otros semejantes son empleados para Dios, es menester predicarlos de la sustancia inmutable de tal manera que

⁵ Guillermo da vueltas y vueltas sobre la relación sorprendente que la fe histórica descubre entre el afán religioso de los hombres y la incapacidad de la palabra —el instrumento más acabado de la cultura— para hablar del Ser supremo. Nuestro autor se ubica aquí, y ello garantizaba la influencia de su pensamiento, en aquel plano sobre el que Dionisio Areopagita levantó el tratado *De los nombres divinos*; para decirlo con las mismas palabras de E. Gilson, “entre la afirmación irreflexiva del simple fiel [estadio que Guillermo considera necesario, más aún, moralmente obligatorio superar, para él y para los destinatarios de su obra] y el silencio trascendente del místico [al cual Guillermo se siente sin duda inclinado, pero del que emerge reclamado por su conciencia de pastor y padre]” (*La filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid 1976, pág. 78). Ahora bien, la permanencia en este plano, donde se producen siempre tensiones, puede ser fuente de dolor para el contemplativo. Nuestro autor lo sabe, lo padece, pero lo supera con el espíritu de Pablo, con quien descubre que en el fondo del más silencioso de los pozos alienta el amor —el agua serenísima es la que mejor refleja las estrellas inmutables—, que no retiene “ávidamente” su identificación con el Ser contemplado (cf. Flp. 2, 6) y asume la condición de los débiles. En una concepción excesivamente cerrada de la contemplación late siempre la confusión de este carisma con el filosofar clásico, de raíz aristocratizante, y con su busca de la *visión* de Dios en desmedro del *servicio* de Dios. Guillermo ha visto diáfananamente que el “plano” que ocupa es también un puente. (N. del E.)

³ Cf. P.C. 8, págs. 146-147, pfo. 43.

⁴ Cf. San Agustín, *De la Trinidad* V.16.17. BAC, T. V, pág. 428.

sean dichos en relación con la creatura. Somos nosotros los que sufrimos cambio cuando, después de haber sido malos, nos tornamos mejores. Así, cuando Dios comienza a ser nuestro Padre, él no cambia, pero nosotros somos regenerados y nos convertimos en hijos de Dios por la gracia que nos ha dado el poder de llegar a ser hijos de Dios.⁵ Y cuando nos tornamos hijos de Dios, nuestra sustancia cambia para bien, mientras que Dios comienza a ser nuestro Padre sin ningún cambio de su sustancia.

Cuando un justo⁶ comienza a hacerse amigo de Dios, cambia. Pero Dios está lejos de cambiar. No ama a nadie temporalmente, como por un nuevo amor que no hubiera estado antes en él. Nos ama desde antes de la creación del mundo⁷ y para él el pasado no ha cesado de ser y el porvenir ya se ha realizado. Cuando se dice⁸ que Dios da principio, en el orden temporal se dice lo que antes no se decía y es manifiesto que se dice relativamente, pero no a manera de un accidente de Dios, como si se le añadiese algo, sino como accidente de lo que comienza a decirse relativamente. Cuando las realidades divinas se mencionan de este modo, de ninguna manera se dicen del modo que les es propio, sino⁹ del modo que pueda comprenderlo el corazón humano.

55. Cuando nos referimos a Dios mediante palabras, el sentido de las mismas debe conformarse a la realidad, no la realidad a las palabras. Todo el razonamiento expresado por las palabras de la razón humana no debe ser otra cosa que una busca de la verdad. Allí donde se manifiesta la verdad, la razón deja de ser razón si no abandona su preocupación por las palabras para asentir a la verdad. Nada más verdadero, nada más evidente: ninguna creatura —ni lo que de ella puede proceder— puede sobrevenir como accidente al Dios inmutable. En Dios, Creador de todas las cosas, en quien está todo tiempo y todo lo temporal, residen la realidad y la vida.

5 Cf. Jn. 1,12.

6 San Agustín, *De la Trinidad*, V.16.17. BAC, T. V, pág. 428.

7 Cf. Jn. 17,24; Ef. 1,4.

8 San Agustín, *De la Trinidad* V.16.17. BAC, T. V, pág. 428.

9 Idem.

Todo lo que es futuro en relación a un tiempo dado, ya está en Dios enteramente presente desde la eternidad. En él no puede darse que alguna creatura creada en el tiempo haga que en un momento del tiempo él comience a ser Creador, aunque en un momento del tiempo se le comienza a llamar así. Pero el Creador, al crear a su creatura, la obra fuera del tiempo a fin de que para la que no era comience su tiempo. Así, si podemos expresarnos de esta manera, para él es menos la creatura un accidente, de lo que lo es él para ella. Claro que no puede decirse que se convierte en accidente la sustancia en la que subsiste todo lo que es, pero las palabras son defectuosas para expresar lo que podemos concebir respecto a estas cosas.

56. Por lo tanto, los nombres divinos así considerados, con referencia a la creatura, deben ser comprendidos relativamente. Los que convienen a la creatura temporal y mudable también son nombres de la eterna e inamovible esencia y según esto deben ser estimados. Porque Dios¹⁰, en quien todo lo que ha sido hecho es vida y todo lo que es, es Dios, desde toda la eternidad es la esencia que origina todo lo que sucede en el tiempo. Él es el sumo ejemplo de todo ejemplar y toda creatura es cierta similitud de su interior verdad. Esto no es algo que le sucede por accidente, sino que procede de él por origen natural, por razón causal y por orden de la Providencia.

Para Dios, que todo lo sabe, es lo mismo ser que saber. Por esto, toda creatura exterior¹¹ no es conocida por Dios debido a su existencia, sino porque Dios la conoce. En sí misma es mortal en tanto que se muda, pero en el Verbo inmutable ella está viva. Para él, conocerse a sí mismo es ser lo que es y no se conoce a sí mismo de una manera y a la creatura de otra, porque en él no hay maneras diferentes de ser. El Creador conoce intemporalmente el tiempo; sin cambiar él mismo, dispone todos los seres cambiantes; cualquiera sea la

10 Idem IV.1.3. BAC, T. V, pág. 322.

11 Idem VI.10.11. BAC, T. V, pág. 454.

existencia que tengan, en él¹² tienen vida. Todo lo que es vida en la eternidad, no ha comenzado ni puede morir.

57. Cualquiera sea la creatura, viviente o no viviente, inteligente o no, que en Dios tiene vida¹³, como la tiene toda creatura, cualquiera sea el cambio o la corrupción que en ella se opere, comience o termine, su primera y principal esencia y la verdad de su existencia, que está en Dios, no cambian ni se corrompen; la soberana sabiduría ordena incommoviblemente todo lo mudable de estas cosas, así como crea sin mudanza estas cosas mudables. Todo lo que es más parecido a su principio es más verdadero y menos verdadero lo que menos se le parece. Así, según la razón y la forma de la fe, el nombre del Creador, en relación a la creatura, es esencial para Dios, porque Dios es la esencia principal de toda creatura. El nombre de la creatura es relativo al Creador porque la creatura procede de él.

A esto se orienta lo que veníamos diciendo: aunque los nombres que conciernen a la creatura se digan relativamente del Creador, sin embargo se debe comprender que los nombres del Creador en relación con la creatura no significan relación de accidente, sino de la esencia que en Dios es el principio de la creatura.

Por lo cual se emplea la regla de todos los nombres esenciales en Dios cuando se dice: el Padre Creador, el Hijo Creador, el Espíritu Santo Creador; y, sin embargo, no hay tres creadores, sino un solo Creador. Conviene dar el mismo sentido a los nombres de Señor o de principio y a todos los nombres por los que Dios es designado en relación con la creatura.

Habiendo ordenado los nombres por los que Dios es designado en relación a la creatura y aquellos otros con que se le designa esencialmente respecto a sí mismo, pasamos a los nombres relativos.

Como tales son designadas las Personas en la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, según sus mutuas relaciones.

12 Cf. más arriba, pág. 159, en este mismo párrafo.

13 Idem.

Conviene dejar sentado desde el principio que, lo mismo que la esencia contiene la unidad, así la relación predica la Trinidad.

58. Nadie que esté dotado de razón puede errar sobre la fe en aquel que es Uno y de quien dijo el Señor: "Mi Padre y Yo somos uno."¹⁴ Tampoco puede equivocarse en cuanto al común sentir sobre que el Señor Dios es un solo Dios.¹⁵ Desde que nuestro Señor Jesucristo brilló en el mundo, no solamente el mundo o el hombre se avergüenzan de adorar las obras de sus manos, sino que aun el culto de los dioses y demonios numerosos desapareció en casi de todo el orbe de la Tierra. Todos están concordes en el culto a un solo Dios, no sólo el judío y el cristiano, sino también el pagano y el bárbaro. Ni siquiera algún hereje cristiano o judío, o algún filósofo entre los gentiles, ha osado atacar manifiestamente el sentimiento unánime de todos sobre Dios. Pero la fe en la Trinidad y el escándalo de la Cruz¹⁶, que ya en tiempo de los patriarcas y profetas había comenzado a revelarse a ciertos hombres y que a partir del tiempo de la gracia se predicó a todos, se constituyeron en el signo que muchos contradijeron bajo pretexto de ser un culto rendido a tres dioses y por escandalizarse del Crucificado.

59. No hablamos de los extraños a la Iglesia, sino de los fieles que, no comprendiendo lo que se les enseñó, dicen: ¿Por qué se nos predica la Trinidad? ¿Por qué no predicar y honrar a un solo Dios, quienquiera que sea o cualquiera sea el modo en que se presente?

El que así habla se equivoca y se opone a la gracia de Dios: "Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único que está en el seno del Padre nos lo ha dado ha conocer."¹⁷

Sí, para eso vino al mundo y obró como lo hizo: para que Dios-Trinidad sea conocido.¹⁸ La mente humana nunca com-

14 Jn. 10,30.

15 Cf. Deut. 6,4.

16 Cf. 1 Cor. 1,23.

17 Jn. 1,18.

18 Cf. Jn. 18,37.

prende mejor a Dios en esta vida¹⁹ que cuando llega a entender que [el Señor] es incomprehensible, esto es decir, en la predicación de la Trinidad. Para esto "el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros"²⁰, a fin de que, como el mismo Señor nuestro Jesucristo orando lo expresó al Padre²¹, se manifestara el Nombre del Padre a los hombres y la caridad de Dios se derramara en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.²²

Este es el enigma de la fe, terrible para los impíos, porque los separa y arroja lejos del rostro del Señor²³, pero suave para los piadosos, porque los excita e instiga a buscar siempre su faz²⁴; enigma que consiste, como ya hemos dicho con frecuencia²⁵, en confesar a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y no a tres dioses, sino a un solo Dios.*

19 Cf. *Diálogo con Dios*, VII Meditación, 7, P.C. 2, pág. 153.

20 Jn. 1,14.

21 Cf. Jn. 17,6.

22 Cf. Rom. 5,5.

23 Cf. Gén. 3,8; Sal. 67,2.

24 Cf. Sal. 26,6; 1 Cr. 16,11.

25 Cf. P.C. 8, pág. 131, pfo. 28.

* Con una paradoja espléndida, Guillermo alcanza esta conclusión brillante, a cuya lectura nos sobrecoge el vértigo de una intuición del misterio: la fe tiene por objeto un *enigma*, y este enigma es la misma Trinidad; pero la fe *es* un enigma, *ese* enigma que ella busca desentrañar por la fuerza del amor y alimentada con el pan de la esperanza. (*N. del E.*)

CAPITULO VI

NUEVA CONFESIÓN DE LA DEBILIDAD DEL LENGUAJE. NECESIDAD DEL FERVOR AMANTE. PROSIGUE EXPONiendo ACERCA DE LOS NOMBRES DIVINOS. LAS RELACIONES TRINITARIAS. FUENTES DE LO EXPUESTO.

60. **E**L que, buscando conocer la Trinidad o las realidades divinas, mediante los signos de las palabras, ingrese en el laberinto de las relaciones divinas, no como escrutador de la majestad que atropellara su gloria¹, sino como un pobre de espíritu, de quien siempre está próxima la misericordia, ese tal debe saber que uno es el orden del conocimiento de las realidades humanas, para cuya significación se descubrieron las palabras capaces de expresarlas, y otro el orden de las realidades divinas, para cuya significación todo vocablo es inepto.

En el primer orden es menester, ya que uno se aplica a aprender, empeñarse en la comprensión de las palabras que llevan al conocimiento de las cosas; en el segundo, por el contrario, para buscar la comprensión y el sentido de las cosas, es menos necesaria la aplicación al estudio que la piedad de la fe y el fervor del amor. Y continuamente, a

1 Cf. Prov. 25,27.

medida que se progresa, se ofrecerá al que avanza el conocimiento de las palabras que designan tales realidades.

Por ejemplo, el que indaga los términos relativos a Dios, se encuentra primero con los nombres o palabras que conciernen a cada Persona en particular y relativos los unos de los otros: Padre, Hijo y Espíritu Santo, el que engendra, el engendrado, el que procede. Estas apelaciones deben ser recibidas por nosotros como instrumentos divinos transmitidos por Dios para encontrarlo, gracias a sus intermediarios —los hombres de Dios llenos de Dios—. No obstante, estas apelaciones expresan débilmente el conocimiento de lo que significan. Todo el tiempo que nos ayudan a progresar en el conocimiento de Dios, en la medida que pueden hacerlo, debemos venerarlas y ceñirnos a ellas, pero cuando esas palabras desfallecen en tanto palabras, las saludamos y pasamos más allá, con la gracia y la bendición de aquel a quien ellas nombran.

Cuando se dice “el que engendra”. “el engendrado” o “el que procede” —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—, estamos ante palabras o nombres plenos de verdad divina, pero, en tanto ofrecen en primer lugar un significado que se aplica a las realidades humanas, poco nos elevan de lo terrestre y humano, a menos que se los pronuncie exteriormente pensando interiormente en las realidades de fe. En esta generación, en esta natividad y en esta procesión, nada hay de activo ni de pasivo, nada de temporal ni de local, nada de diferente o separable, sino el mismo y solo Dios.

61. En la Trinidad una Persona es de la otra, para una es una natividad, para la otra una procesión, pero ser eterno del ser eterno es la coeternidad de las Tres. Es la eterna natividad o la eterna procesión, el uno del otro. Cuando el Hijo es engendrado, naciendo del Padre, y cuando el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, en manera alguna se apartan el uno del otro. El Padre está eterna e inamoviblemente en el Hijo, el Hijo en el Padre y el Espíritu Santo en el Padre y el Hijo y ellos en él, según la verdad de una esencia divina. Y el Hijo es del Padre y el Espíritu Santo del

Padre y del Hijo según la verdad de la Trinidad y la singularidad de las Personas. La unidad² misma es la Trinidad y la Trinidad la unidad. Y no es menos una Persona de la suma Trinidad que toda la Trinidad, ni más toda la Trinidad que una sola Persona de ella. El Padre no disminuye por tener un Hijo, sino que engendra de sí mismo otro sí mismo, permaneciendo en sí y siendo tanto en el Hijo cuanto en sí. Igualmente el Hijo en su plenitud viene del que es en plenitud, tan grande en el Padre cuanto viene de él, siempre en el Padre y siempre de él. No lo disminuye por nacer, ni lo aumenta por permanecer [en el Padre]. Y como el Hijo viene del Padre y está con el Padre, así el Espíritu Santo viene de uno y de otro, y está con uno y con otro. La única diferencia es que el Hijo nace sólo del Padre, mientras que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Para el Hijo, ser del Padre y ser lo que el Padre es, es ser siempre nacido. Para el Espíritu Santo, ser del Padre y del Hijo y ser lo que ellos son, es proceder eternamente de ambos.

62. De este modo se debe predicar a Dios-Trinidad —si es que hay modo en quien y bajo quien están todos los modos— y de esta manera se conduce una Persona respecto a la otra —si se puede hablar de conducirse [*habitus*], cuando Dios y su conducta [*habet*] son lo mismo—.

Esto es lo que, para que pueda ser captado por los hombres, se cubre con el nombre de Trinidad o de Tres Personas, es decir, de sus relaciones mutuas, para que de algún modo pueda el hombre asir lo que de Dios, casi inefablemente, se predica. Porque la inteligencia de las cosas divinas, de las que esas palabras parecen ser los signos, no se nos dan tanto para que nos informemos y alimentemos³ —por la regla de las palabras sanas en lo tocante a la fe—, cuanto para que tengamos la inteligencia del Dios que deseamos.

63. Prosiguiendo lo ya empezado sobre los nombres que designan las relaciones, diremos: las Tres Personas están en

² Cf. San Agustín, *Epístola* 170.5. BAC, T. XI, pág. 532.

³ Cf. 2 Tim. 1,13.

mutua relación, pero fuera de la regla y el orden de los relativos, porque no son a manera de accidentes. Se dice⁴ que están en relación —así el Padre al Hijo y el Hijo al Padre—, lo que en Dios⁵ no implica en modo alguno que se entienda a modo de accidente; ya que para el Padre⁶ que se le llame Padre y para el Hijo que se le llame Hijo, es algo eterno e inamovible, pues el Padre es siempre Padre y el Hijo, siempre Hijo. No debemos comprender “siempre” y “después del nacimiento del Hijo”, en el sentido de que el Padre nunca deja de ser Padre, ni el Hijo de ser Hijo, sino como el eterno nacimiento del Hijo, la paternidad sin comienzo del Padre y la filiación sin inicio del Hijo. Porque si alguna vez hubiesen comenzado a ser tales o cesaran de serlo, esto sería predicado de ellos como accidente.

Pero no sólo se habla de relación de Padre a Hijo y de Hijo a Padre, sino también de Espíritu Santo a Padre e Hijo y de ellos a él en cuanto Espíritu de ambos, que de ellos procede y por ellos es emitido. Y aquí debemos completar lo que ya escuetamente dijimos: que el que pueda juzgar en esto vea qué contrario a toda razón es lo que expresamos y el uso de todos los nombres que expresan relación.

64. Toda esencia⁷ que se dice en relación con otra cosa es también en ella misma una realidad, excepto su relación. Así, el amo es un hombre, el animal de carga, un caballo. El hombre y el caballo son denominados tales respecto a ellos mismos; esto es la esencia. Los nombres de “amo” y “animal de carga” se predicán relativamente de algo. Si “hombre” y “caballo” no fueran sustancias, sería imposible designarlos relativamente como amo y como animal de carga. De este modo, si el Padre no es una realidad que se pueda designar en relación consigo misma, e igualmente el Hijo, no queda otra alternativa que llamarlos así por sus relaciones mutuas.*

4 San Agustín, *De la Trinidad* V.5.6. BAC, T. V, pág. 400.

5 Idem, pág. 402.

6 Idem, pág. 400.

7 Cf. ídem, VII.1.2 BAC, T. V, pág. 462.

* Dom Robert Thomas lee aquí: “Si el Padre no se puede designar consigo mismo [...], los así llamados no existen por sus relaciones mu-

Pero si se considera un hombre en tanto amo y un hombre en tanto esclavo, apreciándolos en relación uno con otro, tenemos dos hombres. Por el contrario, Dios Padre y Dios Hijo no son dos dioses, sino un solo Dios. Pero como el Padre no es el Hijo, ni el Hijo el Padre, y como el Espíritu Santo, llamado Don de Dios, no es el Padre ni el Hijo, son ciertamente Tres.

Por eso⁸ se nos dijo en plural: “Mi Padre y Yo *somos uno*.”⁹ No “es uno”, como afirman los sabelianos, sino: “Somos uno.”

Si, respecto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, se indaga lo que son, si son tres, y tres qué —sin emplear los términos relativos que dicen lo que son por relación de uno con otro—, ¿qué diremos?

Sin emplear estos términos relativos, como no se encuentra entre los hombres algún nombre común o propio para designar a estos Tres, la fe piadosa comprende que esto no ocurre sin motivo y, entendiendo que se trata de algo inefable, se instruye provechosamente en el conocimiento de la divinidad, gracias al conocimiento de la ignorancia humana. Cuando se dice “tres hombres”, se trata de un nombre común; cuando se dice “Abraham, Isaac y Jacob”¹⁰, se trata de nombres propios.

65. En esto nada ocurre fuera de la naturaleza o esencia del sumo Bien; por ser éste tal, no podemos hablar de tres, sino de uno, y su solo nombre es Dios, porque no hay más que un solo Dios. A este uno se refiere el Señor al decir: “Mi Padre y Yo *somos uno*.”¹¹ Este ser uno, incólume y divino, de ningún modo puede estar compuesto de seres diferentes, él, que no consta de partes, ni en partes se disuelve. Pues conviene¹² que la Trinidad sea la unidad y la unidad la Trinidad,

tuas.” El sentido es el siguiente: el Padre es una realidad consigo mismo: es Dios; el Hijo es igualmente una realidad consigo mismo: es Dios. ¡De otro modo, no existirían! (N. de la T.)

8 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* V.9.10. BAC, T. V, pág. 412.

9 Jn. 10.30.

10 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* VII.4.8 y 4.7. BAC, T. V, págs. 480-481 y 474-477.

11 Jn. 10.30.

12 Aquí Guillermo usa un término no muy empleado entre los escritores espirituales: “triplicidad”.

aunque el nombre de unidad no designa —bajo el nombre de Trinidad— una cierta unión numérica¹³ de tres seres, sino la simplicidad indivisible de la esencia divina.

No está permitido decir que las Tres Personas que se nombran en la Trinidad inseparable son separables entre sí de cualquier modo que sea, cosa que no puede afirmarse de la Trinidad misma. No podemos decir que la Trinidad es inseparable si las Tres Personas pueden ser separadas en alguna medida. Si bien no se puede nombrar a las Tres Personas a un tiempo, es preciso tener de ellas una simultánea inteligencia. Se admite como verdaderamente inseparable lo que no admite separación alguna. Si alguien piensa que las Tres Personas de la Trinidad pueden ser separadas, no es la Trinidad la que debe imaginarse separable, sino la unidad... La Trinidad se refiere a las Personas y la unidad a la naturaleza.

La naturaleza de la Trinidad está sola y totalmente en todas partes, del mismo modo que solamente su ser, única y totalmente, está en todas partes y no puede admitir separación de personas. Cada Persona se nombra separadamente, pero la Trinidad ha querido mostrarse de tal modo inseparable en las Personas que no existe ningún nombre para designar a cualquiera de las Personas el cual no convenga a las Tres debido a la unidad de naturaleza (como cuando decimos poderoso, sabio, bueno u otras cualidades de ese género) o que no muestre, en el nombre mismo de la particularidad expresada, que hay mutua referencia (como cuando decimos Padre, Hijo o Espíritu Santo).

En efecto, en los términos que manifiestan las relaciones, una Persona no es en modo alguno designada en particular sin que se indique, por su nombre mismo, que ella está en relación con otra Persona. Es cierto que, por su nombre relativo, una Persona queda designada aisladamente en sí, aunque de esta manera no quede designada en sí.

Por esto la misma relación, indicada por el nombre personal, impide separar a las Personas, ya que al nombrarlas juntas, juntamente las señalan. Cuando se dice “el Padre”, se tiene

inmediatamente la inteligencia del Hijo, del que él es Padre. Cuando se dice “el Hijo”, se tiene la inteligencia del Padre, del que él es Hijo. Cuando se llama¹⁴ “Don” al Espíritu Santo, se hace referencia al donante, que le es inseparable; del mismo modo que el Hijo es llamado Verbo por alusión al que habla.

66. Respecto a los vocablos que señalan relaciones, hay que tener en cuenta que los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo son propios y específicos de cada uno, como también lo son ciertas operaciones. Así, es propio del Padre engendrar; del Hijo, ser engendrado y del Espíritu Santo proceder de ambos; y lo mismo se puede decir acerca de otras operaciones.

Sin embargo, en estas que le son propias, no hay separación de naturaleza, sino conocimiento de Personas. Si se designan éstas individualmente, es con el fin de conocer, no de separar las Personas. En ellas no puede haber confusión ni separación. Nadie se atreva a decir lo contrario, porque nada se puede encontrar o pensar, en el orden del existir o del obrar, en que una Persona se adelante, se retrase a otra o lo haga independientemente. Donde no hay separación de obras, naturalmente permanece la unidad inamovible. Por ejemplo¹⁵, la forma que asumió el Hijo unigénito de Dios fue obra de toda la Trinidad, del mismo modo que la obra de la Trinidad afecta a la sola Persona del Hijo. Toda la obra pertenece a la Trinidad, pero no toda la Trinidad recibe el efecto. Porque la propiedad de las Personas, según la cual el Hijo no es el Padre y el Padre o el Hijo no son el Espíritu Santo, muestra que una obra ha sido cumplida por el Padre y el Hijo, pero sólo afecta al Hijo.

Lo mismo se debe entender de las palabras del Padre en el bautismo: “Este es mi Hijo dilecto.”¹⁶ La misma cosa dígase de la paloma y del fuego en que se vio descender al Espíritu Santo sobre el Señor y sus apóstoles.¹⁷ Nada parecido se puede encontrar entre las creaturas, porque, a excepción de la Trini-

14 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* XV.6.10. BAC, T. V, pág. 848.

15 Idem, I.4.7 y II.10.18. BAC, T. V, págs. 138 y 232.

16 Mt. 3,17; Lc. 9,35.

17 Cf. Mt. 3,16; Lc. 3,22; Jn. 1,32; Hech. 2,1-4.

13 Cf. nota 31 del capítulo VII.

dad, que es el Señor Dios por naturaleza, no existe ninguna otra naturaleza que pueda contener tres Personas inseparables.

67. Estas dos maneras de hablar (según se trate de la esencia o de la relación) de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, parecen contradecirse, porque una considera a Dios en sí mismo y conserva en todo la unidad, y la otra atañe a las relaciones y predica la Trinidad. Pero ambas están concordes y se unen en amistosa caridad en la unidad de la paz¹⁸ que sobrepasa todo juicio, pues, hablando de la esencia, se dice que hay un solo Dios, sin oponerlo a la existencia de las Tres Personas. La relación indica que hay Tres Personas referidas la una a la otra, pero se opone totalmente a la existencia de tres dioses. Cada Persona proclama lo propio sin ofensa a las otras, sin abandonar lo propio y sin lucrar con lo ajeno. En estos dos puntos se afirma la fe católica, la razón de la fe que predica esa unidad que es la Trinidad y esa Trinidad que es la unidad: un solo Dios.

68. Existen aún otros nombres relativos por los que Dios es designado relativamente. Así, cuando Dios Padre, principio de la divinidad, es llamado principio en relación a su Hijo y con el Hijo es llamado tal en relación al Espíritu Santo que de ambos procede. Padre e Hijo, juntos, constituyen¹⁹ el único principio del Espíritu Santo, pero especialmente el Padre; porque el Hijo, naciendo del Padre, ha recibido el ser, con éste, único principio del Espíritu Santo. Cuando aquí hablamos de principio, no lo entendemos como anterioridad temporal, ni como primado o grado de dignidad, ni como majestad mayor o menor; en la naturaleza de la Trinidad consustancial, alguien viene de alguien, alguien está como tendido hacia alguien y una cosa viene de otra cosa.

Así, el Padre en nadie se origina, siendo él el principio de la divinidad. El Hijo recibe todo lo que es del Padre y es uno

18 Fil. 4,7.

19 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* XV.17.29. BAC, T. V, págs. 894-896.

con él por la esencia divina. El Espíritu Santo viene del Padre y del Hijo, pero especialmente del Padre. Procede de ambos y es lo que ambos son. Todavía más, se dice relativamente del Hijo que él es el Verbo del Padre que habla y se dice del Espíritu que es el Don de Dios donante.

Cuando se dice "el Padre y el Hijo", no solamente debemos pensar en el orden de sucesión según el cual el engendrado viene del que engendra, sino también en el secreto de una natividad eterna. Cuando se dice²⁰ "el Verbo de Dios", no debemos pensar en un "Verbo proferido"²¹, sino en un Verbo consustancial y coeterno al que habla. Cuando se dice "el Espíritu Santo, Don del Padre y del Hijo", no debemos pensar²² en la condición del Don y en el señorío de los Dadores, sino antes bien en la concordia entre este Don y aquellos Donantes.

Tal es la singularidad de esta relación; aunque las relaciones parecen ser fuente de desigualdad, como la relación de Padre a Hijo, del que habla al Verbo, del Don al donante, sin embargo hay una suma igualdad, pues son uno: el que es y el que de él es y el que es de ambos y los dos que de uno vienen.

69. Los que conocen a Dios rectamente y con piedad piensan en esta unidad de la que dijo el Señor: "Mi Padre y Yo somos uno"²³, admiten que no hay quien esté primero, en el medio o al final. Importa, sin embargo, que los Tres sean designados distintamente y en orden, para que se comprenda quién viene de quién. En primer lugar se enuncia al Padre que engendra, en segundo al Hijo engendrado y en tercero al Espíritu que de ambos procede.

Es necesario el mayor cuidado para advertir cuándo se trata de una operación de la divinidad o de la cooperación de la Trinidad que, parece, tienen estrecha conexión con las

20 Cf. ídem VII.1.1. BAC, T. V, pág. 458.

21 Algunos Padres rechazaron estas palabras, *verbum prelativum*; por ejemplo, San Ambrosio en su comentario sobre Lc. 1,15.

22 San Agustín, *De la Trinidad* I.6.12. BAC, T. V, pág. 146.

23 Jn. 10,30.

relaciones de las Tres Personas, como se lee en la frase que hemos recibido de los Apóstoles: "De quien ²⁴, por quien y en quien son todas las cosas, a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén." ²⁵

Esto parece hacernos recordar que todas las cosas han sido creadas por el Padre, mediante el Hijo, en el Espíritu Santo; pero, por las diversas apropiaciones enunciadas, no se desprende de esta diversidad de operación sino la simple cooperación de la Trinidad. Todo viene igualmente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, de la naturaleza creadora de todo; igualmente por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo: por Dios, que es el artista de todo. Igualmente en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo: en Dios, que todo lo contiene.

En esta forma de afirmar las Tres Personas o de emplear estas preposiciones, es necesario comprender solamente la marca y la distinción personal de la Trinidad, de modo que todo se ensamble para comprender, en la Trinidad, la verdad de la unidad divina; así el Apóstol añade "a él", y no "a ellos".

No obstante, atribuye cada cosa a cada uno cuando dice que todas las cosas son del Padre, de quien, principalmente, es toda creatura; que todo es por el Verbo, por el cual el Padre ha hablado y realizado todo ²⁶; y [que todo está] en el Espíritu Santo, quien es la bondad del Padre y del Hijo, que todo lo contiene.

Cuando se habla de cooperación con respecto a aquellos en que la operación es una, como una es la esencia, se afirma que cooperan, en cuanto son tres; pero una es la operación en cuanto son uno. Por lo cual dice el Señor en el Evangelio: "No puede el Hijo hacer nada por sí solo, sino lo que ve hacer al Padre. Lo que hace el Padre, igualmente lo hace el Hijo, porque el Padre ama al Hijo y le manifiesta cuanto hace." ²⁷ Para el Hijo, ver al Padre es ser lo que es y ver lo que obra

²⁴ Cf. San Agustín, *De la Trinidad* I.6.12. BAC, T. V, pág. 146.

²⁵ Cf. Rom. 11,36.

²⁶ Cf. Jn. 1,3.

²⁷ Jn. 5,19-20.

es cooperar con él. También [afirma el Evangelio]: "Todas las cosas han sido hechas por él" ²⁸, es decir, por el Verbo.

70. Del mismo modo que se comprende la cooperación por el hecho de que el Padre y el Verbo son dos, así también se comprende una operación simple porque se dice que Dios todo lo ha hecho por su Verbo, es decir, por el único ser que ambos —él y su Verbo— constituyen. Resta comprender, respecto de lo que está hecho o ha sido hecho —nos referimos a la creatura—, si fue hecha para que sea lo que no era o si algo se hizo en vista a ella, para que, una vez hecha, entonces, subsistiera.

Lo que en Dios no ha sido hecho, pero existe, no se lo debe apreciar según el juicio de la creatura. El Padre ha engendrado, lo que el Hijo no hizo. El Hijo ha sido engendrado, lo que no hizo el Padre que engendró. Pero esto no es una obra, es la esencia de la divinidad que hace todas las cosas. Cuando "el Verbo se hizo carne" ²⁹, toda la Trinidad cooperó para hacer lo que sólo afectó al Verbo, es decir, la Encarnación. Hecha la cual fue asumida sólo por el Verbo en la unidad de su Persona. Así se puede decir que fue hecho en el tiempo el Verbo que en Dios es Dios. ³⁰ Toda la Trinidad formó la voz del Padre que se oyó sobre el Señor: "Este es mi Hijo muy amado" ³¹, aunque ella resonase como proveniente del Padre solo. Y toda la Trinidad estaba en la paloma, bajo cuya forma apareció el Espíritu Santo sobre el Señor. Todas estas cosas han sido hechas en el tiempo; es necesario estimarlas sólo por lo que son.*

²⁸ Cf. Jn. 1,3.

²⁹ Jn. 1,14.

³⁰ Cf. Jn. 1,1-2.

³¹ Mt. 3,17; Lc. 9,35.

* En un tiempo en que la fe se pregunta tan agudamente por la historia, esta afirmación puede sonar como el desencarnado portavoz de cierto intelectualismo religioso que excluye el valor de los signos. No es el caso de Guillermo, quien lanza estas palabras en un medio proclive a materializar con desmesura las imágenes de la Revelación. Una vez más el antiguo Abad benedictino ejemplifica una actitud circunspecta ante el misterio —cierta elegancia de la devoción— plenamente cistercienses (*N. del E.*)

71. Hemos dicho lo que mejor pudimos respecto a los nombres divinos que son empleados para Dios sustancial o relativamente y respecto de la relación misma según la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son designados el uno respecto al otro según la propiedad de los nombres mismos. Lo que hasta aquí expresamos no lo sacamos de nuestra fuente, sino de las fuentes del Salvador ³², de las Sagradas Escrituras y de la certísima autoridad de los Santos Padres, buscando adquirir algún conocimiento de las cosas tras los indicios de sus nombres. Es cierto que los hombres tienen nombres nuevos para usarlos en la enseñanza de la fe; nombres, digo, no las realidades que ellos designan, pues las realidades son tan eternas como Dios mismo.

CAPITULO VII

EL NOMBRE «DIOS». SUPLICA LA ASISTENCIA DIVINA.
TRINIDAD Y UNIDAD. ELEVACIÓN A JESUCRISTO.
EL MISTERIOSO MODO DE LA ENCARNACIÓN.
EL ESPÍRITU SANTO. SUS DONES. EL AMOR,
MÁXIMO DON.

QUEREMOS saber qué es y cuál es el origen del nombre de Dios. ¿Quién se lo impuso? Pues el mayor es el que suele imponérselo al menor. ¿Por qué, entonces, todos los hombres sin excepción, en uso común y sentencia general, dan el nombre de Dios a esta suma majestad?

Se trata de una palabra que expresa el temor natural del hombre por la suma esencia; aplicada a ella, atestigua su existencia, pero no puede decir lo que es, aunque lo querría. El nombre «Dios», viene del griego *theos*¹, vocablo que significa «temor». Como dijimos, este nombre expresa el temor del hombre ante la suma esencia; él no se atreve a ponerle nombre y, sin embargo, de alguna manera, expresa la realidad a la que ningún nombre conviene, y lo hace más por el uso acostumbrado en el lenguaje humano que para significar una

¹ Cf. *Comentario al Cantar de los Cantares* 158, P.C. 6, pág. 158. Dios-temor: Cf. Isidoro de Sevilla, *Etimologías* 7.1.5; también la nota del editor en el pfo. 97 del cap. IX de nuestra edición de *El Espejo de la fe*, pág. 83 al pie.

³² Cf. Is. 12,3.

propiedad designada por tal nombre. Por lo cual, queriendo hablar de Dios y sin poderlo hacer, lo llamamos el Inefable o el Invisible a quien no podemos ver; así, diciendo menos, decimos más sobre aquel que está más allá de todo sentido² e intelecto.

73. Puesto que como ya dijimos³ todos los nombres divinos son uno, debemos saber que el nombre de Dios nuestro Señor es ya un cierto conocimiento de él que se ofrece a los fieles a través de los nombres.

Por este conocimiento de que hablamos, Dios se manifiesta cuando, a quien y como quiere. Este es el nombre del que, siguiendo los preceptos del Salvador y sus divinas enseñanzas⁴, todos los días pedimos a nuestro Padre del Cielo que sea santificado en nosotros.⁵ Y este nombre es santificado en nosotros, cuando por el sentido de vida que hay en él, el que es nombrado se nos da a conocer santificándonos. Entonces, si hablamos de Dios o rezamos, le nombramos en el Espíritu Santo del modo indicado por el Apóstol: "Señor Jesús, en el Espíritu Santo"⁶; porque "todo el que invoque al Señor de este modo será salvo"⁷ y "todos los que conocen este nombre, que le pertenece, esperan en él"⁸, y los que aman ese nombre, en él se glorían⁹ y desean ser juzgados "según el juicio de los que aman su nombre".⁹ Tal sucede cuando, a los que presentan esas disposiciones e invocan el nombre del Señor, la realidad que designa ese nombre se les vuelve dulce al corazón y sabrosa a la boca por la gracia que opera interiormente siempre que el Señor es invocado; el cual ya es Señor del afecto del que lo invoca cuando, en el Espíritu Santo, clama

² Cf. Fil. 4,7.

³ Cf. P.C. 8, págs. 150-151, pfo. 48.

⁴ Son las palabras de la monición con que el *Misal Romano* introducía (e introduce) el Padrenuestro. (N. del E.)

⁵ Cf. Mt. 6,9.

⁶ Cf. 1 Cor. 12,3.

⁷ Rom. 10,13.

⁸ Cf. Sal. 9,11.

⁹ Cf. Sal. 5,12.

⁹ Cf. Sal. 118,132.

a Dios: "Abba, Padre"¹⁰, y su conciencia le atestigua que es hijo de Dios.

Lo mismo ocurre con los otros nombres de Dios. No hay ninguno que según su forma no derrame sobre el que lo invoca una gracia parecida. Es el nombre nuevo¹¹ prometido en el Apocalipsis al vencedor de este mundo, escrito sobre una piedra nueva¹², no por medio de pluma de hierro, sino con el dedo de Dios.¹³

La fe católica es una piedra¹⁴ enteramente pulida y redonda.¹⁵ Quien quiera roerla no encontrará dónde clavar el diente. Allí está inscrito el nombre nuevo de Dios¹⁶, el nombre que renueva fielmente al que lo pronuncia cuando está informado por el conocimiento de la forma espiritual de la fe en Dios. Tal cosa se realiza cuando la fe comienza a obrar por el amor¹⁷; comienza ella misma a formarse en el amor y por el amor en el intelecto y por el intelecto en el amor, o simultáneamente en uno y otro.¹⁸ Para el hombre que experimenta estos sentimientos, es difícil discernir quién proviene de quién, porque en el corazón del que cree, comprende y ama, estas tres cosas no son más que una, según cierto parecido con la excelsa Trinidad.

74. Pero nos hemos propuesto buscar ahora el aspecto exterior de la fe respecto a la Trinidad y su forma pública en el

¹⁰ Rom. 8,15.

¹¹ Cf. *Diálogo con Dios*, III Meditación, 9, P.C. 2, pág. 106.

¹² Cf. Apoc. 2,17.

¹³ Cf. Deut. 9,10.

¹⁴ Cf. *Comentario al Cantar de los Cantares* 21, P.C. 6, pág. 39.

¹⁵ Cf. Apoc. 2,17.

¹⁶ Idem.

¹⁷ Cf. Gál. 5,6.

¹⁸ Para una mejor comprensión de este pasaje, se puede leer el *Comentario al Cantar de los Cantares* 122, P.C. 6, pág. 130. Allí también Guillermo desarrolla otra progresión tripartita del alma hacia el conocimiento de Dios basado en las facultades de memoria, amor e intelecto. Se nos dice, asimismo, que "la inteligencia se transforma en amor, o el amor en inteligencia". Este concepto está tomado de san Gregorio Magno (*Homilía 27 Sobre los Evangelios*, BAC, 4, pág. 670): "El mismo amor, son sus palabras, es noticia." Se puede ver también *Carta de Oro*. Studium, 155-159, págs. 136-138.

interior del hombre¹⁹, que deberá ser vivificada por aquel de quien leemos [lo siguiente]: primero, Dios forma al hombre a su imagen y semejanza²⁰, luego sopla en su rostro un aliento de vida y el hombre se transforma en un alma viviente.²¹ Hemos considerado y tratado someramente lo que se nos ha prometido y en la medida acordada por Dios respecto a lo que es accesible a propósito de los nombres divinos. No nos hemos apoyado en juicio propio, sino en el de los Santos Padres y, no obstante, avanzamos ahora con temor y temblor.

Sí, avanzamos llorando, Trinidad santa, delante de ti, Señor Dios nuestro que nos hiciste. Tú nos mueves a rezar y suplicar que no nos permitas errar en la contemplación o la fe en la la forma de aquel con quien buscamos ser conformados —cosa que tú mandas en todas las Escrituras que hablan de ti—. De este modo, así como vosotros Tres sois Uno, así nosotros, por la virtud de la fe con que creemos, seamos uno en vosotros.

75. Tal es, como lo expresamos a menudo²², la norma de la fe al servicio de la cual se encuentra todo lo que hemos dicho hasta aquí: el Padre es Dios²³, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y, sin embargo, no hay tres dioses, sino uno solo. Esta forma de la Trinidad y de la Unidad no se extiende según las líneas y la extensión de los miembros; el Padre no recibe localmente al Hijo que permanece en él, ni el Hijo al Padre que en él permanece, ni se vacían el Padre y el Hijo cuando emiten al Espíritu Santo para iluminar a toda su Creación. En verdad, son Tres²⁴, pero no separándose, Uno, pero no confundándose, sino que, siendo Tres, son Uno, y siendo Uno son Tres. Tres, contra Sabelio, Uno, contra Arrio. Ni en Dios-Uno se encuentra la Trinidad misma, sino que la Trinidad misma es Dios. Pues no es algo más que la Trinidad misma, ni la Trinidad es otra realidad que Dios-Uno. Cuando

19 Cf. Rom. 7.22; Ef. 3.16.

20 Cf. Gén. 1.26.

21 Cf. Gén. 2.7.

22 Cf. pág. 131, pfo. 28; pág. 136, pfo. 34; págs. 143-144, pfo. 41; págs. 161-162, pfo. 59.

23 Cf. "Quicumque", Denzinger 39, pág. 13.

24 San Agustín, *Epístola* 170.5. BAC, T. XI, pág. 532.

aplicamos²⁵ la cumbre de nuestro espíritu a confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, rechazamos lejos de nuestro espíritu las formas de las cosas visibles, las edades de las naturalezas temporales, los lugares de los cuerpos y los cuerpos de los lugares. Que se vaya de nuestro espíritu lo que se extiende según el espacio, lo que está encerrado en un límite y todo lo que no está siempre en todas partes ni en todos los lugares todo entero.

76. Por fin, cuando el pensamiento de la divinidad de la Trinidad es concebido, que no entienda nada como separación, que no se busquen grados y, si la mente llega a captar algo digno de Dios, no se atreva a negarlo a alguna de las Personas.

En la Trinidad²⁶, la sustancia divina es una e inmutable y excluye todos los grados de existencia. Es indivisa en su acción, concorde en su voluntad, igual en omnipotencia y gloria, simultáneamente²⁷ lo llena todo y lo contiene todo. Es necesario confesar²⁸ que es en las Tres Personas, de tal manera que la igualdad inseparable de una sola esencia mantiene la unidad, y la Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no admite aislamiento. Ciertamente, sólo²⁹ hay un Dios —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—, fuera del cual no existe otro. Dios-Padre nunca está solo, él, que por referencia al Hijo es siempre lo que es. El Hijo nunca está solo; él está siempre en referencia al Padre. El Espíritu Santo nunca está solo, él, que siempre está refiriéndose [ontológicamente] al Padre y al Hijo.

Sin embargo, no se debe pensar o decir que Dios es triple³⁰, él, que siendo uno en tres Personas está, no obstante, todo entero en cada una. En Dios, el hecho de ser triple³¹ nada vuelve oscuro y su unidad nada confunde, porque cierto número divino, alejado de toda especie de propiedad numé-

25 San León Magno, *Sermón* 77.4.

26 Idem 76.2.

27 Idem 76.3.

28 Idem.

29 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* VI.9.10. BAC, T. V, págs. 448-451.

30 Cf. ídem VI.7.9. BAC, T. V, págs. 446-447.

31 Cf. nota 12 del capítulo VI.

rica, realiza la Trinidad que es Dios; de tal modo que la forma de la divinidad simple torna extraña toda confusión proveniente del hecho de ser Tres. Tal cosa no se encuentra más que en la Trinidad, donde el número, por el que tres son uno y uno igual a tres, está más allá de todo número.

77. Que el hombre mortal no busque examinar por medio de la razón humana la manera con que estas cosas son dichas de Dios, sobre todo modo humano, porque tú, Señor Dios nuestro, no debes ser pensado o creído por razón alguna en cualquier medida sometida a un modo de ser cualquiera. Porque por debajo de ti y viniendo de ti se encuentra todo, por quien es todo lo que es o todo lo que es posible. Pero tú eres para ti mismo: tu esencia, tu causa y tu modo de existir.

Por eso tú, que así eres, eres todo profundidad insondable e impenetrable³², todo, no porque quedes así determinado en un modo de ser; todo, para que seas comprendido como puedes serlo, en la carencia de límites.³³ En la vida futura te verán y gozarán de ti los que aquí se hayan hecho dignos de ello por la fe.³⁴ Te verán cara a cara tal cual eres y, viéndote, llegarán a ser lo que tú eres. Esa es la promesa de Juan, tu apóstol querido: "Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es."³⁵ Los que entonces te vean no mentirán ni se equivocarán más. Su visión ya no será oscura ni sus pensamientos discurrirán de unos a otros, yendo y viniendo, pues toda su ciencia, que no será otra que la tuya, oh Dios de Verdad, simultáneamente la adquirirán de una mirada.

La visión de esta contemplación, o la contemplación de esta visión, no pasará del Padre al Hijo, del Hijo al Espíritu Santo. No se dividirá en tres ni se concentrará en una sola Persona, sino que, en una feliz perpetuidad y en una perpetuidad feliz, ya no buscarán más, sino que gozarán contemplándote como único y verdadero Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, viviente por los siglos de los siglos.

32 Cf. Rom. 11,13.

33 Cf. "Quicumque", Denzinger 39, pág. 13.

34 Cf. 1 Cor. 13,12; 1 Jn. 3,2.

35 1 Jn. 3,2.

78. Cuando³⁶ el Señor dice: "Nadie es bueno sino Dios"³⁷, parecería referirse al Padre. Lo mismo cuando afirma: "Para que te conozcan a ti, único y verdadero Dios"³⁸, y cuando exclama el Apóstol: "Al Rey de los siglos, inmortal e invisible, a Dios sólo, honor y gloria"³⁹, y también: "El feliz y único soberano, Rey de Reyes y Señor de los que dominan, el que solo tiene la inmortalidad y habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre vio ni puede ver."⁴⁰ Pero estas palabras y otras similares que se dicen propiamente de Dios, no están exclusivamente referidas al Padre en el sentido de que serían menos propias en algo dichas del Hijo y del Espíritu Santo. Todo eso lo son sustancialmente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero se lo predica principalmente del Padre, no como si fuera primero —con primado de tiempo o de dignidad—, sino por reconocérsele un primado de origen.

Dios Padre⁴¹ es como la fuente y origen de la divinidad, el principio del Hijo y del Espíritu Santo, que de él vienen y son lo que son gracias a él. Pero aunque Dios Padre sea el principio del Hijo y el principio del Espíritu Santo, y los Tres⁴² el principio de toda creatura, no por eso se debe creer que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres o cuatro principios. Constituyen un solo principio por lo mismo que son un solo Dios. No es necesario afirmar que el Padre es el principio del principio, pues el Hijo —de quien es principio— es con él mismo principio del Espíritu Santo. Se debe entender que es principio de principio, como Dios de Dios, un Dios, un principio, Padre del Hijo y con el Hijo principio del Espíritu Santo y con uno y otro principio de toda creatura. Oramos al Padre y lo adoramos y damos gracias no sin el Hijo y el Espíritu Santo. Lo hacemos por el Hijo —en cuanto mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo nuestro Señor—, en el Espíritu Santo nuestro consolador y abogado de nues-

36 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* II.9.15. BAC, T. V, pág. 226.

37 Lc. 18,19.

38 Jn. 17,3.

39 1 Tim. 1,17.

40 1 Tim. 6,15-16.

41 Cf. pág. 170, pfo. 68.

42 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* V.13.14. BAC, T. V, pág. 420.

tras plegarias ante Dios⁴³, ya que sin él no sabemos cómo debemos orar⁴⁴ ni somos atendidos cuando lo hacemos. Pero, cuando oramos al Padre⁴⁵, por el Hijo, en el Espíritu Santo, como a otro, por otro y en otro, oramos a un solo Dios que no es diferente de Dios. Apoyamos nuestra confianza de ser escuchados por Dios a quien oramos, no porque nos afirmemos en nosotros mismos, sino en la justicia que se adquiere por la fe en nuestro Señor Jesucristo⁴⁶, haciéndonos así capaces de ser atendidos por la gracia del Espíritu Santo que interiormente nos consuela y vivifica.⁴⁷

79. Se afirmó del Hijo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios y el Verbo era Dios.”⁴⁸ Cuando se dice “era, era, era”, a propósito de aquel que es siempre, debemos tener presente que poco importa la manera en que se aluda al tiempo de Dios, porque no hay tiempo que pueda convenirle al expresar la eternidad. Cuando se dijo “en el principio era el Verbo”, se indicó la coeternidad del Padre y del Hijo; en las palabras “el Verbo era en Dios”, [se señaló] la verdad de las Personas, y en [la expresión] “el Verbo era Dios”, [quedó consignada] la consustancialidad del Verbo con el que lo pronuncia. También se dijo que el Hijo es del Padre, lo que señaló la divina natividad; y además que el Hijo es eternamente del Padre eterno, aludiendo a la eternidad del divino nacimiento. Se debe comprender que el Hijo de Dios nace y nace siempre. “Nace”, no porque se piense que su nacimiento sea imperfecto; “siempre”, porque su nacimiento se pronuncia eternamente. “Nace” concierne a la perfección; “siempre”, a la eternidad, para que de todos modos esta esencia sea susceptible de ser expresada fuera del tiempo por una frase temporal. Es Hijo porque verdaderamente nació Dios de Dios, con verdadero

43 Ver *Diálogo con Dios*, IX Meditación, 12, P.C. 2, pág. 174.

44 Cf. Rom. 8,26.

45 Cf. Rom. 11,36.

46 Cf. 2 Cor. 3,4-5.

47 Cf. Rom. 8,26.

48 Jn. 1,1.

nacimiento, pero divino, insondable e inefable. “¿Quién podrá narrar esta generación?”⁴⁹

Sin embargo, no renunciamos a pronunciar, a propósito de Dios, los términos propios de generación y natividad, como los maniqueos o ciertos arrianos, quienes dicen que el Hijo de Dios es una creatura. Nosotros creemos y confesamos que Dios nació de Dios, que el que engendró y el engendrado son uno.

80. Así como el Hijo es llamado Hijo del que engendra, así se lo llama Verbo del que habla, para explicar de alguna manera lo que de ninguna manera puede ser verdaderamente explicado. Porque el Verbo de Dios, por un misterio grande y secreto, asume entre los hombres el nombre del verbo humano y guarda alguna semejanza con él. Hay en el hombre, en el fondo de su corazón, cierto verbo, cierta idea de verdad a propósito de cada cosa, sin voz, sin sílabas, sin forma alguna.

Así como el verbo⁵⁰ del hombre, para manifestarse a los sentidos de los hombres, se hace voz en alguna medida al asumirlo, así el Verbo se hizo carne⁵¹ al asumir esta carne en la que se manifestó a los hombres. Y así como el verbo del hombre se hizo voz, pero no se cambió en voz, así el Verbo de Dios se hizo carne, pero no se cambió en carne, ¡lejos tal cosa de la fe de todos los creyentes!

81. Y, al hacerse carne, el Verbo de Dios se hizo para nosotros verbo⁵² de una doctrina —no humana⁵³, sino divina—, que nos enseña en síntesis a cumplir toda la Ley, cuando nos dice: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo.”⁵⁴ Luego dice: “De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas.”⁵⁵ Toda su vida sobre la tierra, en la carne humana que se dignó asumir, fue doctrina y disciplina

49 Is. 53,8.

50 San Agustín, *De la Trinidad* XV.11.20. BAC, T. V, págs. 868-870.

51 Jn. 1,14.

52 Cf. Jn. 1,14.

53 San Agustín, *De la Trinidad* XV.11.20. BAC, T. V, pág. 870.

54 Lc. 10,27.

55 Mt. 22,40.

de conducta. Por su abstención y su enseñanza, hizo viles las riquezas, los honores y los placeres y todo aquello cuyo deseo no nos permite vivir rectamente. Él, sufriendolos, redujo a nada la pobreza, las injurias, los dolores, la muerte corporal y todas las causas que desvían al hombre en su deseo de huirlas y lo impulsan a abandonar el empeño por vivir bien.

También enseña a los hombres carnales, entregados a los sentidos de la carne y cuyo espíritu es incapaz de la verdad, qué lugar elevado ocupa la naturaleza humana entre las criaturas, ya que el Verbo de Dios, asumiendo la condición humana, se hace una sola Persona de dos naturalezas.

82. De aquí lo que dice el Profeta: "Envío su Palabra para sanarlos, para salvarlos de la perdición."⁵⁶

Hay dos cosas en este envío que deben ser pensadas más sutilmente. Primero, que la misión dada al Hijo por el Padre no debe ser considerada separable o temporal. En verdad, como la manifestación⁵⁷ del Hijo en la carne se realizó por la intervención del Padre y del Hijo, justamente se dice que fue enviado el que apareció en la carne, y que envió quien no apareció en ella. Y como las cosas que se presentan delante de los ojos existen gracias a una disposición interior de naturaleza espiritual, por lo cual es conveniente decir que son enviadas, afirmamos que, no el Padre, sino el Hijo, de esta forma, asumió al hombre.

Por este motivo⁵⁸, el Padre invisible, uno con el Hijo —tan invisible como él—, al hacer visible al mismo Hijo, se dice que lo envió. Si se hizo visible de tal manera que cesó de ser invisible con el Padre, es decir, si la sustancia invisible del Verbo fue transformada y se hizo un niño visible, es necesario entender que el Hijo fue enviado por el Padre de tal modo que es solamente el enviado y no el que envía. Pero, ya que la forma de esclavo⁵⁹ fue asumida de tal modo que la forma de Dios permanece inmutable⁶⁰, es manifiesto

⁵⁶ Sal. 106,20.

⁵⁷ San Agustín, *De la Trinidad* II.5.9. BAC, T. V, pág. 214.

⁵⁸ Idem.

⁵⁹ Cf. Fil. 2,7.

⁶⁰ Fil. 2,6.

que lo que apareció en el Hijo ha sido realizado por el Padre invisible, por el Hijo invisible y por el Espíritu Santo invisible; lo que apareció en el Hijo, es decir, el que fuera enviado en forma visible por los que permanecen invisibles.

83. En esta forma de esclavo⁶¹ que asume el Hijo único de Dios⁶², ha intervenido toda la Trinidad, toda la operación de la Trinidad, pero sólo el Hijo la ha recibido y no la Trinidad entera. Si en Cristo se hubiera dado una sola naturaleza, carnal y divina, se desprendería de ello la encarnación de toda la Trinidad. Pero hay en Cristo una naturaleza que el Hijo de Dios tiene inseparablemente con el Padre y el Espíritu Santo y, además, una humanidad propia con la que su divinidad no encuentra tener una naturaleza común, sino una Persona común.

84. Es necesario no admitir como temporal la misión del Verbo, porque en el Verbo mismo, Sabiduría misma de Dios⁶³, desde toda la eternidad, intemporalmente, existió el tiempo cuando convino que aquella apareciera en el tiempo.

Cuando vino la plenitud de los tiempos⁶⁴, se dice que Dios envió a su Hijo, en el sentido de que, como era Dios y hombre, del mismo modo que nacía con dos naturalezas, moriría con una y otra, no por coacción, sino espontáneamente. La divinidad padeció en la carne todo lo que es propio de la carne, porque Dios asumió una carne pasible con sentimientos humanos, pero no compartió los sufrimientos de la carne porque la divinidad permanece siempre impassible en su naturaleza. El mismo era Dios y hombre.

85. Es menester discernir y tener certísima fe de que, si confesamos tres Personas y una sola naturaleza en la Trinidad que es Dios, en el Señor Jesucristo se dan dos naturalezas en una sola Persona.

⁶¹ Cf. pág. 169, pfo. 66.

⁶² Cf. Fil. 2,7.

⁶³ Cf. Eccl. 1,3; Ef. 3,10.

⁶⁴ Cf. Gál. 4,4.

Del mismo modo que debemos creer que las tres Personas son inseparables en la naturaleza de la divinidad, también debemos afirmarlo de las dos naturalezas en la Persona de Cristo. Creemos que el Hijo de Dios, engendrado en la sustancia del Padre, es Dios de Dios, sin que este nacimiento haya tenido comienzo, que no nació de nada, ya que nació del Padre, y que no se trata de una mera apelación, sino de un nombre que expresa la verdad de su naturaleza. ¿De qué le serviría al Hijo ser llamado Hijo único, si esto no fuera en verdad lo que expresa su nombre? En vano lo llevaría, si, en su generación, no se afirmara la verdad natural sobre Dios que engendra, sino la generosidad del donante. Pues a los demás, a todos los que lo han recibido, les ha dado la potestad de llegar a ser hijos de Dios.⁶⁵ Pero en este arcano de la nati- vidad eterna, el Padre eterno e inmutable engendra a otro, no diverso; tanto permanece en sí cuanto engendra. Y al que por su naturaleza tiene todo en sí, lo distingue de sí en cuanto Persona.

86. Este Hijo inefable, nacido del Padre sin comienzo, cuando vino la plenitud de los tiempos, fue enviado por el Padre para nacer de una mujer.⁶⁶ Reinando todo entero en el seno del Padre⁶⁷, formándose todo entero en el seno de su Madre, vino todo entero al seno de una Virgen. Porque no existe una parte de él que permanece en el Padre y otra parte de él que viene a la Virgen, ya que permanece todo entero en el Padre, siendo lo que era, y viene todo entero a la Virgen, siendo lo que no era. Así, el Dios verdadero y excelso recibe en sí a todo el hombre y, así, la plenitud de la divinidad⁶⁸, mientras permanece sin confusión la verdad de la sustancia divina y humana, se une a un hombre completo, de manera que la unidad de la Persona permanece y Cristo-hombre no puede ser separado de su divinidad, ni el mismo Cristo-Dios de su humanidad.

65 Cf. Jn. 1,12.

66 Cf. Gál. 4,4.

67 Cf. Jn. 1,18.

68 Cf. Col. 2,9.

Esta inseparable unidad de la Persona, en la cual Cristo nació Dios y hombre, hace que Cristo-hombre nazca de Dios por la gracia, guardando la verdad y la plenitud de la naturaleza humana, y que el mismo Cristo-Dios sufra voluntariamente en la carne, salvaguardando la plenitud impasible de la sustancia divina. De aquí, afirmamos que la divinidad de Cristo, proclamada inmutable por la Sagrada Escritura, ha sufrido, estando en la carne, y sin embargo creemos que ella no ha sufrido con la carne.

Así, Dios ha sufrido en su carne porque recibió una carne pasible, pero no ha compartido los sufrimientos de la carne porqu el sufrir en la carne, la naturaleza divina permaneció impasible.

87. "Dios es Espíritu", dice el Señor.⁶⁹ El Padre es Espíritu, el Hijo es Espíritu y el que se llama Espíritu es Espíritu.⁷⁰ Y, no obstante, no son tres espíritus, sino un solo Espíritu del que el Señor dice: "Dios es Espíritu." Igual que no hay tres dioses, sino un solo Dios. Mientras que cada una de las Personas es Espíritu, y ciertamente Santo, el Espíritu Santo, es común a las tres Personas. Además es nombre propio, pero tanto de esa Persona como de las otras dos, porque lo tienen en común⁷¹ como tienen todo lo que les pertenece: divinidad, caridad, dulzura, beatitud, etcétera.

88. Así como el Hijo es del Padre por su nacimiento, así el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo por su procesión; pero principalmente del Padre. El Hijo, al nacer, recibe del Padre que el Espíritu Santo, en su procesión, sea tan suyo como del Padre. Porque, al nacer, el Hijo recibe del Padre ser Dios de Dios y un solo Dios con el Padre. Pero la razón de fe no permite repetir este razonamiento respecto al Hijo. Si dijéramos: "Ya que Padre e Hijo son igualmente un solo Dios, se debe entender que el Hijo es tan del Espíritu Santo como lo es del Padre...", habría confusión en la Trinidad,

69 Jn. 4,24.

70 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* V.11.12. BAC, T. V, pág. 416.

71 Cf. ídem VI.5.7. BAC, T. V, pág. 442.

como si un solo Hijo naciera de dos padres, cosa que dista mucho de la razón de fe.

Ya que el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo y procede de ambos, ya que es su caridad⁷² y unidad, se pone de manifiesto que no es ninguno de ellos el que los une. El engendrado es amado por el engendrador y ama al que lo engendra, no por participación ajena, sino por propia esencia, no por don de otro, sino por don propio. Así conservan ellos la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz.⁷³

89. En la procesión, por la cual el Espíritu Santo se dice que procede del Padre y del Hijo, se entiende su unidad con ellos en la esencia divina. En tanto procede también hacia la criatura, se declara que es el don de Dios, y lo es de tal modo que nadie⁷⁴ posee un don cualquiera de Dios en plenitud si no posee al Espíritu Santo, y todo el que posee un don, lo posee en el Espíritu.

Muchos dones son dados⁷⁵ por el Espíritu Santo además de la caridad sin la cual nada son los dones ni sirven para nada.⁷⁶ Porque no se podría con propiedad llamar don al Espíritu Santo si no fuera en razón de la caridad⁷⁷, de la que afirmó el Apóstol en sus escritos: "La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado."⁷⁸

Nada más excelente⁷⁹ que es don. El basta para separar a los hijos del Reino de los hijos de la perdición y para conducir al Reino aun cuando se careciera de otros carismas.⁸⁰ La fe misma, sin la caridad, puede existir en alguna medida, pero

72 Cf. ídem.

73 Cf. Ef. 4,3.

74 Cf. San Agustín, *De la Trinidad* XV.19.34. BAC, T. V, pág. 904.

75 Cf. ídem XV.18.32. BAC, T. V, pág. 900.

76 Cf. 1 Cor. 13,3.

77 San Agustín, *De la Trinidad* XV.18.32. BAC, T. V, pág. 900.

78 Rom. 5,6.

79 San Agustín, *De la Trinidad* XV.8.32. BAC, T. V, pág. 900.

80 Ídem.

inútilmente.⁸¹ Sólo es útil la que obra por el amor.⁸² El Espíritu Santo es la caridad del Padre y del Hijo por la que se aman y la unidad por la que son uno. Cuando el Espíritu es dado al hombre, lo inflama de amor a Dios y al prójimo.⁸³ Él es el amor mismo, porque Dios es caridad⁸⁴ y el hombre no tiene la capacidad de amarlo si no le viene de Dios.

90. Por eso se dice que Dios nos amó primero⁸⁵ y que lo amamos porque primero nos amó él. Verdaderamente, Dios nos amó primero con una caridad no afectiva, sino efectiva⁸⁶, ya que nos predestinó antes de los siglos para ser sus hijos adoptivos⁸⁷; en el tiempo que le plugo⁸⁸ derramó su caridad en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo.⁸⁹

El Eterno a nadie ama temporalmente y el Inmutable a nadie se aficiona. Él es el Espíritu del Señor que llena la tierra⁹⁰ con la bondad de su omnipotencia, abunda en cada cosa según su capacidad y medida con la inmensa riqueza de una gracia sobreabundante⁹¹, de modo que cada una guarda su orden y acepta espontáneamente su lugar. Prodigia sus bienes, dispone lo que es útil, distribuye a los piadosos y fieles los diversos géneros de gracia.⁹² A menudo concede la paz temporal a los impíos e infieles, la salud del cuerpo, la prosperidad de bienes, la abundancia que procede del rocío del cielo y de la riqueza de la tierra⁹³, y otras cosas parecidas, de las que a veces priva a los santos para probar su santidad y

81 Ídem.

82 Cf. Gál. 5,6.

83 San Agustín, *De la Trinidad* XV.17.31. BAC, T. V, págs. 898-900.

84 Cf. 1 Jn. 4,8.

85 Cf. 1 Jn. 4,19.

86 Es muy frecuente oponer "afecto" a "efecto". Lo encontramos con frecuencia en sus obras. Cf. por ejemplo, *Comentario al Cantar de los Cantares* 100 (14-15) y 101 (19-20), P.C. 6, págs. 111 y 113.

87 Cf. Ef. 1,5.

88 Cf. Sal. 68,14.

89 Cf. Rom. 5,5.

90 Cf. Sab. 1,7.

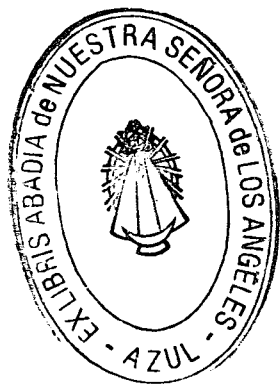
91 San Agustín, *De la Trinidad* VI.10.11. BAC, T. V, pág. 454.

92 Cf. 1 Cor. 12,4.

93 Cf. Gén. 27,28.

concede a los perversos y pecadores para suscitar y edificar su caridad. Él mismo es, para los hijos de la gracia, para los pobres de espíritu⁹⁴, en este exilio dé la vida presente, un protector y un consolador, una fuerza en las adversidades y una ayuda en las tribulaciones. Porque enseña a orar como conviene⁹⁵, atrae al hombre hacia Dios y lo torna agradable y susceptible de ser escuchado, ilumina la inteligencia y forma la afectividad. Hace, plenifica y él solo —si puede ser solo o decirse tal— basta. Él basta por razón de que no puede ser apartado del Padre ni del Hijo⁹⁶, con los que, inseparablemente, realiza cuanto hace.

TERMINA ASÍ EL SEGUNDO DE LOS DOS LIBROS QUE
DOM GUILLERMO ELABORÓ PARA CONSUELO Y EDIFICACIÓN DE LA
FE DE CIERTOS DE SUS HERMANOS, Y QUE ÉL MISMO, TENIENDO EN
CUENTA SU MAYOR OSCURIDAD, DIO EN LLAMAR «EL ENIGMA DE
LA FE». DIOS NOS INSPIRE EL AMOR, DON SOBERANO DE SU
ESPÍRITU, ÚNICA LLAVE DE ESTE PROFUNDÍSIMO ENIGMA.



94 Cf. Mt. 5,3; Ef. 1,5-6.

95 Cf. Jn. 14,26; Rom. 8,26.

96 San Agustín, *De la Trinidad* I.8.18. BAC, T. V, pág. 162.

Indices

INDICES BIBLICOS

El espejo de la fe

GENESIS

1,2	80
1,26	17
2,8	21
3,1.5	42
3,7	43
3,17-19	48
6,3	50
27,27	49
30,37-41	76

EXODO

3,14	83
3,15	83
8,19	52
31,18	61

II REYES

18,36	43
-------	----

JOB

10,12	77
-------	----

SALMOS

7,26	77
10,4	70
13,1	35, 70
16,2	87
18,2-3	33
19,8	47
33,9	82
33,21	49
38,5	80
38,7	61
41,3	73
41,6	37
41,11	50
45,5	60
63,10	65
66,2	86
67,21	17
70,11	35
70,15-16	47
72,2	51

72,9	28
77,8	33
83,6-7	23
84,11	84
88,16	23, 83, 86
88,16-18	76
88,19	76
99,3	27
101,4	50
101,6	50
113,8	55
115,17	27
118,39	69
129,4	77
129,7	77
138,15	50
140,7	50
143,6	86

PROVERBIOS

28,14	28
-------	----

SABIDURIA

1,1	23, 47
1,1-2	47
1,5.4	59
6,15	63

ECLESIASTICO

3,15	70
------	----

ISAIAS

7,9	33
28,19	35
36,21	43

DANIEL

3,39	50
------	----

MATEO

4,2	23
4,9	43
4,10	43
5,3	28
5,8	23

5,16	64	14,20	85
6,13	69	14,23	85
7,7	87	14,26	60
11,27	79	15,5	85
12,45	40	15,13	31
16,16	36	15,26	60
16,17	33	16,12	80
16,28	72	16,13	60
22,37	24	16,22	78, 79
25,33	27	17,3	78
		17,9	48
MARCOS		17,19	67
7,37	27	18,19	72
16,16	66, 70	20,17	72
16,17	71	21,5	36
LUCAS		HECHOS	
1,28	52	7,55	72
1,34	52, 60	14,27	28
2,14	29	17,28	87
8,15	69		
17,5	44	ROMANOS	
		1,17	20
JUAN		1,19	65
1,3	80, 84	5,2	64
1,4	67	5,3-5	77
1,16	61	5,5	77
2,23-24	58	5,12	42
3,8	53	5,18	26
4,23	27	5,21	26
4,24	60, 80	6,20	26
4,42	34	7,14	26
6,12-13	60	7,22-23	24
6,44	28	8,2	63
6,61	28	8,15	33, 76
6,64	53	8,16	27, 30
6,67	28, 40	8,17	30
8,34	26	8,24	18
8,36	26	8,26	71
10,9	44	9,16	28, 87
10,27-28	27	9,18	26
10,38	82, 85	9,19	26
12,36	77	9,20	27
13,31-32	72	10,10	29, 36
13,17	36	10,17	61
14,3	82	11,36	82
14,10-11	71, 85		

1 CORINTIOS

1,20	67
1,22	51
1,22-25	51
1,24-25	39
1,30	35
2,11	60
2,14	32, 37, 40
2,14-15	36, 48
2,16	51
6,17	75, 80, 81
6,18	43
10,13	69
12,3	37, 76
12,8	65
12,11	53
13,8	21
13,10	39, 81
13,12	23, 40, 61, 80,
	81
13,13	17
16,22	37

2 CORINTIOS

1,12	36
3,17	34
3,18	74
4,4	34
5,6-7	22
5,16	65, 85
10,3	35
10,5	33
13,5	29, 37

GALATAS

3,23-25	33
4,5	33
4,5-6	33
5,17	24, 42

EFESIOS

1,9	54
1,18	46, 77
1,19	52
3,9	52
3,14-17	30
3,16	17
3,17	18, 29, 48

FILIPENSES

1,23	82
2,5	63
2,5-7	76
2,6-7	67
2,6-8	63
2,12	28
3,15	21

COLOSENSES

1,15	73
2,18	35, 51
3,10	17

2 TESALONICENSES

3,2	26
-----	----

1 TIMOTEO

1,5	20
1,12-13	32
1,19	68

2 TIMOTEO

2,19	26, 27
2,20	27
3,5	61
3,8	68

HEBREOS

1,1-2	84
1,3	74
11,1	49
11,6	41

SANTIAGO

2,19	21
5,12	36

1 PEDRO

1,2	26
1,4	56
3,15	67

1 JUAN

3,2	79, 81
-----	--------

APOCALIPSIS

11,11	75
-------	----

*El enigma de la fe***GENESIS**

1,26	178
1,26-27	126
2,7	178
3,8	162
3,14-19	119
27,28	190

EXODO

3,14	149
19,18	106
33,20	104, 108, 124

DEUTERONOMIO

6,4	125, 161
9,10	177

1 CRONICAS

16,11	126, 162
-------	----------

SALMOS

5,12	176
9,11	176
17,12	142
18,3	140
22,5	120
23,6	154
26,4	133
26,6	162
26,8	109, 126
30,23	109
33,6	105
67,2	162
68,14	189
70,5	126
72,26	109, 123
79,18	120
102,3	111
106,20	184
114,9	106, 124
118,132	176
125,6	120
141,6	126
144,7	120
146,5	129

PROVERBIOS

25,27	163
-------	-----

ECLESIASTES

1,3	185
1,18	108
24,6	107

SABIDURIA

1,7	189
9,15	107
11,21	130

ISAIAS

6,2-4	106
8,6	124
12,3	174
48,16	133
50,5	111
53,8	183

JEREMIAS

2,18	125
15,6	111

LAMENTACIONES

5,6	125
-----	-----

MALAQUIAS

4,2	102
-----	-----

MATEO

3,16	169
3,17	169, 173
4,19	111
5,3	144, 190
5,6	109, 120
5,8	112, 114, 121
6,9	176
11,29	104
22,13	141
22,37	139
22,40	183
25,30	141
26,16-20	116
28,19	125

MARCOS

9,22	125
12,30	139
16,16	126

LUCAS

3,22	169
8,50	125
9,35	169, 173
10,27	139, 183
11,9	141
11,20	133
18,19	181
24,40	116

JUAN

1,1	182
1,1-2	173
1,3	172, 173
1,12	158, 186
1,14	113, 162, 173, 183
1,18	103, 161, 186
1,32	169
3,17	125
4,24	133, 187
5,19-20	172
6,51	120
8,10	133
8,25	156
10,30	130, 133, 161, 167,
	171
14,8	104
14,26	125, 190
15,26	125
16,13	107
16,20	120
17,3	108, 121, 181
17,6	162
17,24	158
18,37	161
20,20	116

HECHOS

2,1-4	169
2,33	111
4,32	134
7,55	116
9,3-5	116

ROMANOS

1,20	115, 118, 145
5,5	121, 162, 189
5,6	188
7,22	105, 118, 178
7,24-25	121
8,2	121, 124
8,11	107
8,15	177
8,16	112
8,23	120, 139
8,26	182, 190
9,29	112
10,13	176
11,33	102
11,36	172, 182
12,3	141, 148
12,6	129, 139, 141, 143,
	144, 148, 152

1 CORINTIOS

1,23	161
1,25	113
2,7	117
3,10-11	127
8,1	108
9,24	141
11,19	128
12,3	176
12,4	189
13,3	188
13,9	120
13,12	103, 106, 117, 120,
	121, 139, 180
15,3-4	115
15,8	116
15,40.44	115

2 CORINTIOS

1,22	107, 139
3,3	124
3,4-5	182
5,5	107
5,6	120
5,6-7	107, 142
5,7	106, 122, 123, 139,
	142
10,5	146

GALATAS

3,26	112
4,4	110, 125, 185, 186
5,6	177, 189

EFESIOS

1,4	158
1,5	189
1,5-6	104, 190
3,10	185
3,16	105, 118, 178
3,17	107
4,3	188

FILIPENSES

1,23	122
2,6	184
2,6-7	112
2,7	184, 185
3,13	122
3,13-14	142
3,14-15	142
4,7	170, 176

COLOSENSES

2,9	186
3,10	105, 126

2 TESALONICENSES

3,2	138
-----	-----

1 TIMOTEO

1,17	181
6,16	105
6,15-16	181

2 TIMOTEO

1,13	139, 143, 144, 146, 150, 165
1,13-14	143
2,19	127

HEBREOS

5,14	139
------	-----

1 PEDRO

3,18	115
3,22	111

1 JUAN

2,16	108
3,2	105, 112, 121, 180
4,8	189
4,19	189
5,7-8	127

APOCALIPSIS

1,9 ss.	106
2,17	177

INDICE GENERAL

CONTENIDO	VII
SIGLAS Y ABREVIATURAS	VIII
NOTA DE LOS EDITORES	IX
INTRODUCCION GENERAL:	
“UN MAESTRO DEL MISTERIO DE LA FE”	1
El contexto de las obras de Guillermo sobre la fe	2
Razón y fe. La obra de un monje para sus hermanos contemplativos	2

EL ESPEJO DE LA FE

INTRODUCCION:	
“EL SENTIDO DEL AMOR”	9
El don de la fe y nuestra respuesta	10
Tentaciones contra la fe	10
El Espíritu Santo,	
Sacramento de los Sacramentos	11
La imitación de Cristo	12
La experiencia de Dios en el sentido del amor	12
CAPITULO I (pfos. 1-10)	17
<i>La fe, virtud grande y eximia. Principio de descripción en el contexto de las virtudes teologales.</i>	
CAPITULO II (pfos. 11-18)	25
<i>La fe, don divino para la adopción sobrenatural.</i>	
CAPITULO III (pfos. 19-31)	31
<i>Entre la fe y la inteligencia, el amor se alza para superar en el alma creyente, un conflicto que se cambia así en consuelo del dolor e incentivo de las buenas obras.</i>	
CAPITULO IV (pfos. 32-38)	41
<i>Tentaciones de la fe. Espíritu de blasfemia y fornicación. El deseo de conocer. Tíbios y simples.</i>	
CAPITULO V (pfos. 39-51)	46
<i>Fe carnal y fe revelada. “Simples”, “buscadores” e “iluminados”. El ejemplo de la fe de María. Los misterios salvadores del Señor.</i>	

CAPITULO VI (pfos. 52-64)	55
<i>La vida de los sacramentos, acción del Espíritu Santo y mediación de Cristo. Espejo, enigma e imagen.</i>	
CAPITULO VII (pfos. 65-74)	62
<i>La ciencia y la sabiduría de la fe.</i>	
CAPITULO VIII (pfos. 75-84)	68
<i>La debilidad de la fe. Las lumberras de la Iglesia; su socorro. Las dudas de la fe. Las pruebas de la fe.</i>	
CAPITULO IX (pfos. 85-101)	73
<i>Dios, percibido por el amor puro, permite la divinización del hombre. Conocimiento de la fe y conocimiento del amor. La caridad es el conocimiento mutuo del Padre y el Hijo: el Espíritu Santo. Avisos de la prudencia. Pensar y amar. Las palabras: su debilidad frente al misterio inexpressable es sub-sana por la Encarnación de la Palabra. Las palabras: navío que va de la fe a la visión. La experiencia del amor. Invocación final.</i>	

EL ENIGMA DE LA FE

INTRODUCCION:

"UN TRATADO SOBRE EL CONOCIMIENTO Y EL AMOR DE DIOS"	91
Dependencia de los Padres	91
Contenido del "Aenigma fidei"	93
Temas destacados en el "Aenigma fidei"	
1. Llانة de las Escrituras	95
2. Las palabras y sus limitaciones	96
3. La pureza del corazón y la vida del más allá	98
CAPITULO I (pfos. 1-9)	101
<i>Lo que sabemos de Dios. Ver a Dios con la mirada de la fe. Cristo, visibilización del Padre. Pureza del corazón: imprescindible. Nuestra semejanza nos permitirá ver a Dios. Progreso por la vía del amor. Visión y semejanza, emparejadas. Pero la visión plena no se dará en esta vida. Ardiente súplica: que venga la luz de la Verdad.</i>	
CAPITULO II (pfos. 10-21)	110
<i>La Encarnación. El mundo ha creído: admiración del alma. La Sabiduría ha venido en auxilio de nuestra necesidad. La paradoja del anonadamiento y su viva lección. Providencia, historia y profecía. Testimonio de la fe. Lo visible y lo invisible; puntualizaciones. Percepción de Dios. El gemido interior de los elegidos por el amor. Santidad y contemplación, comienzo de la visión de Dios.</i>	

CAPITULO III (pfos. 22-35)	123
<i>Elevación y confesión personal de uno que busca. Dificultad de los Doctores y simplicidad del Espíritu. Profesión de fe trinitaria. Encendidamente suplica la reforma de su alma. Cuestiones superfluas. La Trinidad en la Escritura. Número y nombre. La fe de la Iglesia frente a las herejías cristológicas y trinitarias. Pobreza del lenguaje. La autoridad de la Palabra divina. El modo común de hablar y los misterios de la fe. Persona: definiciones filosóficas.</i>	
CAPITULO IV (pfos. 36-51)	138
<i>El progreso de la fe que busca a Dios. El conocimiento de Dios: lo posible y lo necesario. La fe y sus expresiones. Los nombres de Dios. Humilde reconocimiento de los límites del lenguaje humano: el homenaje del silencio.</i>	
CAPITULO V (pfos. 52-59)	155
<i>Los nombres de Dios; continuación de lo precedente. Las palabras humanas y su aplicación a Dios. La Trinidad es el enigma de la fe.</i>	
CAPITULO VI (pfos. 60-71)	163
<i>Nueva confesión de la debilidad del lenguaje. Necesidad del fervor amante. Prosigue exponiendo acerca de los nombres divinos. Las relaciones trinitarias. Fuentes de lo expuesto.</i>	
CAPITULO VII (pfos. 72-90)	175
<i>El nombre "Dios". Suplica la asistencia divina. Trinidad y unidad. Elevación a Jesucristo. El misterioso modo de la Encarnación. El Espíritu Santo. Sus dones. El amor, máximo don.</i>	

INDICES

INDICES BIBLICOS	193
El espejo de la fe	196
El enigma de la fe	199
INDICE GENERAL	199

Se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos
Conforti, S.A., San José 1838, Capital Federal
(Rep. Argentina), el 8 de mayo de 1981, en
la solemnidad de Nuestra Señora de Luján,
Patrona de la Argentina.

